

Argumentos. Revista de crítica social.

No 4- Crisis económica y transformaciones en el mundo laboral

Octubre de 2004.

Tabla de contenidos

Conversaciones

¿Qué es una política cultural y cuál es su relación con la cultura política? [PDF](#)

Horacio González, León Rozitchner, Alejandro Kaufman, Gabriela Massuh

¿Existe una reestructuración política del país y de la política de Estado? [PDF](#)

Luis Tonelli, Christian Castillo, Arturo Fernández

Dossier

Una lectura crítica sobre "la clase media militante de la seguridad" [PDF](#)

Alcira Daroqui

Gatillo fácil en mano propia [PDF](#)

Gregorio Kaminsky

Resonancias y silencios sobre la inseguridad [PDF](#)

Juan S. Pegoraro

Crisis del empleo y nueva marginalidad en tiempos de cambio social. Génesis de una catástrofe anunciada [PDF](#)

Agustín Salvia

Hábitat, cooperativismo autogestionario y redefinición de las políticas públicas: buscando la "nueva fábrica" en los barrios de Buenos Aires [PDF](#)

María Carla Rodríguez

La conciencia sacralizada de los trabajadores [PDF](#)

Edna Muleras

¿Empresas de trabajadores? [PDF](#)

Julián Rebón

En la vereda [PDF](#)

Mercedes Vega Martínez, María Carla Bertotti, Verónica Mundt

Nuevos emprendimientos socioproductivos ante la crisis. Una mirada desde el agro [PDF](#)

Pablo Barbetta

¿Qué es una política cultural y cuál es su relación con la cultura política?

Conversaciones entre Horacio González, León Rozitchner, Alejandro Kaufman y Gabriela Massuh

Bajo el título “¿Qué es una política cultural y cuál es su relación con la cultura política?” el comité editorial de la revista **ARGUMENTOS** convocó a compartir un espacio en la sección *conversaciones* a Horacio González, León Rozitchner, Alejandro Kaufman y Gabriela Massuh. El encuentro tuvo lugar el día miércoles 30 de junio de 2004 en la Biblioteca Nacional.

Las *conversaciones*, en este caso, y como ya es habitual en la revista, constaron de tres partes: en la primera, cada uno de los invitados expuso su mirada en torno al problema planteado, en la segunda, realizó una lectura crítica, señaló diferencias y retomó puntos en común en relación con las otras exposiciones y, en la tercera, se sumó a un diálogo menos pautado en torno a los distintos ejes que fueron objeto de reflexión.

Horacio González: Voy a tomar las dos expresiones de la convocatoria, *política cultural* y *cultura política*. Lo primero que quiero mencionar es que son expresiones de las últimas dos décadas: no recuerdo que aparecieran antes en el ámbito público, estatal o político los términos *política cultural* y *cultura política*. Tengo, a su vez, la impresión que se complementan a través de un sostén que no es difícil buscar en las ciencias sociales y, en particular, en el estilo de la llamadas ciencias politológicas. Creo que pertenecen a un dominio que también se puede identificar en función del problema de la materia existencial con la que trata el estado. Ya no es el pueblo, sino el público, destinatario de “políticas”, que refuerzan la idea de neutralidad estatal, de la aparición de una dimensión técnica, profesional, para considerar el tema –a la altura de ciertos expertos– y de la dilución de la idea de política en una antropología general del ser político: de ahí culturas políticas. Es entonces una completa reformulación de la idea del Estado, de la sociedad civil, de la

aparición de conceptos como *sujeto político*, *trama institucional* y todo el lenguaje de los 80...

Todas esas ciencias políticas provenientes de los períodos post-dictatoriales tienen una ambición realmente interesante, que es convertir a la política en algo amigable, originado en mundos democráticos, a veces llamados anti-autoritarios. Por lo tanto, las expresiones aparecen dulcificadas, tamizadas y ligadas a la palabra *cultura*, porque ésta tiene un efecto balsámico en relación con el mundo político, estatal, en contraposición, por ejemplo, con el del peronismo anterior a los 80, que es un mundo contundente, un mundo que tiene una armazón estricta en relación con lo que se hubiera llamado *sujeto político* si en la visión anterior del Estado ese concepto hubiera existido. Pero, como digo, no hay sujeto político sino que hay pueblo, es decir, el sujeto afirmado en su manera implícita, sin necesidad de convertirlo en problema, como se hizo a partir de los '80, por lo menos entre nosotros.

Las ideas que se usaban entonces eran, entre otras, *conducción*, *centralización* y *ejecución*, o sea, la trama no exigía la intermediación ni la mediatización de la expresión *cultural*, ya sea *cultura política*, ya sea *política cultural*, porque el mundo cultural aparecía como un mundo ministerial ejercido en forma más directa, más contundente, más unívoca, también más segura, y más calma porque el Estado tenía un lugar más definido en relación con el mundo social.

Además, el mundo social tampoco estaba definido del modo en que en la Argentina se configuró después el lenguaje de la sociedad según los conceptos de los ciclos básicos universitarios, como un sistema de equilibrios. En la era peronista, más bien, el lenguaje estaba despojado del molde de los cuidados y las prevenciones que tienen las expresiones *cultura política* y *política cultural*. Por otro lado, la literalidad a la que me refiero daba lugar a mundos culturales –yo mismo ahora digo mundos culturales para suavizar las expresiones– y esos mundos tenían una eficacia, como después se dijo según esta palabra, emblemática. Por ejemplo: un libro de Ramón Carrillo, *La Teoría del Hospital*, es un libro extraordinario, probablemente un libro equivocado, pero es un libro extraordinario en cuanto a que alguien, que es un funcionario del área de la

salud del gobierno, escribe un libro cuyo título mismo utiliza la palabra *teoría*. Es un texto muy importante y, efectivamente, contiene una especie de teoría estructuralista *avant la lettre*, una teoría de la distribución de funciones, que es, para decirlo de algún modo, un pre-estructuralismo de ese tipo de Estado.

Y luego, a diferencia de este tipo de lenguaje, próximo a la idea de movilización y dramatismo estatal, aparece la idea de *cultura política* y *política cultural*, justamente para sacar el componente de dramatismo estatal. En libros como *La Razón de mi Vida*, canciones como las que hacía el Ministro de Educación, por ejemplo la Marcha del Trabajo, se puede advertir que eran blasones de un Estado que no ponía jamás en duda su situación organizadora y moldeadora de un conjunto social. No era posible colocar al Estado bajo la eficacia de ninguna pregunta que se dirigiera a problematizar su papel.

Esa posibilidad de cuestionamiento vino a la Argentina –por supuesto que estoy diciendo cosas que la teoría política ha visto hace varios años– en los años 80, para poner un mojón. En ese entonces ideamos este lenguaje y este funcionariado cultural, compuesto por personas que se dedican a ese tema. *Animador cultural* es una expresión que también surgió en esa época, en consonancia con los multiculturalismos, con las carreras en las que se estudia cómo animar a una sociedad a la que el Estado ya no está en condiciones de animar. Se precisa entonces ese intermediador que está munido de esas dos espadas. Una es el concepto de *política cultural*, que problematiza la relación entre subsidios y resultados. En ese contexto, la idea de obra desaparece, cuando paradójicamente, en el sistema anterior, la idea de obra estaba presente, más allá de la obra en particular de que se tratara. Esta es una paradoja muy fuerte. En el nuevo marco de la política cultural, al interior de la relación subsidios-resultados, hay una disolución de la idea de obra. Por otro lado, la noción de *cultura política* interpreta la caída de las identidades fuertes, la cultura política permite una movilidad especial, una pulverización de un sujeto que se entiende existente pero frágil. Y en ese sentido también esas dos expresiones necesariamente deben ir juntas en este planteo: *políticas culturales* y *culturas políticas*.

Esa situación en la que estamos hoy –no sé si somos todos de alguna manera representantes y, por qué no, también un poco víctimas de esto– debería dejar lugar a otra discusión que, francamente, no sé cuál es –ahora hasta me urge saber cuál es– en relación a que la idea de obra reaparezca, aún aceptando la inclusión de una expresión como *políticas culturales* que da lugar a un funcionariado flotante (integrado por personas que ya poseen esos saberes específicos, institucionales, con formación, por un lado, en historia del arte, por otro, en filosofía y, por otro, en acciones pertinentes). Ese conjunto pertenece a las últimas dos décadas y media de la Argentina.

Pero ahora, según creo, hemos perdido algo que sí estaba presente, paradójicamente, en la visión centralizadora e incómoda del Estado anterior, que tenía muchas marchas y dictámenes: la idea de obra. En la actualidad no la veo muy presente, porque los debates son en relación a si hay que hacer políticas de espectáculos o redes culturales, o si hay que hacer mayor o menor énfasis en cierto carácter popular de la cultura, o si esto o aquello llevaría a un populismo, o si acaso la cultura es o no todo y si el carácter de totalidad lleva a una disolución de la noción de cultura. En todo esto me preocupa que las obras realmente resulten capaces de conmover el horizonte real en que se mueve un conjunto de valoraciones sobre el arte. Si es así notaremos que son tan autofundadas que casi siempre están despojadas de cualquier intento de política cultural o de cultura política. Las obras siguen siendo revulsivas cuando aparecen cargando sobre sí toda la capacidad de definir una época. La paradoja que habría que resolver es por qué las grandes obras están escasamente presentes en el modo en que se explicitan hoy, y con capas funcionariales muy grandes, las políticas culturales, y en el modo, más bien poco sazonado, en que hoy se desarrollan las culturas políticas.

León Rozitchner: Seguiría la línea trazada por Horacio. A mí me inquieta ver nociones como *política cultural* y *cultura política*, que son dos modos distintos de usar la palabra *cultura* y la palabra *política* invirtiendo la secuencia. Cuando se habla de *política cultural* a mí me da la impresión que se habla de una política que no es política, de una política que excluye los

enfrentamientos, que concilia los extremos, disuelve los conflictos y por lo tanto, que deja de tener en cuenta la violencia que funda la política desde la cual ésta se planteará el problema de la cultura. La expresión *política* cultural parecería, entonces, que se refiere a cómo hacer para que el espacio en el que se elabora el pensamiento, el imaginario de la "buena gente", pueda ser articulado por un poder externo a ese campo colectivo. Y en este sentido, alude a una supuesta prolongación del poder del Estado para abarcar un espacio que también quiere racionalizar por medio de su ejercicio. Pero sabemos que la política de Estado evidentemente encubre la violencia que la genera y la sostiene, por lo tanto nunca habría un espacio estatal donde pudiera ponerse en duda el propio poder "cultural" del Estado. De modo tal que ya ese planteo mismo resulta un poco revulsivo. Y esto mismo después culmina en lo de cultura *política*. La cultura política se refiere, en última instancia, al modo como se ejerce y se promueve la cultura en la política, o cómo la cultura se hace política, o cómo la cultura es política. Es decir, entiendo que al decir cultura *política* estoy diciendo cultura que se expanda y abarque el espacio que abarca la política, esto es, la totalidad de los habitantes de un espacio social, de un lugar social determinado. Y ahí también otra vez encuentro que cultura política apunta a la noción de poder cultural domesticado, donde todo depende del alcance que se le dé al concepto de cultura, si el poder lo plantea dentro de sí o viene desde afuera para enfrentarlo. Como si se supiese de una manera positiva qué es la cultura, definir sus contenidos, y como si se la quisiese incluir en un espacio del cual habría sido desalojada. Se dice entonces, por ejemplo: "hagamos cultura política, por lo tanto, cultura activa". Y esto me suena a un intento de "politizar" la cultura, otra vez y desde el otro extremo, como si una determinada política expandiera una determinada cultura adecuada a esa política, recortada, y en el mejor de los casos para orientarla hacia un campo de expansión colectiva, de creación multitudinaria, etc., pero como si los sujetos de esos colectivos fueran sólo soportes de esa "cultura" que los convierte en aptos para esa política.

En esto estaría de acuerdo con lo que recientemente sostuvo Torcuato Di Tella. Porque resulta que Beatriz Sarlo de pronto aparece negando lo que –sin ser santo de mi devoción– expresó Di Tella. Él tenía razón al decir “¿De qué cultura estamos hablando? De esa cultura yo no entiendo nada”. Tomémoslo en serio por una vez: ¿saben los otros lo que él ignora? Y este es el mensaje que de alguna manera perturbó. Es como si en la cultura se violaran los límites que el discurso sobre la cultura impone. En ese sentido pienso que todo intento de regularizar la cultura –y aquí lo sigo a Horacio cuando habla de las obras–, todo intento de ordenar, organizar o racionalizar la cultura es un intento que conspira contra la misma significación de la cultura. Porque la cultura no puede por esencia organizarse: se pueden organizar las condiciones de vida, el acceso a los “bienes culturales”, los medios de incluir a los hombres en las creaciones colectivas, crear las condiciones para una vida enriquecida, etc., pero no la cultura como un todo vivo. Un sistema de producción en su amplitud extrema es, antes que nada, un sistema productor de cultura que se sobreagrega a las condiciones económicas mismas y las excede. Y esto no implica que la cultura deje de ser el campo del debate de todos los enfrentamientos, y en particular el político. Porque considero a la cultura, justamente, como aquel espacio que no admite reglas ni presupuestos rígidos, que surge porque se le da la gana, desde adentro, y en todos los pueblos la cultura en lo que tiene de fértil y creadora ha sido aquello que no ha sido mediatizado por un poder que la organizara hacia una finalidad positiva. En última instancia, nuestra cultura, la cultura “buena” a la que nos estamos refiriendo ¿abarca la puesta en duda de los mitos de la cultura argentina o los mitos de occidente? ¿Se pone en duda la mitología que funda y sostiene nuestra cultura? Si extremamos las cosas habría que decir que cultura es sobre todo aquella actividad humana que acepta poner en duda su propio fundamento. No hay que temer, como decía el Marx de los *Manuscritos*, poner en duda lo esencial y lo sagrado o consagrado, aunque sea ateo: porque lo esencial no puede dejar de permanecer si en verdad lo es: es indestructible, resiste. Nuestra cultura en su fundamento es mitológica y, sin embargo, oculta la mitología sobre la forma aceptada de la figura religiosa, porque es la figura

que está conforme con el poder del Estado al mismo tiempo que constituye el *a priori* imaginario de nuestra subjetividad cultural: teme que la pongan en duda. La religión, evidentemente, es un mito. Este mito impregna y determina también todo lo que no es específicamente religioso, por lo tanto también a la política que así queda circunscripta por no poder enfrentar aquello que popularmente llevaría a la pérdida del poder político. En este sentido, la cultura sin ser apolítica no puede quedar sujeta a los límites de la política.

Ahora bien, la cultura, aquella a la que nosotros aspiramos, ¿pone de relieve por ejemplo nuestra mitología, quiero decir aquello que conforma el fundamento imaginario arcaico que es el marco en el cual se desarrollan los presupuestos de la cultura, que abren o cierran el espacio de los grandes interrogantes y por lo tanto los límites de la cultura? Creo que estos fundamentos apuntan a poner de relieve el lugar desde donde la cultura al mismo tiempo se crea y se inhibe en su desarrollo. Esto forma parte de lo que venimos planteando: que la cultura creadora tiene necesariamente que contrariar, porque se desentiende de la mera eficacia, el espacio político en el cual aparece diciendo sus palabras o creando sus obras. Estoy pensando en el estrechamiento de la libertad creadora de los niños al pensar en los mitos, estoy pensando en las costumbres clandestinas de la gente, en el campo de la música popular, en los *media* que, antes de ser medios del posmodernismo en el que vivimos, eran medios de comunicación humana que abarcaban, aún en su pobreza técnica, un espacio mucho mayor que el que abarcan ahora en su diseminación todos los poderes de la comunicación orientada por el dominio político "cultural" de los EE.UU. y de la economía de los grandes emporios financieros. La "cultura" norteamericana es el medio más fabuloso de destrucción de las capacidades creadoras culturales de la gente, no sólo por su contenido, su "estilo de vida", sino por el modo como disloca y transforma la estructura psíquica más íntima y personal –temporal, imaginaria, conectiva, afectiva– de la gente.

Cuando era chico en mi familia se compraba a veces –éramos económicamente pobres– *La Novela Semanal*. Era una revista de difusión popular, donde se publicaban las mejores novelas clásicas, nacionales y

extranjeras. Hoy, acabo de verlo en la Biblioteca Nacional, sólo se la exhibe en una vitrina como restos de una cultura perimida. De alguna manera la cultura clásica occidental –pero no sólo ella– había penetrado en un espacio donde la difusión no era muy amplia. Pero donde sin embargo existía un semanario anarquista que tiraba 50.000 ejemplares. Lo que estoy viendo es que la cultura dominante ahora, al desarrollarse, abarca y lo penetra todo y ha impedido justamente que existieran aquellos aspectos que antes enriquecían parcialmente nuestra cultura como, por ejemplo, ya que estamos en una biblioteca, la lectura que la gente –como mi propia madre u otras personas en el barrio– podían hacer. El tránsito de una cultura del libro a una cultura de la televisión puede ser letal. Quizás en un segundo momento una cultura de la televisión diferente (transformada su propiedad necesariamente) pueda ser, ella misma, la que nos devuelva multiplicados a los libros. Pero por ahora esto ha desaparecido completamente. ¿Y es función del Estado volver a incluirla en ese espacio? Pienso que las condiciones que hacen imposible este consumo cultural de aquellas obras –que inesperadamente habían aparecido sin que nadie se ocupara desde el Estado para que lo hagan– este espacio es difícil producirlo desde el mero poder político. Es un espacio ambiguo que requiere, evidentemente, una facilitación al acceso y de una voluntad “rectora” para que se pueda abrir pero, al mismo tiempo, tiene que dar lugar a una producción y participación voluntaria de la gente que la consume, la asimila, la requiera y la transforme. No sé cómo decirlo porque es bastante difícil. Estoy hablando de la espontaneidad que una política puede suscitar, y es necesario que lo haga, pero no producir. Cómo se puede hacer para que la racionalidad igualitaria de alguna manera organice la espontaneidad creativa que verifica las propuestas de la razón que promueve la cultura. Creo que esta cuestión es una de las paradojas de ese proceso que tratamos de discernir.

Alejandro Kaufman: Supongo que serán más o menos complementarias algunas de las cosas que desarrolle. Había pensado organizar

mi intervención a partir de tres ejes, para representarme la pregunta de la convocatoria como un campo problemático.

Para empezar: cuando hablamos de la relación entre política y la cultura, ¿de qué sujeto se está tratando hoy en día? Hay una diversidad de sujetos. Quisiera mencionar tres figuras que me parecen centrales en la actualidad. Estas figuras –que mantienen tensiones entre sí– son ineludibles porque atraviesan la época pero, a la vez, están fuera del foco de nuestros debates. Me parece que parte de la convocatoria está vinculada con la posibilidad de repensar los debates que se limitan a plantear el problema de la relación entre política y cultura desde una posición dualista. Como dice Di Tella: está la *Cultura* con “C” mayúscula y la *cultura* con “c” minúscula. La cultura de la obra, de la tradición, del autor, por un lado, y la cultura en un sentido antropológico, la problemática del quehacer humano, por otro. Entonces habría una tensión entre esas dos dimensiones. Di Tella incluso empezó su gestión hablando de un Museo del Trabajo, pero después no se volvió sobre esto.

Creo que es una gran simplificación, que contribuye a mantener la idea de obra y de cultura en un lugar ornamental, como un objeto distinguible, separable, manipulable, como si estuviera desligado. Lo cual remite la conversación al siglo XIX, es decir, antes de las vanguardias y antes de cierto desenvolvimiento de las problemáticas emancipatorias, que justamente ponen en cuestión cierta idea de obra en relación con la posibilidad de cambiar la vida de los sujetos.

Hoy, el modo en que esto se manifiesta remite a las tres figuras que quería mencionar: el ciudadano, el consumidor, y, por último, una figura nueva –en términos relativos–, el religioso. Hoy en día hay un sujeto religioso, altamente activo, que genera acontecimientos culturales y políticos, y que produce debates sobre la relación entre cultura y política. Aunque con resonancias de menor intensidad, nuestra situación en la Argentina también contiene una intervención de esa figura religiosa. Esto para remitir a los sujetos, es decir, para puntualizar que son sujetos de la política, tanto el ciudadano como el consumidor o el religioso son sujetos de la política: tienen iniciativa, producen discursos, y demandan también determinadas respuestas.

Como segundo eje problemático quisiera mencionar que casi todas las categorías que teníamos disponibles para referir al problema del saber, del discurso, del lenguaje, o sea, de la cultura, están en un estado de incertidumbre, de permeabilidad, de atravesamiento recíproco, aquello que refiere a la alta cultura y la baja cultura, la relación entre ciencias y artes, las distinciones entre las disciplinas, aquello que remite a una alta diferenciación pero a la vez a procesos de homogeneización. Por un lado, es imposible dominar distintos lenguajes o distintos saberes, pero al mismo tiempo los procedimientos de producción de esos saberes son universales, se vuelven uniformes, intercambiables y equivalentes. Y por otro lado, se enfrenta esta cuestión con el problema de la inconmensurabilidad, de las traducciones, de la diversidad de género, de la diversidad antropológica, cultural, religiosa. Y esto determina que cuando uno habla de la relación entre cultura y política se encuentra con una matriz de problemas muy difíciles de abarcar, que producen una gran confusión –que algunos llaman complejidad en la medida en que proponen nuevos paradigmas o matrices analíticas–. Las obras que se destacan en una época como esta son en buena medida las que nos permiten pensar estos problemas. Hoy estaba recordando a Joseph Beuys, por ejemplo, y lo menciono por decir un nombre, pero podemos también traer aquí una genealogía poética argentina que está muy al tanto de esta problemática, lo que va desde Zelarrayán hasta Perlongher, o Sergio Raimondi, un poeta más reciente.

Quiero señalar también un tercer eje, porque hasta ahora estas dos cuestiones son bastante globales, o bastante universales. El tercer eje que quisiera señalar como necesario para esta discusión es el problema del sujeto colectivo. Hasta ahora hablé de figuras subjetivas, de matrices que contienen a esas figuras, y ahora quisiera mencionar algo sobre la dimensión de lo colectivo, que también suele reducirse en otros debates a una discusión casi historiográfica o de historia de las ideas, que es necesaria, ineludible, pero insuficiente para abordar la cuestión del sujeto colectivo. Porque habría que poder hablar de sujeto colectivo sin prejuizar sobre las categorías que lo definen. Cuando uno habla de *nación*, o de *patria*, ya está haciendo historia de

las ideas, y difícilmente pueda explicarse simplemente el problema de la crisis del sujeto colectivo argentino. Hay una crisis, una fragmentación, una disolución del sujeto colectivo argentino respecto del cual este problema necesita una discusión.

La cuestión es entonces cómo definir el vínculo entre cultura y política en relación con un sujeto colectivo al cual van dirigidas obras que no pueden asimilarse de un modo que las haga reconocibles. Es lo que ocurre cuando hoy en día vemos cómo los debates se mantienen abiertos. Para ser claro me adelanto a mencionar lo que dijo aquí uno de los participantes: es la condición de la guerra. En la crisis del sujeto político argentino la relación entre política y cultura está atravesada por una condición no reconocida de guerra. ¿En qué consiste esto? En el modo en que se construyen los significados. En estos días lo hemos experimentado. No hay una población que es sujeto de un tratamiento contenido en un conjunto de significados, sino que hay una disociación entre sectores sociales dentro de los cuales algunos de ellos plantean la supresión, la muerte, de otros. Remarco: no la opresión, sino la muerte. Porque la opresión no supone la muerte ni el exterminio del otro, sino que supone un conjunto de relaciones de producción, lo cual permite históricamente la posibilidad de relaciones jerárquicas en el campo de la cultura e intercambios recíprocos entre estratos sociales. Pero cuando lo que se plantea es una condición de supresión, de exterminio, de muerte, como sucede con ciertos sectores sociales dominantes en nuestra cultura política, producciones y creaciones culturales que abarcan desde el campo de la obra hasta la condición antropológica, no pueden ser asimiladas. Es lo que sucede, por ejemplo, con un fenómeno como el piquetero, que atraviesa todo el campo del problema de la relación cultura-política: es una producción cultural, es una producción política, es una producción de subjetividad, y está destinada al no reconocimiento, a la destrucción. Entonces todo este debate tiene esa urgencia, la de la posibilidad de responder a un problema en el que nos va la vida.

Gabriela Massuh: Mi contribución va a ser mucho más pedestre, porque no soy socióloga, simplemente hace 20 años que me ocupo de la gestión de la producción cultural, y el tema me interesa –si se quiere – desde la experiencia.

En cuanto a la relación *cultura política* y *política cultural*, quisiera analizar cuáles son los elementos que ahora están minando la posibilidad de tener una determinada cultura política, es decir, cuáles son aquellos elementos que impiden la formación de actores políticos en un espacio abierto de opinión pública. Creo que una verdadera política cultural debe preservar ciertos espacios, sobre todo ciertos espacios de crítica y disidencia, que son los espacios donde se genera opinión pública. Y esa opinión pública, en este momento, está fuertemente minada por un factor que hace inherentemente a las políticas culturales: los medios de comunicación.

Yo sé que es frecuente que, sobre todo los intelectuales, se quejen de los medios de comunicación. Esto puede parecer un lugar común, pero yo tengo para mí que en la Argentina nos debemos un debate abierto y profundo sobre el rol de los medios no sólo como factor esencial en la formación de una cultura política, sino como un factor cada vez más determinante en la cultura en general. En la actualidad, las categorías generales de visibilidad, comprensión, las nociones de moral, de crítica, felicidad, infelicidad, etc. están articuladas por y desde los medios de comunicación. Tal vez lo que afirmo ahora parezca osado, pero yo creo que la construcción de la subjetividad contemporánea pasa en gran medida por los medios de comunicación.

Este no es un mal endémico. Se da en todas partes y también tiene que ver con el flujo y la acumulación del capital: pocas y grandes corporaciones manejan gran parte del flujo de la información y el conocimiento. Pero este fenómeno se da en la Argentina de una manera especialmente perversa, generando desde las reformas del Estado que iniciaron Menem, Dromi y Cavallo, un panorama casi monolítico y, al parecer, inmodificable. Hoy existen dos grandes grupos económicos que manejan –de manera monopólica– la televisión abierta, la TV por Cable, el servicio de radiofonía, el servicio telefónico básico, la telefonía celular, el manejo de la fibra óptica, Internet, el

desarrollo de servicios satelitales y radares. Íntimamente ligadas a este paquete de servicios están las llamadas industrias culturales: producción y distribución de cine, industria del libro y de la música. La concentración es tan grande que, así concebidos, los medios pueden fácilmente poner en juego no sólo la articulación de la cultura política, sino la democracia en general. Es decir, yo me pregunto qué cultura política, que capacidad de disidencia visible o qué discurso crítico se pueden construir bajo este contexto. (Ante un fenómeno de similares características, los países de la Unión Europea, a la hora de defender sus intereses, adoptaron claras medidas de salvaguarda hacia sus espacios audiovisuales y se reservaron, por ejemplo, el 51 % de la programación audiovisual para producción europea.)

Hay que tener en cuenta de que todavía la ley de radiodifusión en vigencia fue sancionada por la dictadura militar y fue modificada por Dromi en 1989 para permitir la existencia de monopolios. Es difícil pensar que el Parlamento pueda siquiera tratar una nueva ley con regulaciones diferentes, cuando las que existen no se cumplen. En este sentido existe un pacto de silencio.

Hoy por hoy, no podemos contar con dos de los más importantes actores en la construcción de una cultura política, me refiero a los medios y el poder político. Están de tal manera supeditados unos de otros, tan perversamente relacionados, que se puede hablar de una especie de interdependencia de carácter morboso. Por un lado, los medios están facultados para instalar una agenda pública capaz de minar severamente la estabilidad del poder. Ante esta situación, cualquier gobierno que pretenda mover una mínima pieza en el ajedrez de las telecomunicaciones, puede terminar por jaquearse a sí mismo. Por el otro, los medios dependen de la política de turno ya que la publicidad oficial es un beneficio al que ninguno de ellos estaría dispuesto a renunciar. Este tira y afloje genera una dependencia siniestra que atenta no sólo contra el derecho ciudadano a la libre información, sino básicamente a algo esencial en la democracia: el control transversal. El hecho de que no existan órganos independientes de información, capaces de generar opinión pública, es grave,

porque ese libre juego de ideas es esencial para la construcción de una cultura política.

Varias de las observaciones que se hicieron aquí, por ejemplo, sobre la no aparición de una obra, tienen que ver con el hecho de que dos décadas atrás había canales de información diversos para la gestión de una opinión pública. Ahora en cambio hay un solo canal de construcción de la opinión pública y esto se llama "monopolio de los medios de comunicación". El hecho de que los medios estén concentrados en cuatro o cinco grandes grupos hace que se nos escapen muchísimos fenómenos que son esenciales para la construcción de nuestra cultura política. Pensemos nada más en la riqueza de los nuevos movimientos sociales, no sólo como reacción al vaciamiento económico y cultural del país, sino como ejemplos de articulación social de una ciudadanía que ha sido expulsada del sistema. El tratamiento que los medios hacen de un fenómeno importantísimo, es simplista y tergiversador. Hoy por hoy los movimientos sociales son tratados con un estereotipo peyorativo; en ningún medio hay una valoración ni siquiera aproximativa de lo que significa la sustitución del mundo del trabajo para cartoneros, fábricas ocupadas, piqueteros y otros. La Argentina tiene ejemplos paradigmáticos en materia de organizaciones autónomas comunitarias y/o territoriales, o en la afirmación de formas de democracia no representativas; como esto no ocupa ningún espacio en los formadores de opinión pública, el fenómeno termina por desvanecerse como factor identitario común.

Si uno analiza lo que ha ocurrido en estos últimos días con el fenómeno piquetero, puede observar que el diario *La Nación* hizo una verdadera criminalización del fenómeno. En los últimos siete días consecutivos les dedicó notas de tapa absolutamente incriminatorias. Esta especie de "enjuague" entre poder político, medios de comunicación, Secretaría de Medios y, a veces, también Secretaría de Cultura, creo que es absolutamente pernicioso. Por eso sostengo que debates como este son muy interesantes e importantes, porque de alguna manera ponen sobre la mesa un problema del cual nunca se habla, que está permanentemente silenciado: la distribución del conocimiento. La

distribución del conocimiento en la Argentina va por canales alternativos y, diría también, suburbanos.

También, en relación con el tema de la política de medios de comunicación, hay que tener presente que los políticos, pero no sólo ellos, en general son reticentes a hablar sobre el problema de los medios porque creen que no va a tener los medios a su favor. Este es un tema muy delicado. Además, ligada a la cuestión de los medios está el tema de la regulación y promoción de las industrias culturales porque, justamente, no tienen ningún marco de contención. En general el Estado omitió preservar aquello por lo que hoy lucha, que es una determinada identidad cultural. Gran parte de nuestros libros escolares se imprimen por ejemplo en España; este dato debería ser alarmante, porque nuestros chicos se crían con un idioma que no es el propio. Sin embargo, no se trata, así como en la época de Menem no se trató con seriedad ningún tema que tuviera que ver con la rifa del país. ¿Quién habló verdaderamente de lo que significaba privatizar las ondas radioeléctricas, sancionar la ley de minería, o la ley de hidrocarburos, o la privatización de los ferrocarriles?

En síntesis: no con el fin de articular una cultura política, pero sí para darle marco, darle existencia, publicidad y entidad, es necesario analizar, rever y poner en cuestión la relación perversa entre los medios de comunicación (también las industrias culturales) y el poder político.

Horacio González: Respecto a palabras que se usaron aquí, como *guerra, lengua, medios*, son palabras centrales que enclavan en lo más hondo del uso del conocimiento. Pero el punto de partida al cual se nos invitó no se configuraba así: *políticas culturales*, y su inversión, *cultura política*, no me parecía que pertenecían a ese campo si es que uno quiere mantener un cierto tipo de conversación. El llevar la discusión a donde el conocimiento se debe develar en sus componentes últimos, efectivamente hace aparecer la cuestión de la guerra. Y ahí veo problemático colocar el conjunto de significados, de sentidos últimos dentro del conjunto de lo que ocurre en un mundo histórico, en lo que sería la fábrica de sentido de la guerra. Encuentro un dilema moral

en decirlo, un dilema moral en aceptarlo, y al mismo tiempo la fascinación de hacer recaer ahí toda la cuestión del pensamiento. Me da la impresión que en la guerra, como en los medios de comunicación, que serían lo opuesto, en ambos casos hay dilemas de lenguaje: en los medios el lenguaje es banal, fútil, des-ontologizado, carente de perspectivas para el ser, no reproduce ninguna cuestión relevante a la cultura. Sin embargo son la cultura contemporánea. Entonces cómo aceptar o tolerar la paradoja de que rehacen permanentemente el lenguaje hablado de la sociedad, a veces de una manera brutal y, a veces, no siempre de una manera escandalosa ni siempre turbia, porque muestran lo que en otros lugares no se ve. Por lo tanto los medios son perturbadoramente realistas y producen un nuevo tipo de naturalismo que ellos mismos quieren desmentir diciendo que todo es construcción. Esto coloca la cuestión en términos realmente radicales: todo es construcción y todo es natural, de modo que es insoportable. Es como la guerra, la misma insoportabilidad de los medios es su misma razón de ser. Para mí es un hecho cultural que se escapa a cualquier cuestión vinculada a políticas culturales o a la intervención del Estado. En los medios de comunicación hay un cierto salvajismo interesante, porque pese a que no dan órdenes ni dictaminan, es muy difícil no hablar, en algún lugar, dialogando o superponiéndose a los medios. Ese es un hecho acerca del cual no conocemos enteramente todo lo que pasa.

En la guerra lo mismo, porque implica una fuerte elaboración sobre el lenguaje. Y quiero retomar aquí –porque considero importante– lo que dijo Di Tella. Importante y disparatado, porque llegó a la idea de “cultura igual producción”, que es el lugar desarrollista de su memoria familiar. En ese sentido el debate hubiera sido interesante si lo hubiera dicho sin equívocos. Pero en cuanto a la guerra, efectivamente hace del lenguaje sistemas más encadenados, donde se precisa la orden, pero no sólo como lenguaje de guerra sino como el lugar... Voy a decir esto último con un ejemplo: pienso en una novela argentina de Fogwill, *Los Pichiciegos*, donde se intenta reacondicionar las cosas de un modo tal que la verdadera guerra estaría en los sucesivos y distintos choques de los hablantes entre sí y sería, en el fondo, una fórmula de

los medios de comunicación, pero condensada, donde se desarrolla lo más importante que puede ocurrir en la cultura y de lo cual no somos perceptores activos, que es cómo hablamos. Porque efectivamente no es un tema que se pueda tratar fácilmente en cuanto no hay entera autoconciencia del modo en que se habla.

Eso tiene tanta relevancia que no me parece un terreno fácil, por eso si pudiéramos llevar esa relevancia hacia ciertas obras... Porque yo soy partidario de obras –no como dijo Alejandro de volver a un momento anterior a las vanguardias– y de cierta reflexión sobre las obras, por ejemplo, la de Heidegger sobre los zapatos de Van Gogh, muy conocida; o la que le sigue, que es casi igual, la de Foucault sobre *Las Meninas*, porque creo que en una obra muy singular, y sin que desaparezca la singularidad, está toda la perturbación del mundo, la cuestión de la guerra, todas las ideas de comunidad o de sujeto, pero a condición de que un filósofo las analice sumergiéndose y casi indiferenciándose de la obra, haciendo de ese análisis otra obra. Pero aquí veo que nos alejamos de las políticas culturales, porque lo que es realmente relevante desafía toda la industria cultural y las políticas culturales. Ahora bien, uno no tiene por qué ser totalmente relevante a costa de perder procedimientos reales de la trama diaria de la sociedad.

León Rozitchner: ¿La conclusión cuál sería? Vivimos una cultura aterrorizada. La guerra es el terror aplicado sobre los sujetos, la población, por lo tanto los sujetos aterrorizados no son capaces de poder incluirse en un campo donde la libre expresión de sí mismos, o el libre deseo de poder asimilar siquiera lo que se les ofrece, pueda estar presente. De modo tal que partimos de la idea de que la cultura es un campo donde las marcas más profundas sobre los sujetos es el terror interiorizado, ya imperceptible para la conciencia, que como un límite insalvable los conforma. Y si comenzamos a analizar la cultura desde los *media*, tenemos que darnos cuenta de que forman parte de una estrategia de dominación explícita y estratégicamente formulada –basta leer los trabajos y los libros de los asesores culturales del poder en los EEUU– que desestructura la coherencia afectiva, imaginaria y pensante de los

ciudadanos. En la sociedad de consumo son los hombres mismos, consumidos, los que se consumen. Y ahí tenemos que entrar necesariamente en la política, pero no en la política que discuten nuestros políticos, sino una política casi diría ontológica, una política filosófica, que nos oriente al fundamento del problema: cómo es posible esta destrucción que se está efectuando en el mundo, que es la más terrible que la historia en cualquier época haya producido, que está desarrollándose ante nuestros ojos y ante la imposibilidad de la gente para reaccionar ante lo que los desborda y los somete. Hay que pensar lo aterrada que tiene que estar para no reaccionar frente a todo lo que está pasando. Es el efecto logrado, por ahora, de quienes lo han programado.

Tomemos como punto de partida lo que está pasando en la Argentina, que es el hecho cultural cuyo sentido se nos descubre más intensa y profundamente. Lo que vos, Alejandro, señalabas recién de los piqueteros. La parcela social de los más poderosos, los que suscitaron, aprovecharon y prolongaron sus conquistas por el genocidio, vuelven a pedirle nuevamente a aquellos poderes represivos que lo produjeron hace poco tiempo, que actualicen y ejerzan la muerte y el exterminio directo de nuevo: la cultura del genocidio para mantener la miseria sin perturbarse llama de nuevo al terror: es la cultura dominante, a la cual la mayoría adhiere pasivamente. Lo que se está debatiendo es si puede existir un espacio político ganado al terror y a la muerte. El poder económico –y hablamos de poder económico para darle algún sentido– es el dueño de todo. Es el dueño de los medios de comunicación, y por lo tanto, los medios no pueden, aunque sean buenos medios técnicos de comunicación y aunque –concedámoslo– sean “buena” gente, no pueden hacer otra cosa que manejarse con las categorías de la privatización, con categorías de la acumulación por medio del despojo y el exterminio. Nuestra cultura, la que modela la subjetividad de la gente, se apoya en esas premisas inapelables. Y también tiene al imaginario cristiano como su premisa histórica, donde la desvalorización de la vida, de las cualidades humanas convocadas a la salvación por la muerte, sentó las bases de una cultura que al disolver en el hombre el asiento del poder creador de los cuerpos hizo posible que el capital los convirtiera en su presa.

Estos dos extremos, el cristianismo y capitalismo, son los fundamentos míticos ocultos que apoyan el terror y que lo han hecho posible en la Argentina y abarca el mundo contemporáneo: es el canon cultural de todo el occidente desarrollado y civilizado. Entonces si partimos de esto, ¿podemos analizar la cultura fuera del campo del poder económico, del poder de la guerra, del imaginario religioso, y del poder del exterminio en todas sus facetas? Vos decías recién que la Argentina es el ejemplo extremo. No podemos decir que en Francia no esté pasando lo mismo, de alguna manera, y que pase en la mussoliniana Italia con la figura de Berlusconi, donde si bien la mayoría de su población estaba contra la guerra, estaba aceptando su política económica y una vida cultural reorganizada por su monopolio privado de los medios. Eso es también cultura. Entonces, podemos ver que la Argentina ocupa en esto un lugar destacado. Así como antes aspirábamos desde el lejano sur a aparecer como el emergente del país capitalista que sin estar formando parte del primer mundo, aparecía desde el último mundo ocupando el cuarto o quinto lugar, por su economía, de pronto nos convertimos en el emergente ejemplar y primero de una destrucción escalofriante que se está desarrollando actualmente en todo el mundo. Porque es evidente que en Irak la destrucción acude a los medios comunes, tradicionales, del exterminio directo de la guerra y de la destrucción masiva. Pero la sutileza que se ha utilizado en la Argentina para tratar de producir una cultura –la cultura del terror– donde la subjetividad de la gente se conforme a la pacificación y al desarrollo pacificado del poder para seguir expropiando nuestra riqueza y produciendo la muerte, no lo he visto hasta ahora en ninguna parte. Será porque, con el apoyo de las mayorías silenciosas, nos toca en carne propia.

Entonces creo que si tenemos que hablar de la cultura tenemos que hablar de todo esto. Yo no puedo hablar de obras de arte, ni de significantes exquisitos, ni de un autor o de otro. Creo que tenemos que ir al fundamento de esta subjetividad estratificada que somos cada uno de nosotros, y comprender cómo esta cultura hizo posible lo que somos. Y creo que tiene un sentido cultural aquello que a partir de lo más superficial penetra hasta convocar lo

más profundo que ha sido aniquilado y está sujeto a la improductividad y esterilidad en cada uno. Es lo único que me hace pensar en la cultura.

Alejandro Kaufman: Esta alarma que manifestaba Horacio con respecto a la vinculación con lo real, con lo posible, con lo estructurante de un devenir político me parece atinada, y también interesante de situar en diálogo con esta otra afirmación de León, que comparto, que sólo atravesándose todos los niveles y todas las capas de significado se puede discutir la relación entre cultura y política. Me parece que se trata de establecer una conversación en la tensión entre esos dos polos. Y creo que es esto lo que está ausente en cierta forma pública de debatir la cuestión de la relación entre cultura y política. Quisiera colocar entonces un signo de atención sobre esa cuestión, como lo decía antes, porque no se puede pensar la relación de la cultura con los libros sin advertir que se están vendiendo libros y que esto es industria cultural. Ese periodista acosado por condiciones de trabajo precarias que habla de libros que no puede ni siquiera leer, con personas que no conoce y cuyo nombre no recuerda en la propia entrevista televisiva que está haciendo, ¿es esa la imagen que tenemos de una supuesta *Cultura* con mayúscula? Si es así, estamos bastante mal. Y si entonces la acción pública consiste en protestar, de alguna manera pseudo piquetera, cuando ese programa de televisión es suprimido, en un acto no obstante repudiable por las razones de negligencia que supone, entonces ahí es donde uno encuentra la necesidad de ver cómo, por ejemplo, la cuestión del consumo y la industria cultural no es simplemente una opción ideológica o estética sino una trama de inscripción de los sujetos que es ineludible. Por lo tanto las formas de resistencia, de crítica, o incluso de construcción o creación de la obra, tienen que situarse en diálogo con esa condición. Porque no hay un afuera de eso, cualquier discurso que uno produzca va a circular en el campo de las industrias culturales, va a circular en el campo de la problemática de la ciudadanía y, hoy en día, también de lo religioso. Todo esto en un contexto en el que los instrumentos conceptuales de la filosofía y la sociología, para analizar la cultura, han adquirido una sofisticación que está muy alejada del sentido común –mucho más alejada que

nunca del sentido común—, e incluso de la posibilidad de inteligir las obras que se producen en diálogo con esas teorías. Es decir, si uno toma los teóricos contemporáneos de la cultura se ve conducido a un estado casi de perplejidad cuando quiere discutir la relación entre cultura y política. Lo que extrañaríamos, en la gestión cultural o en la política cultural, es la ausencia de esa complejidad. Esa es una cuestión sobre la que creo que hay que alertar, en un momento de reconstrucción, de reparación, en el que se trata de hacer viable este colectivo social que nos contiene.

Quiero dar un solo ejemplo de esta cuestión. Estos instrumentos nos permiten pensar el problema de la guerra como una forma de socialización, como una dimensión cultural. Hoy en día la guerra, desde esa perspectiva teórica, no consiste simplemente en la mera destrucción, como sí ocurre en el exterminio, sino en relaciones entre sujetos colectivos que pueden llevar a intercambios lingüísticos, traducciones, formas de dominación, en donde, como uno sabe por la historia, muchas veces es el oprimido el que impone su cultura al opresor, y su lengua incluso. De manera que cuando estamos hablando de la guerra en el contexto del sujeto colectivo argentino se nos presenta en otros términos, como decía León, que son los términos del exterminio, es decir, de la supresión del otro, no de la opresión. Porque la relación entre guerra y opresión a lo que nos lleva es a la historia cultural, en otras palabras: a lo que ocurrió siempre, a que todo imperio cae y deja detrás un diálogo de esa naturaleza. Lo que nos está ocurriendo, insisto en esto, es esta condición que parece excepcional, y creo que una tarea de la discusión entre cultura y política es definir esa excepcionalidad, que, y esto quiero destacarlo, siempre produce incomodidad. Hay una gran producción de reflexiones entre nosotros sobre esa condición de excepcionalidad, y al mismo tiempo una dificultad para procesar esa discusión y para hacerla reconocible. Uno se encuentra siempre con que tiene que enfrentar una resistencia para dar la posibilidad de colocar ese tema en la mesa de discusión: el tema de cierta singularidad. Hay una extensísima casuística de acontecimientos que han tenido lugar entre nosotros que no son comparables ni reconocibles con lo que ocurre en otras partes. Uno creería que para superar cierta crisis, ciertas condiciones trágicas, sería

necesario reconocer esas condiciones de excepcionalidad y, al mismo tiempo, es muy difícil compartir esa conversación. Esa también es una tarea de la discusión entre cultura y política que nuestros poetas, nuestros cineastas, nuestros ensayistas, *hacen*. Es decir, de lo que se trataría es más bien, como lo hacemos prácticamente todos nosotros, de recurrir a otras fuentes. Ahí lo que hay es una obturación entre esas fuentes y la socialización o la dimensión política de la lectura de esas fuentes. Ahí creo que hay un obstáculo.

Gabriela Massuh: Siguiendo con tu razonamiento, la sensación que tengo cuando se habla de estos temas es que se terminan produciendo malentendidos, como si uno estuviera defendiendo al Teatro Colón, y como si hacer una crítica a los medios conllevara la defensa al Teatro Colón. Cuando uno habla de estos temas, tiene la sensación de estar violando cierto misterio de intangibilidad que tiene el tema cultural, porque es ominoso, porque la cultura sería aquello que sólo le pertenece a cierta gente, a la clase media, o clase media alta. Por lo tanto siempre resulta difícil, uno tiene que estar pidiendo perdón, como dando por sentado que el tema no es urgente. De manera que yo insistiría en este halo de misterio que tienen los temas culturales, por lo general, y te quería preguntar, Alejandro, si esa excepcionalidad que vos ves, tiene algo que ver con la excepción cultural que inventaron los franceses en los acuerdos multilaterales para poder, por ejemplo, seguir haciendo televisión pública o poder subsidiar las editoriales, a diferencia de los Estados Unidos que trata los productos de la cultura como si fueran productos de mercado.

Alejandro Kaufman: No, yo aprovecho tu pregunta para cuestionar la propia expresión, porque es una expresión equívoca la de excepcionalidad.

Gabriela Massuh: Acá sí, porque la usó el diario *Clarín* cuando se sintió amenazado, utilizó esa misma fórmula para defenderse, autotitulándose "empresa cultural", para que no le pusieran competencia.

Alejandro Kaufman: No, no me refería a eso, en realidad se trataría de reconstituir la discusión sobre la identidad nacional, que a su vez son términos problemáticos, porque llevan a una discusión de historia de las ideas que requiere tantas aclaraciones previas y tantos debates que uno nunca llega al asunto. Me parece que hay una necesidad de llegar al asunto: poder conectar esas empresas culturales, que en realidad son grandes formas de dominación industrial y empresarial, homogeneizadoras, con los problemas sociales, políticos, los problemas de la violencia, y también la tradición cultural, es decir, situar todo eso en una misma matriz de discusión entre política y cultura. No me refería a esa noción que vos mencionás, sino a la necesidad de apropiarnos de los conceptos necesarios para poder discutir nuestra experiencia colectiva. Me parece que ahí es donde uno podría trazar un relato común sin necesidad de considerarlo excepcional. Tal vez la denominación de excepcionalidad sirva para poner en cuestión muchos discursos descriptivos del acontecer argentino que lo tratan de una manera inespecífica. Cuando se habla de cultura y de política es como si uno estuviera en una especie de limbo global, donde los conceptos que usa parece que fueran aplicables en cualquier parte, sin reconocer las condiciones específicas. Naciones consolidadas, con lenguas históricamente establecidas, como las europeas, no tienen necesidad de volver a la historia de las ideas cada vez que discuten cada cosa. A nosotros no nos ocurre eso.

Recientemente estaba la discusión sobre Roca, por ejemplo, son discusiones permanentemente abiertas y forman parte de este debate entre cultura y política. ¿Qué hacer con la estatua de Roca? ¿Dejarla, y por lo tanto, sustentar el discurso genocida actual, como hace López Murphy en la campaña electoral, cuando levanta la figura de Roca en apoyo de su propia candidatura, como gran constructor de escuelas, y de alguna manera tácita justificar lo que es injustificable desde el punto de vista ético o moral? Entonces estos debates abiertos forman parte del modo en que a nosotros se nos presentan las discusiones.

Horacio también trajo la cuestión del peronismo. La propuesta de Horacio, en el sentido de ver la dimensión cultural del peronismo, es una

intervención sobre parte de la discusión entre cultura y política que sitúa la cultura, como decías vos, Gabriela, en el terreno de ciertas clases sociales, simplificando un debate que tiene matices mucho más intensos respecto de dónde están colocadas las matrices de intelectualismo o antiintelectualismo, que no son patrimonio de ninguna identidad política en Argentina, atraviesan los distintos campos. Las clases medias, que han adherido a gobiernos autoritarios y militares han sido fuertemente antiintelectuales; también cierto populismo lo ha sido. Uno puede encontrar en ese atravesamiento que hay una condición de antiintelectualismo en nuestra historia reciente.

Quería entonces insistir con esto: la crisis del sujeto colectivo está en el fondo de la razón por la que es difícil establecer acuerdos sobre lo que ya no se discute. Es decir, figuras históricas o condiciones penosas de la historia que no pueden ser objeto de un debate permanente. En eso radica el grado de inviabilidad del colectivo argentino. Es lo que ocurre con la discusión sobre el museo de la ESMA, un gran espacio de discusión sobre el problema de la relación entre política y cultura. Si el problema del crimen contra la humanidad no se puede separar de un debate histórico-político, si cada vez que se discute sobre lo que es el límite de la convivencia requiere también discutir todas las demás categorías, entonces nunca es posible tener un punto de partida. Y lo que se sitúa en ese terreno es de nuevo el discurso del exterminio, lo que hemos vivido en estos días muy claramente. Hay una secuencia de acontecimientos en las últimas semanas que es muy clara. La propuesta de constituir un límite, que es el acto del 24 de marzo, e inmediatamente después una disolución de esa propuesta por una iniciativa popular, hay que llamarla así, con cuatro millones de firmas que apoyan la imposición de la pena y la circulación de figuras de esclavitud. Porque remite a figuras de esclavitud, en un país donde hay una crisis gravísima en relación al trabajo, hablar del trabajo en términos de la pena, en términos del preso que trabaja al borde de los caminos. Esto obtura la discusión, y la posibilidad de constituir un piso desde donde partir para una recuperación colectiva se vuelve problemática.

León Rozitchner: Estamos viviendo en un campo de cultura donde los que pueden aportar a su esclarecimiento crítico no tienen acceso a la gente, porque no tienen acceso a los medios. Es decir, si no tenés acceso a los medios de propiedad privada del poder económico no tenés acceso a la cultura.

Alejandro Kaufman: Claro, porque el acceso está mediado de una manera obturadora.

León Rozitchner: Todo esto que decimos, ¿por qué no puede aparecer abriendo un debate? Porque no nos dan la palabra, y tampoco se la dan a muchos otros como nosotros.

Ahora, quería retomar un aspecto parcial de lo que dijiste vos, pero que me parece importante: toda esta elaboración, esa finura, esa complejidad creciente en la formulación de los problemas teóricos que han distanciado a los hechos reales del pensamiento, y que cada vez hace difícil pensarlos y acceder a ellos. Al empobrecimiento de la lengua popular, por una parte, se le opone en su otro extremo la palabra académica, que bajo el mandato crítico de pensar finamente ha caído en el esoterismo de los lenguajes de capilla. La complejidad de los fenómenos que analizan se obscurecen más todavía.

Alejandro Kaufman: Son rasgos de modernización, de gran avidez por lo nuevo, por lo último, que también alimenta la dinámica de los medios de comunicación. Uno puede encontrar ciertos medios de comunicación ultramodernos, en el terreno de su conexión con las redes informáticas, el diseño gráfico, las dinámicas con las que opera, y al mismo tiempo, desde el punto de vista de la dimensión ciudadana, la dimensión política, de un primitivismo y de un brutalismo extremo. Realmente uno tiene que preguntarse: ¿en qué país está pensando el diario *La Nación* de esta última semana? ¿Cuál es el país que se imagina? Es un país que se imagina matando gente, reprimiendo a mansalva a gente hambrienta. ¿Eso es lo que se imaginan? Parece una película de ciencia ficción. Una semana sistemáticamente editorializando sobre la necesidad de reprimir a víctimas,

que han estado en condiciones de no reconocimiento, de exclusión, de desgracia absoluta, y frente a eso aparece un ensañamiento, un discurso realmente brutal. Pero todo esto coexiste con un fenómeno de extrema modernidad, donde la gran preocupación es ir al último congreso de prensa internacional donde se discute qué presencia tiene el papel frente a las redes informáticas, y donde se rediseñan y reformulan permanentemente las formas.

Y como también los medios construyen un público, el problema de qué público se construye hay que retomarlo en el debate. Cuando uno habla de política y cultura tiende a poner énfasis en las estructuras de poder, pero también hay un público demandante, un público consumidor, un público que es estructurado y es estructurante. Un público que está formado por los medios pero que también le plantea demandas a los medios. Y a veces uno se pregunta por dónde empezar en esta cuestión.

Horacio González: Quisiera agregar algo en relación a qué tipo de país es la Argentina, porque hay tesis –que se arrastra a lo largo de los ciclos nacionales– respecto a una excepcionalidad real, la singularidad irreductible de los países, que uno intenta ponerla en duda por muchos motivos. La historia argentina hizo particular énfasis en ciertos textos, muy señalados por su carga indicativa, metafórica, su perdurabilidad, el rastro de interpretaciones que han dejado hasta hoy, de modo tal de hacer de la historia real, social, una historia que tiene fuerte marca de reiteraciones, de tensiones legendarias que llevan a interrogar los grandes textos del siglo XIX, muchos de los grandes textos del siglo XX e incluso los que se escriben hasta hoy. Además, hay que destacar la abundancia de personas que han hablado de tales textos, y no porque pertenecieran a formas de pensamiento semiológico, discursivista, a corrientes de filosofía contemporánea textualista, sino porque el texto va a aparecer como un gran organizador social, y la idea del texto, es decir, de la escritura más su lector o de la obra capaz de dejar esa suerte de presencia en la memoria social y al mismo tiempo en el aparato pedagógico, desde *Facundo* hasta *Respiración Artificial*, hace que los fundamentos siempre estén puestos en discusión. La clase intelectual, a la que pertenecemos, creo que vive de

poner en juego permanentemente los fundamentos. Ya sea remitiendo a la guerra, remitiendo al primer grado de organización del ser, que es el miedo, el terror, o suponiendo que no hay nada establecido en el sistema conmemorativo del Estado, como la estatua de Roca o la ESMA. Y que por eso, debe dejárselo de lado en nombre del estudio del fundamento, el sentido último de la determinación, económica o liberacionista. En ese sentido creo que la querrela por la historia en la Argentina, en la que cada momento histórico es un presente con derechos muy acabados sobre el pasado, también pasa por alto las obras. Porque en relación con el caso del monumento de Roca, que me parece un caso interesante, se advierte que se pasa por alto que también es una obra, que también hay una historia consumada, una historia que cancela sobre lo peor, sobre lo más masacrador de las personas en ciertos momentos, y que eso también es una escena conmemorativa en las ciudades. La historia, en esta versión, no deja de ser sacrificial. Pero deja vestigios, obras o monumentos en el espacio urbano, que tienen el doble valor de ser obras testimoniales de un momento histórico (y por lo tanto deben preservárselas) y evidencias de la necesidad humano (en cuyo caso, preservarlas en un delicado ejercicio moral de la crítica). Al mismo tiempo, la vocación de descender a los fundamentos no carga la pregunta sobre sus posibilidades, o sobre las reacciones que provoca. ¿Todo el mundo cultural cotidiano puede resistir la constante tarea de revisar el fundamento? La Argentina no tiene el texto de Renan que recomienda no hacer eso, es decir, no colocar la idea de *nación* sobre la permanente y la afanosa revisión sistemática de todos sus fundamentos. En todos los pueblos se acarrear y rompen estatuas, que son hechos muy fuertes, pero la Argentina que creyó tener sus mojones establecidos, efectivamente no los tiene, eso me parece interesante. Es interesante porque nos permite descender a los fundamentos, y nunca deja de ser interesante eso en el debate con los medios. Porque si algo caracteriza a los medios es que no pueden descender al debate sobre los fundamentos, porque no tienen memoria, porque se ocupan del día anterior como lo único que es actual, y lo actual que es ya lo anterior fenecido, porque

allí toda palabra nace fútil y banal, eso también hace a su fuerza y al tipo de relación que se establece con ellos, con los medios de comunicación.

Por eso yo diría, como parte del temor que uno tiene en estos días, de que efectivamente ocurra lo peor, que todos contribuimos –en el caso de la ESMA también– a ignorar hasta qué punto los emblemas, y esas estatuas, también pertenecen a cierto esquema del Estado que, aunque sea ficticiamente, da por cancelado –a la manera de Renan, como decía antes: mejor sería olvidar ciertas cosas, mejor sería no incluirla de tal modo, que son advertencias sabias, pero eso no quiere decir que se las deba aceptar–. Me parece que en la Argentina ese texto de Renan es el inverso de lo que ocurre con todos los textos del debate argentino. Todos los textos del debate argentino no aceptan ese gran símil de Sarmiento que fue Renan, que recomendaba tener paciencia, cierta desmemoria, no estar todos los días descendiendo a los fundamentos, porque si no, no había nación. Esa es una advertencia muy interesante, creo que la Argentina está eligiendo si tiene que haber nación sobre el precio inaceptable del olvido, o si el sistema de reconstituir todas las fórmulas conmemorativas –que son infinitas–, todo el sistema de bronces... Por ejemplo, los que entramos a la ESMA ese día vimos todos los bronces de la Marina con toda su historia detalladamente a través de inscripciones que van desde 1920 en adelante. Entonces desde esa idea de literalidad, todo ese sistema conmemorativo hay que borrarlo, de hecho muchos arrancaron esos emblemas. “No arranquemos las placas”, “esa es la historia” –dirían ciertos historiadores– “Puesto que están ahí dan cuenta de algo que ocurrió”. Ninguno de nosotros es historiador al estilo Renan, somos personas con una fuerte potencialidad metafórica, el nuestro es un país textual y metafórico, de revisión de todos sus fundamentos. Y ahí sí veo que estamos produciendo la peor guerra, porque los actos de guerra que pusimos son todos metafóricos. Los piqueteros se llaman “piqueteros, carajo”, hay una sonoridad que envía a ese fonema setentista. El gobierno quizás inadvertidamente, y todos quizás inadvertidamente, lo están practicando. Pero así se está contando la historia muy salvajemente, demostrando cómo hay que ejercer el derecho a no olvidar nada. Creo que en ese sentido la Argentina, así, no me parece un

país posible. Los países posibles, que no sé cuáles son, a lo mejor Francia, y todos los países europeos...

León Rozitchner: ¿Brasil?

Horacio González: Quizás Brasil, que no tiene todo el sistema de revisiones de sus fundamentos. Pero eso que menciono en nuestro país es atribuible a la existencia de nuestro sistema escolar, es un debate sobre la historia que emana de nuestro sistema escolar. ¿De dónde emanan los grandes textos de Irazusta o de José María Rosa, éstos últimos menores pero importantes, que educaron a miles y miles de personas? La palabra *montoneros* que es una monografía idílica sobre el siglo XIX argentino. Todo ese sistema estalla de una manera insoportable ante un gobierno que ingenuamente azuzó, convocó, y dijo que iba a cerrar un capítulo de la historia en nombre de la justicia. A mí me parece un problema, por un lado, interesantísimo, por otro lado, temible decir las cosas así, y que ninguno de nosotros estaría dispuesto a suscribir un escrito como el de Renan, que a mí me parece muy relevante, porque plantea con mucha crudeza un problema que *no* atañe al modo en que se hace política en la Argentina.

Alejandro Kaufman: Quería comentar algo sobre esta interesante idea que refiere a la modalidad argentina de la revisión de los fundamentos. Indudablemente lo es para un lector, o para un crítico de la cultura, pero me parece que una política, si hablamos de eso, trataría de instituir el olvido. Lo que faltaría es una política que fuera viable, que tuviera éxito en instituir el olvido, en hacer posibles las condiciones del olvido, una política que hiciera que no sea necesario sacar la estatua de Roca sino conmemorar lo que la estatua de Roca hace olvidar, de una manera que clausure una discusión del siglo XIX.

Y aquí quería retomar dos palabras tuyas, Horacio, lo de *interesante* y lo de *fundamento*, porque revisar los fundamentos es un concepto muy filosófico, que yo creo que el crítico hace en esos términos –siempre aludo a tu tarea en ese sentido, que me parece que es notable–, pero no es lo que ocurre con el

modo en que se discute de esto públicamente, porque cuando se quiere desplazar la estatua de Roca es porque hay un sujeto oprimido, exterminado, en la actualidad. Hay lenguas que están siendo olvidadas en la actualidad, que son las lenguas de los pueblos originarios, indígenas. Y también vemos que a los campesinos no les son reconocidas las culturas de posesión y de trabajo de la tierra, en el sur y en el norte del país, en el mismo momento en que la Argentina suscribe tratados internacionales que exigen el reconocimiento de esos derechos. Ahí se produce un problema, que es un problema de la cultura, y de la relación entre la cultura y la política: cómo situarse en un orden global que no sólo trafica mercancías sino que también trafica significados, trafica derechos, establece identidades socioculturales, y al mismo tiempo se lo contradice de la manera más brutal comportándose del mismo modo que en el siglo pasado. Como vemos, y voy a citar de nuevo el diario *La Nación*, editorializando sobre la justificación de la masacre del indio, o como dicen, del aborigen pampeano. Que esto no pueda ser tanto olvidado como resignificado nos introduce en un problema.

Otro signo de esto es esa discusión que hay entre los historiadores exitosos de los medios, que utilizan categorías periodísticas para hablar del pasado, y entonces leen el pasado como si ocurriera en la actualidad, entonces la muerte de Moreno es lo mismo que la desaparición de la dictadura que arrojaba cuerpos al río. Para los que hay una homogeneidad conceptual a lo largo del tiempo. ¿Pero qué se le replica a esto? Que la historia puede ser resuelta por el profesional que conoce los recursos técnicos o conceptuales universitarios, o académicos, para resolver el problema de la historia. Y ahí se produce una desaparición de la política.

Horacio González: Esa idea equivocada algo tiene algo de interesante, y es que la historia no tiene tantos motivos diferentes...

Alejandro Kaufman: Por lo menos habría que discutirlo

Horacio González: Sí.

León Rozitchner: Quería referirme al tema del monumento a Roca, sobre el que ha girado en algún punto esta discusión. El monumento a Roca tiene preeminencia en la ciudad porteña, está ubicado en un lugar muy particular, y por lo tanto mantenerlo ahí poniendo al lado un texto explicativo de la significación histórica de Roca no le quita el lugar que está teniendo. Y además, ¿quién lo haría? ¿Ustedes pondrían el contenido, escribirían el texto? Es decir, se requeriría además un poder transformador en el campo de la cultura que pudiera enfrentar al poder actual que Roca representa, estando donde está colocado. Por lo tanto, mientras ustedes hablaban, me imaginaba un monumento a Roca donde Roca estuviera realmente allí, pero un Roca dado vuelta, es decir, un monumento donde el contenido de la presencia de Roca estuviese allí presente pero contenido en otra obra de arte nueva que lo incluiría a Roca como un fragmento, donde fuera puesto en evidencia su verdadero sentido, pero porque el poder cultural colectivo de la nación habría alcanzado la capacidad humana y cultural como para poner de relieve la verdadera historia. Ahora, eso no corresponde a la "cultura", corresponde –si ustedes quieren– al campo del movimiento político prolongado en y desde la cultura general. Para que se produzca ese cambio hace falta un poder cultural, sin el cual los textos van a seguir aquí en esta Biblioteca Nacional acumulados, como hay tantos textos consagrados que tendrían seguramente su palabra que decir todavía, pero que no son ni leídos ni escuchados, que no entran a formar parte del movimiento cultural en la Argentina.

Ahora, el problema es cómo hacer para que una gran cantidad de gente acceda a este saber elemental, mínimo, para el que no se necesita evidentemente que lean todos los textos, pero sí se necesitaría una formulación que ubique estas presencias que están diseminadas de una manera distinta en su propio imaginario, y creando un poder también diferente en ellos, por lo tanto. Estoy hablando de una cultura activa, donde no sean "los cultos" los que accedan a este saber y lo promuevan, sino que se pregunte de qué modo hacer posible esto que estamos hablando para que penetre desde abajo en la gente que realmente lo necesita. Y ya que estamos tratando el

problema de los medios, quiero decir que esa tarea, actualmente entre nosotros es absolutamente imposible, en la medida que el neoliberalismo siga penetrando con la fuerza destructiva que tiene en todo el mundo, y sobre todo en la Argentina. Habría que pensar ciertas soluciones, más allá de los buenos pensamientos que tenemos respecto a hacer que tal monumento permanezca pero con un sentido distinto. Me parece que pensar ciertas soluciones es un problema que en la Argentina es crucial. En la Argentina o hacemos algo entre muchos o nos vamos todos al abismo. Y por eso la angustia que sintió la gente estos últimos días como producto de una estrategia de los *media*. Pero además, también pienso en los intelectuales que están muy inquietos, no sólo por lo que está pasando con la gente, inquietos por lo que siente cada uno como amenaza personal. Han bastado siete días de difusión en los medios –y algunos intelectuales aportando su granito de pus infecta– pidiendo represión y agigantando una amenaza popular para que el terror cunda y todos estemos abarcados por él. Creo que el problema que debe ser planteado es mucho más fundamental, porque forma parte ahora de un colectivo aterrado del cual nosotros también somos un índice.

¿Existe una reestructuración política del país y de la política de estado?

Conversaciones entre Luis Tonelli, Christian Castillo y Arturo Fernández

Bajo el título "¿Existe una reestructuración política del país y de la política de Estado?" el comité editorial de **Argumentos** convocó a los investigadores Luis Tonelli, Christian Castillo y Emilio de Ipola para intercambiar opiniones en relación con los *adelantos de notas* que cada uno había escrito por expreso pedido del comité sobre este tema. Emilio de Ipola, por una sumatoria de otros compromisos, se vio imposibilitado para asistir a las conversaciones y sugirió sumar al debate a otro investigador en su lugar. El comité editorial decidió entonces que dicho investigador fuera Arturo Fernández, quien, finalmente, accedió a la invitación. Y como todo cambio deja su marca, en este caso las conversaciones tuvieron una dinámica renovadora: así, a diferencia de la habitual ronda con las exposiciones de los participantes, que antecede al debate propiamente dicho, desde el comienzo las intervenciones de Arturo Fernández asumieron un papel más vinculado a enfatizar ciertos ejes expuestos por los otros participantes y acercar nuevas preguntas para ampliar el horizonte de discusión.

Las *conversaciones* se desarrollaron el día jueves 8 de julio de 2004 en el Instituto de Investigaciones "Gino Germani" de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. La versión completa de los *adelantos de notas*, que sirvieron como elementos disparadores para la discusión crítica que se transcribe a continuación, están incluidos en el Número 3 de la revista **Argumentos**. Ellos son: *Los límites de las transformaciones. La Argentina luego del derrumbe de la convertibilidad* de Luis Tonelli, *Las insuficiencias del proceso de diciembre de 2001 y los límites en la reconstrucción del régimen político capitalista* de Christian Castillo y *Política y Estado* de Emilio de Ipola.

Luis Tonelli: En el texto que había escrito, hacía una reflexión acerca de cómo muchas veces la situación de crisis es una expresión que complica el

análisis. A lo que me había referido en el texto era a cómo algo que se presentaba como extraordinario y novedoso en el momento en que lo escribí – que era el comienzo de la presidencia de Kirchner–, algo que aparecía como una gran transformación, si se lo ubicaba en el plano de dimensiones estructurales, quedaba sujeto a las limitaciones propias de la historia argentina. La reflexión, vamos a llamarla así, quería de alguna manera compensar o tratar de apartarse del modo predominante en el que habíamos hecho los análisis desde la ciencia política en la década de los 90, que partían de un enfoque muy institucional, básicamente pensado en términos de normalidad. Y en ese sentido, en la década del 90 tanto críticos, reformistas como aduladores –para decirlo de alguna manera– sostenían que se había instalado una especie de normalidad, que se había terminado la Argentina de los vaivenes terribles. Pero esto, justamente, fue lo que quedó totalmente desmentido en 2001. Mi idea fue entonces hacer un análisis que, para llamarlo de algún modo, podemos designar como estructural institucionalismo: observar el desarrollo institucional, que podríamos ubicar en un nivel de superficie, pero ligándolo a ciertas transformaciones. Sostenía que a mediados de la década del 70 comienzan a producirse transformaciones en una serie de dimensiones que había asumido el Estado desde década del 30 o, para algunos, particularmente en los años 50.

Una dimensión, la que se refiere al Estado como intermediador, se relacionaba con los grupos y las organizaciones de la sociedad. En esta dimensión, el cambio estructural comienza con el Proceso, que atacó las bases sindicales y cambió el tono de lo que era la acción colectiva hasta ese momento. La otra reforma estructural, relacionada específicamente a la cultura política, la centro en el advenimiento de la democracia. Lo que cambia en este caso es el vaivén entre regímenes militares y regímenes democráticos o cuasi democráticos. Desde una perspectiva estrictamente de la ciencia política, el gran cambio en esta esfera se produce porque por primera vez la competencia política se da en términos centrípetos. Si entendemos como competencia centrífuga la que se da en términos de polarización, como el peronismo-antiperonismo, digamos entonces que se inaugura a partir de Alfonsín una

pauta de competencia centrípeta. Luego, bajo las presidencias de Menem, se da una gran reforma estructural, pero en este caso, en la relación mercado-Estado: en lo que era el papel del Estado como productor. El Estado abandona áreas de producción y comienza la etapa de privatizaciones.

Entonces, cuando uno observa el gobierno de Kirchner, ¿qué puede decir? Las grandes transformaciones estructurales ocurrieron en el pasado. Lo que el gobierno de Kirchner enfrenta en realidad es una post crisis. Y en ese sentido, las características de esta post crisis no tienen que ver con un cambio de tablero sino con la relación de ciertos actores. El tablero es el mismo, los jugadores son los mismos y lo que cambia es la distribución relativa de poder entre ellos. Hay, para sintetizar, un nuevo balance de poder. ¿Y a qué conclusión podemos llegar? Que en términos estructurales la Argentina cada día es más normal. Cuando era estudiante, recuerdo que los textos hacían referencias a cómo las crisis abarcaban cada una de las dimensiones. Hoy podemos decir que las crisis afectan una dimensión a la par que otras dimensiones se sitúan en parámetros no tan críticos. Por ejemplo, no hubo un cambio de régimen político, y esto es un dato muy ostensible.

Obviamente, sabemos que el Estado es una cuestión que uno puede definir de muchas maneras, y como el texto que escribí es básicamente un ensayo, quise privilegiar un criterio abarcativo. A lo que me refería era, por un lado, al aspecto puramente político, decisional, en el que hace eje la ciencia política ortodoxa, americana: régimen político, instituciones, partidos, etc. Y en esta esfera, decía, el gran cambio se dio el año 83. Uno puede ver sin duda una crisis de partidos, con todo lo que está sucediendo en la actualidad. Pero, desde mi punto de vista, lo importante para el mantenimiento de la democracia es que no haya polarización política. Y por eso, decía, la polarización había quedado atrás con la reforma estructural en este área. Después había hablado de una reforma que se había iniciado antes: la de la relación del Estado con las organizaciones sociales, que tenía que ver con el cambio a nivel corporativo. Por último, mencionaba la relación Estado-mercado. Y señalé, a partir de todo esto, que se observa una normalización y que la Argentina comienza a parecerse más a los países que tienen estabilidad.

Paradójicamente, ahora recuerdo, no sé por qué, cuando Marx hablaba de la doble noción de libertad: uno es libre de disponer, pero esta libertad puede llevar a que uno muera de hambre. Y en nuestro caso tenemos las dos normalidades: nuestro país es cada vez más normal, pero también es normal – y a esto quiero sacarle toda posible connotación europeizante– en términos de América Latina. Porque antes, el gran punto de diferencia de Argentina, estaba dado en relación con una distribución más equitativa. La sociedad actualmente rompe ese molde equitativo. Entonces, volviendo a las dos normalidades de las que hablaba, podemos decir: cuando la sociedad fue equitativa –y como década más sobresaliente en este sentido podemos tomar a la del 60– se volvió “loca” en términos de estas normalidades estructurales. Hoy, lo que deja toda esta normalidad es una sociedad extraña para los que vivimos la sociedad equitativa. Esto genera, para terminar, que muchas veces nos equivocamos, especialmente los que estamos en el análisis coyuntural, junto con los opinadores y los periodistas, porque seguimos pensando la sociedad argentina con las metáforas de la vieja sociedad. Por ejemplo, se suele hablar de “la gente”, pero esta es una sociedad donde hay un tercio de la población que está fuera del juego, y por muchos años. Se habla de gestión, como si hubiera una administración estatal que cubre el país, cuando tenemos territorios muy subadministrados y una crisis profunda del sistema de dominación.

Christian Castillo: También considero que los análisis que presentan los artículos que escribimos para diciembre están signados por el poco tiempo que había transcurrido desde que había asumido Kirchner. Ahora hay algunas cosas que se han desarrollado desde entonces. Creo que, en cierto sentido, es muy difícil que el gobierno actual no sea visto como una transición. ¿Por qué? Definiría –y uso la categoría en el artículo– que en el 2001 se manifestó una crisis orgánica. Es decir, que se conjugaron una crisis económica de magnitud con una crisis del régimen político, donde se agudizó la crisis de las representaciones políticas tradicionales. Desde ya que frente a esa situación de crisis general, no todos resultaron afectados de la misma forma.

En un caso, la propia base social que le había dado apoyo, en este caso a la Alianza, cuestionó a su propio gobierno. Se produce una ruptura que, en cierto sentido, la podemos marcar cuando renuncia Chacho Álvarez, pero tiene distintos hitos: el golpe al salario de los estatales, que habían votado a la Alianza, haberse manchado con la Ley Banelco, después haberlo puesto a Cavallo, etc. Esto lleva a una verdadera implosión de quienes tenían su base social principal en las clases, que pasan en cierto sentido a estar políticamente vacantes.

En el caso del peronismo, venía arrastrando la misma crisis, no es que no estaba golpeado. En el 2001 ya se encontraba fragmentado, producto de proyectos divergentes ante la división de lo que fue el bloque dominante en los 90. Tanto es así que en lo económico De La Rúa presenta más continuidad con Menem que Duhalde, que en cierto sentido apostaba más al sector devaluador, para decirlo en términos un poco esquemáticos. Luego de 2001, queda como el sector más fuerte de la política argentina el peronismo de la Provincia de Buenos Aires. Sostiene el régimen y se apoya en una política fuerte de contención ampliando los Planes Jefes y Jefas, es decir, contiene a una fuerza social que había sido muy golpeada por la crisis.

Por otro lado, hacia la clase trabajadora juega como factor de freno no sólo la tregua de las direcciones sindicales sino también la alta crisis y el temor al desempleo. Es muy llamativo el cambio en la conflictividad laboral: bajo el gobierno de De La Rúa hay muchas huelgas y muchos paros generales, es decir, el sector ocupado de la clase trabajadora tiene un protagonismo importante; y, en cambio, en el 2002 y gran parte de 2003 esto se frena. Entonces, podemos ver que el peronismo hace jugar uno de sus puntos fuertes, que a veces está un poco subvaluado en varios análisis: tener el control de gran parte del movimiento sindical le permite usarlo a su favor y conseguir una relativa estabilidad.

Ahora, ¿qué cambios hay con Kirchner respecto del gobierno de Duhalde? Ahí se combinan, desde mi punto de vista, dos aspectos. Desde el punto de vista estructural – económico, no hay divergencias fundamentales entre Duhalde y Kirchner. No sólo porque Lavagna es el mismo ministro, sino

porque, si ustedes ven, en toda decisión de política económica fundamental más bien el duhaldismo ha tendido a acompañar lo que hace Kirchner. Es decir, ni en la negociación de la deuda ni en las decisiones económicas fundamentales ha habido grandes contrastes. Sólo un poco de tironeo, si se quiere, alrededor de la coparticipación, porque era una discusión de caja. Ahora bien, sí hay diferencias en cuanto a los proyectos que tienen de reconstitución del sistema político para cuando salgan de este período. Y ahí sí hay contradicciones, porque obviamente lo que implica la fortaleza de uno, implica la debilidad de otro. Y también porque se apoyan un poco en bases sociales en parte divergentes.

En el momento en que escribí el artículo, la base fundamental en la que se apoyaba Kirchner eran las clases medias en sentido amplio, en sus distintas fracciones. Ahora bien, desde entonces, particularmente desde principio de año, esa situación de la clase media empieza un tanto a cambiar. Los sectores medios tienden a polarizarse social y políticamente. En parte esto se debe a que la recuperación económica se da consolidando una sociedad mucho más desigual, donde los parámetros de los '90 quedan estabilizados. Hemos leído hace poco nuevamente estadísticas que señalan que el quintil más alto gana cincuenta veces más que el quintil más bajo. En veinticinco años se pasa de una relación de trece a uno a una relación de cincuenta a uno. Eso es impresionante. En las capas medias se ve entonces un sector de alta clase media, minoritario pero amplio, que incluye cuatro, cinco o tal vez seis millones de personas, que ganó en los '90 y que ahora es el que está volviendo a ganar con la recuperación y que está gastando de nuevo. *La Nación* publicaba por ejemplo índices de recuperación de consumo, y ahí se observa que todos los índices de recuperación son índices de gasto de la alta clase media. Aunque en los sectores más bajos de las capas medias también hay un aumento del consumo –ya que peso que entra tiende a gastarse en algún bien, después del “trauma” social que fue para la clase media la incautación de los ahorros– pero es un sector que de conjunto se ha pauperizado al igual que los asalariados.

Políticamente esto tiende a expresarse, por un lado, en un sector que fue base social de lo que fue el fenómeno Blumberg, con temas, agendas o problemas de un reagrupamiento de base social de centro derecha, y por otro lado, en Kirchner, que se apoya en los sectores medios que podemos llamar, en general, como centro izquierda. Esta división que esboqué si quieren es una tendencia y a la vez un proyecto de alrededor de qué líneas rehacer el sistema político burgués argentino ante la crisis del radicalismo y el peronismo. Pero eso tiene grandes contradicciones. Una de las contradicciones de ese proyecto, si se quiere, es en parte el mismo peronismo de la Provincia de Buenos Aires, que más bien mantiene cierta flexibilidad, o al menos creo que esa es la intención que tiene Duhalde, de poderlo hacer jugar hacia un lado o hacia el otro según qué sea lo que prime en el "humor" político de las masas. Ahora, los proyectos en pugna y los conflictos –como el ocurrido en el Congreso de Parque Norte– se han expresado más abiertamente en los conflictos entre Kirchner y Duhalde que en el momento en que escribimos los artículos.

Creo que el fenómeno Blumberg fortaleció que Duhalde y el duhaldismo le hicieran más oposición después a Kirchner. Dijeron: "vieron que había una base social que el gobierno no controlaba". Y entonces comenzaron a tratar de hacerse fuertes en esos planteos para evitar que los debiliten. Kirchner, a la vez, que subió muy apoyado por Duhalde, por su propia supervivencia política trata de debilitarlo y ganar poder propio. Bueno, esta fricción está lejos de ser resuelta, hay diversas hipótesis de mínima y de máxima, pero es una conflictividad propia de una transición en la cual, aunque los elementos más agudos de la crisis orgánica no se manifiestan activamente –porque la economía se recupera, porque han logrado cierta pasivización del movimiento de masas– continúan latentes, sin el surgimiento de nuevas formaciones políticas orgánicas, que expresan y reemplazan lo que quedó en crisis.

Hacia adelante me parece que hay que considerar dos elementos importantes como variable: una tiene que ver con cómo va a estar Argentina ubicada en una situación política internacional que está lejos de ser clara. Es decir, no es lo mismo, relativamente, cómo resulten las elecciones norteamericanas en el mes de noviembre, no es lo mismo la relación que tome

Estados Unidos con América Latina, si se presiona con el ALCA o queda en la nada. Y después hay otro interrogante, que es si la enorme pérdida que ha sufrido la clase trabajadora de su nivel adquisitivo, con la precarización y la caída salarial, va a ser aceptada, o paradójicamente, la relativa estabilización no lleva a un mayor incremento en la actividad política de la clase trabajadora ocupada. Algunos síntomas hemos visto en los últimos meses, pero hay que ver si esto se continúa. En ese caso, frente a un peronismo fragmentado, hay que ver cómo la presencia de esa fuerza social se expresa políticamente. Esa es una de las grandes incógnitas en este período. Por ejemplo, hay un dato relevante: en los '90 prácticamente no hay oposiciones sindicales, predomina la lista única. Si uno compara con los '80, advierte que no era así. Por esos años, había muchas oposiciones sindicales –el nombre de la oposición combativa era la lista naranja–, aunque pocas de ellas ganaban. Ahora otra vez, empieza a haber muchas oposiciones en los gremios, aún en los más “duros”. No ganan los sindicatos, pero pelean seccionales. En los sindicatos docentes, por ejemplo, hay cinco seccionales de SUTEBA ganadas por la oposición. Y en los gremios “duros”, como decía, empiezan a aparecer oposiciones sindicales. Daer tiene dos listas de oposición: una de su propio riñón y otra que le sale de las fábricas más combativas donde tienen peso las distintas corrientes de izquierda. Aquí hay otra gran incógnita de lo que va a pasar con la situación.

Sintetizando, diría que los distintos proyectos de reconstitución del régimen político por parte de las fracciones políticas de la clase dominante –el de tratar de “recuperar” al peronismo y al radicalismo o el de apostar al surgimiento de nuevos agrupamientos políticos– pueden tener cierto éxito si no tienen un desafío desde abajo, pero otro es el panorama si aparecen fuerzas sociales que pongan en cuestión esta estructura que se ha consolidado post década del '90, primero, y post devaluación, después. Desde ya que esto no es simplemente una descripción sino que implica una posición propia acerca de lo que tiene que pasar en la sociedad y, en este sentido, mi apuesta es obviamente a que sea la segunda opción la que prime y no la primera.

Arturo Fernández: Quería preguntar a Luis Tonelli si la sustentabilidad del desarrollo argentino, es decir, de cierto tipo de continuidad de las funciones del Estado decisorio, intermediario y productivo, depende más de la política, a través de acuerdos con el poder económico o de imposición sobre el poder económico. Porque Luis pareciera más inclinado a pensar que si lo político se arreglase, el poder económico podría, por ejemplo, terminar el conflicto entre el sector de lo que Christian Castillo llama *dolarizadores*, vinculado a las empresas privatizadas, y el sector productivo, el cual de manera no muy republicana ganó el gobierno en diciembre de 2001. Respecto a este hecho, cualquier dirigente justicialista lo justificaría por el hecho de que si un gobierno no sirve hay que echarlo y punto. Lo cual no quiere decir que no hubo participación popular, ni que las clases medias no estuvieran muy enervadas porque les habían sacado los ahorros del bolsillo, lo cual no es muy capitalista que digamos.

Respecto a la interesante exposición de Christian: evidentemente pareciera imposible volver al capitalismo nacional por lo que pasó en 1980 a nivel mundial. ¿Esto es así? A lo mejor no está claramente explicitado, porque, por ejemplo, en Brasil, a partir de las expectativas que generó la llegada de Lula a la presidencia, ¿puede advertirse la posibilidad de que un país altamente industrial llegue a un capitalismo nacional? Por mi parte sinceramente lo dudo, y creo que Christian también, pero quisiera que desarrolle este punto.

Por otra parte, el capitalismo cada vez más trasnacionalizado funciona en una parte del mundo y en otra no camina ni para atrás ni para adelante; existen alternativas como es el caso de China, que cada vez pareciera tender más a un capitalismo trasnacional siendo todavía una economía no capitalista en sentido estricto. No me resulta claro pensar cómo Kirchner, un gobernante argentino, podría alterar estas reglas. Planteo esto porque entendí que Christian sostenía que, después de los últimos meses, Kirchner evaluaría la posibilidad de imponerse a los sectores económicos como el Perón de los años cuarenta o cincuenta, o incluso el intento del '73. Entonces, el Estado impuso reglas a los sectores económicos mientras pudo y hasta que no lo echaron, al primer y al segundo peronismo, esos mismos sectores económicos.

Ahora bien, el otro tema que quería comentar, más actual, tiene que ver con la reacción de los grupos dirigentes, que no son solamente económicos sino también ideológicos. A veces se los advierte encarnados por la derecha eclesial, por otro lado con los grupos que reaccionaron frente al desplazamiento de la señora de Fortabat del Fondo Nacional de las Artes, quienes generan un ambiente cultural muy poco propenso al peronismo y bastante radicalizado en los últimos meses. La situación me hace acordar a las resistencias que produjo Machinea, por cierto desmedidas, frente a tibias reformas que más se anunciaron que se efectivizaron, en la relación con el poder económico durante la primera parte del gobierno de De la Rúa. Hoy Kirchner es mucho más odiado que ningún gobernante desde Alfonsín (Alfonsín, lo fue por su enfrentamiento con los militares, con los sindicatos, más el tema del divorcio). Pero aún así Alfonsín era un demócrata, era un republicano. Kirchner es llamado un montonero para las expresiones que tienen, casi como órgano político partidario, al diario *La Nación*. El problema, que le asombra, es que señalar el carácter setentista de Kirchner es afirmar que quisiera una lucha armada o tomar el poder para hacer una supuesta Argentina socialista. Mi pregunta a Christian es entonces: ¿por qué efectivamente aparecen estas reacciones? Hay que tener en cuenta que Kirchner es más odiado por estos sectores que Lula, quien encarnaba la promesa de un capitalismo nacional justo. El mismo Kirchner, precisamente, nunca se había distinguido por sus posiciones extremas en Santa Cruz. En síntesis, frente a la pregunta que se hacía Christian de si se logrará tener éxito en el plan de reconstrucción del régimen capitalista en este momento histórico ¿es posible pensar una caída del régimen capitalista en la Argentina, aislada del resto del mundo, donde no hay signos sino a mediano o largo plazo de que el régimen capitalista entre en una crisis final? ¿Fueron los acontecimientos de 2001 y 2002 algo más que una disputa –todavía no saldada– entre sectores de burguesía, instalados en la Argentina, uno más trasnacionalizado, otro más nacional, pero en el definitiva la burguesía financiera versus la burguesía productiva?

Finalmente, quería dejar planteada una pregunta a partir del artículo muy interesante de Emilio de Ipola. Él habla de un centro izquierda que sería hoy lo deseable y lo posible, un centro izquierda que como dice: "es algo que va más allá de las relaciones de producción capitalista, porque la sociedad no se agota en esas relaciones, (...) donde cierta cultura de las relaciones varón-mujer, de la relación con la naturaleza (...) pueden ser de izquierda sin tocar en el fondo a la sociedad capitalista". Pero, ¿por qué hablar de centro izquierda? No hace demasiados años Bobbio decía que en toda sociedad habría una derecha, que va a operar para justificar la desigualdad, considerando que es normal que los seres humanos nazcan, no sólo diferentes, sino más capaces unos que otros, y habría una izquierda que se distinguiría por una lucha, ya varias veces milenaria, por la igualdad. Esta lucha, que parece un horizonte utópico nunca alcanzable de plena la igualdad, es la izquierda, y no el centro izquierda. Porque el "centro izquierda" es pensar en algo más o menos confuso, en donde se estaría incluso resignando el valor de la igualdad. En fin, es algo que me hubiese gustado preguntarle a Emilio de Ipola, porque a mi entender el centro izquierda representa hoy las posiciones más moderadas, que se alternan con el centro derecha para dejar todo siempre igual. Lo cual trae una crisis muy seria de representación política, porque para elegir entre centro izquierda y centro derecha la gente se pregunta para qué va a votar, si al fin todos, en materia económica, gobiernan más o menos igual. Uno puede decir que en España hay un gran cambio porque retiró las tropas de Irak, pero no por aquello que ocurre en materia de economía. La gente no hubiera ido a votar menos, y tal vez hubiera ganado Aznar, de no haber mediado las explosiones del 11 de marzo. Esto está pasando en muchos países desarrollados y también sucedía en la "normalidad" de los años 90, si todo se reducía a una lucha entre partidos de centro izquierda, como el que podría haber sido la Alianza, frente a un partido de centro derecha menemista. Frente a eso creo que mucha gente habría pensado "es lo mismo ir o no ir a votar". Esa normalidad es peligrosa para el sistema político democrático.

Luis Tonelli: En la actualidad, obviamente, hay un gran jugador –para decirlo de alguna manera– para la Argentina, que es el contexto internacional. Si uno mira los grandes cambios estructurales, e inclusive los coyunturales, están muy hilvanados por lo que pasa en el contexto internacional. Y como dijo Christian, lo que puede llegar a pasar en Estados Unidos es siempre decisivo, como lo fue el cambio de gobierno de los demócratas a los republicanos frente al FMI, a partir de lo cual se pasó de un organismo que prestaba a un organismo que no prestó más. Esta es la clave de toda la crisis del 2001 como variable explicativa casi única, más allá de quién estuviera gobernando.

Ahora, a partir de estas cuestiones de continuidad estructural que traté de presentar, uno ve algunos resultados políticos específicos –para relacionar con la exposición de Christian– y advierte que obviamente el tema de la fragmentación es el elemento central que se va configurando. Si uno piensa, la Argentina del pasado es la Argentina de corporaciones, la Argentina de partidos políticos, la Argentina de un institucionalismo autárquico... Ahora hay cambios en todas estas cuestiones. Una, muy importante, es que con el aflojamiento de los partidos políticos y la desarticulación de la trama organizativa que se daba en décadas pasadas, aparecen fenómenos impensados en los '70, e incluso en los '80, como la liga de los gobernadores, o ciertas configuraciones de los intendentes. Estos son niveles que surgen no porque la ciencia política se preocupa por ellos, sino que pasan a ser actores relevantes en lo cotidiano. En ese sentido toda la discusión relativa a cuestiones internas tiene que ver con un esquema de dominación que se debilita, y no es casual que el tema de la coparticipación o el sistema electoral asuman tanta relevancia, porque tienen que ver con esta relación entre el gobierno nacional y los provinciales. En esa desagregación, en esa fragmentación, el peronismo, al ser localmente hegemónico en muchas unidades provinciales, es un "jugador ameoba". Ahora bien, desde el punto de vista estructural del federalismo, uno podría haber pensado que la alianza Kirchner–Duhalde beneficiaría a las provincias grandes y podría haber planteado un cambio respecto a cómo se distribuyen los recursos en la

Argentina a partir de la coparticipación. Sin embargo, la lucha por el liderazgo hace que Kirchner se enfrente con Duhalde y juegue con las provincias chicas.

Lo que quiero resaltar con esto es cómo las dimensiones estructurales y la coyuntura internacional comienzan a depender muchísimo de los avatares políticos de un país muy fragmentado. Tengo una visión que es un poco más pesimista que la de Christian. Veo por un lado ciertos parámetros de la Argentina con respecto al mundo muy establecidos, como la apertura y todo lo que implica esa tendencia. Y en ese sentido Kirchner aparece como una etapa de transición, no porque se va a configurar algo muy diferente sino porque están entre paréntesis elementos muy importantes de las economías de mercado, que son los organismos financieros internacionales. Si esto mejora naturalmente vamos a volver al riesgo país, y vamos a estar sujetos a los vaivenes del Brasil de Lula. Por ahora “juguemos en el bosque mientras el lobo no está”. Y en este “juguemos en el bosque”, lo que prima es cómo domina la pequeña política a la Argentina.

Lo que yo veía en los años 60 y 70 como una tragedia hoy lo veo como una farsa, para usar esta metáfora. Lo que aparenta estar en el centro son juegos de palacio, ligados a la supervivencia de un presidente que enfrenta entonces a la opinión pública –y ahí sí está el fenómeno Blumberg, como fenómeno de la nueva política–. Así aparece también la cuestión de la Liga de los Gobernadores y su relación con el gobierno, que, con las retenciones, dispone de un elemento para negociar.

El panorama que a uno se le presenta es de fragmentación, con una sociedad cada vez más desigual, con menos energías y, por eso, más conflictiva. No tengo muchas expectativas de que se pueda reorganizar, por lo menos bajo este sistema. Entonces, es posible, o bien una rebelión como la que pasó en el 2001, que genera ingobernabilidad para un presidente que está sin estructura, o bien un conflicto en la Provincia de Buenos Aires, que no sabemos cómo puede llegar a terminar, o bien que el kirchnerismo imponga la sensación de que gana electoralmente el año que viene, y obtenga así puntos en gobernabilidad. Todo este proceso que se da a un nivel –valga el concepto viejo– superestructural, no nos tiene que confundir –por lo menos es mi punto

de vista– con respecto a que hay una decadencia estructural de la Argentina. Y digo decadencia porque para mí el concepto de equidad ha sido fundamental en la construcción del país y es eso precisamente lo que no veo como tendencia para su reconstrucción.

Christian Castillo: El tiempo es tirano, porque desde las preguntas de Arturo hasta las cuestiones que planteó Luis requieren bastante desarrollo. Trataré de organizar todo esto de alguna forma. Tomando una de las preguntas que planteaba Arturo, quería decir que, por mi parte, hago una lectura del ciclo de la burguesía nacional en términos de fracaso, porque la burguesía nacional nos ha llevado a lo que recién llamaban la decadencia estructural de la Argentina. Además, nosotros tenemos que ver que este proceso, en un sentido, empieza en la dictadura, pero que no fue sólo la dictadura, porque no sólo la dictadura creó 50% de pobres, precarización laboral, etc., sino que bajo la forma de dominio de la democracia parlamentaria también se agravaron las penurias de las clase obrera y el conjunto de las clases subalternas en este país. Esa clase, a la que podemos llamar burguesía nacional, apostó a distintos proyectos, apostó en los '90 a asociarse al capital más concentrado –como socio menor de ellos–, jugó sus fichas ahí y en parte se debilitó, la Argentina se transnacionalizó más, y en fin, eso es lo que tenemos ahora. Por eso no le veo futuro a la propuesta de Kirchner. El presidente dice que quiere hacer un “capitalismo en serio”, pero yo creo que esto que tenemos es capitalismo en serio, en el sentido de que el capitalismo actual, a nivel nacional e internacional, es esto, no otra cosa. Es decir, a nivel internacional hay precarización, a nivel internacional juega el fenómeno del desempleo de masas, a nivel internacional han crecido los niveles de pobreza y los índices de desigualdad interna. Estos procesos no están ausentes de Estados Unidos y los países de la Unión Europea misma. No. La Unión Europea está votando una constitución que consagra los principios neoliberales y, precisamente, por eso es cuestionada, no desde el punto de vista de la defensa del Estado nacional, sino por sus críticos desde la izquierda. Entonces cuando Kirchner dice “capitalismo en serio”, yo señalo que

capitalismo en serio es lo que hoy está pasando acá. Es Techint teniendo beneficios extraordinarios y negociando favores con el Ministerio de Economía, es Repsol manejando los recursos estratégicos del país, etc. Este es el capitalismo en serio, otro capitalismo puede existir en la cabeza de alguien, ser un tipo ideal, pero no es lo que hay.

Y quiero aclarar, en todo esto, que no creo que el proyecto de Kirchner pueda sostenerse. Hasta ahora, el gobierno tuvo muchas condiciones favorables. Todo lo que jugó en contra en el 2001, centralmente las condiciones internacionales, ahora le juegan a favor a Kirchner. Esto ya es casi un lugar común. Luego de la caída de la economía hasta el fondo, comenzó a crecer. Y al gobierno de Kirchner lo favoreció la devaluación, poder hacer retenciones por los altos precios de la soja, etc. Sin embargo, la economía no tiene un factor dinámico cualitativo. Ni siquiera se ha invertido en obra pública. Además, tiene la siguiente contradicción: para mantener el alto nivel de rentabilidad capitalista se apoya en salarios bajos, pero los salarios bajos hacen que el mercado interno no sea un factor dinámico de la economía.

Aquí, sin embargo, hay que distinguir dos cosas: a la clase dominante, económicamente, le está yendo en la coyuntura más o menos bien, pero políticamente un sector grande desconfía parcialmente a Kirchner y no lo considera su representante. Es el sector que apostó a Menem o a López Murphy y que sumó el 40% de los votos, que quisiera un clima político sin ni siquiera gestos, porque temen que desde abajo se tomen los gestos más en serio y se atente contra las posiciones que los sectores dominantes conquistaron en la década del '90. Porque desde abajo se ganaron algunas posiciones. No es que todo quedó igual. Es decir, se ganó legitimidad para las acciones de las clases subalternas que no estaban antes en el país. Lo que ahora los sectores dominantes quieren volver atrás, lo que tiene que ver con las acciones de los desocupados, con las ocupaciones de fábricas, y lo que ocurrió, efímeramente, si se quiere, cuando surge en las asambleas populares la idea de la democracia directa. Todo eso fueron aspectos que ganaron en impacto y legitimidad social. Kirchner tuvo, desde mi punto de vista, que cambiar la política que venía implementándose hacia el ejército, por el relativo

fracaso de legitimidad que sufrieron las fuerzas armadas para llevar a cabo el papel represivo que históricamente cumplieron. En la crisis del 2001, las fuerzas armadas no jugaron por una cuestión de propia preservación. Si intentaban actuar, radicalizaban del otro lado. Fue por una cuestión de autopreservación. Es decir, si no se maquillan, ante alguna amenaza de las clases subalternas, son un actor que cuenta con poca legitimidad para actuar como defensa de la clase dominante. Sobre todo, y esto es relevante, porque América Latina es uno de los lugares que a nivel mundial es visualizado como el centro de la respuesta social de las clases subalternas, desde los campesinos hasta sectores importantes de los trabajadores. Si generalizamos el análisis, podemos ver cómo caen por la acción de masas dos presidentes en Ecuador, uno en Bolivia, uno en Argentina, y si quieren agreguemos a Fujimori en Perú. Es cierto que en todos juegan elementos de disputa interna en las clases dominantes pero en todos, también es verdad, hay un elemento común que tiene que ver con las acciones populares en las calles como factor determinante en la caída de los gobiernos. Este es un elemento fuerte de América Latina que es visualizada justamente como un lugar donde hay una tradición de intervención obrera y popular que se continúa. A veces, desde afuera ven mucho más significativos los movimientos que se dan de lo que la lectura habitual de los diarios en Argentina los presenta. Y uno encuentra muchas veces que cuando vienen militantes o investigadores extranjeros dicen: "eso es importante", "eso es relevante". Nosotros no tuvimos un reguero de ocupaciones de fábricas. Pero hubo 120, con la gran experiencia de Zanón como emblema. Esas 120, de las que muchas terminaron con expropiaciones, constituyen una experiencia muy importante. Si antes del 2001 les decía "se van a expropiar muchas fábricas, las van a dirigir obreros", ustedes seguramente me respondían "eso es utópico en el mundo actual". Bueno, eso pasó en este país, es algo aprendido que cuando una fábrica cierra, puede ocuparse y ponerse a producir. Es algo que si hay un nuevo pico de crisis va a multiplicarse porque es algo aprendido. Cortar calles y rutas, también es algo que se aprendió. Que los desocupados protestan y no quedan invisibles, sino que se pueden hacer visibles de alguna forma con los cortes,

también es algo que constituye un aprendizaje producto de la lucha social. Entonces, creo que todo esto representa una cierta acumulación que se ha ganado resistiendo muy duramente a los años 90, en el marco de una decadencia social general. Son puntos de apoyo sobre las cuales puede reconstituirse una fuerza social de la clase trabajadora que sea capaz de revertir lo que las clases dominantes causaron en el último período histórico. En ese sentido, como marxista y como socialista, obviamente creo que sólo un freno a la decadencia nacional puede ser dado por que surja una alternativa desde la clase trabajadora atacando los intereses del poder más concentrado.

Contestando ahora lo último que planteaba Arturo, quería decir que no creo que las burguesías locales latinoamericanas puedan hacerlo. En parte porque aceptan continuar con la cadena de sometimiento que significan los pagos de la deuda. Ahí están en una contradicción: romper eso implicaría un enfrentamiento real con el poder financiero internacional que no están dispuestos a hacer. Es decir, Kirchner no puede ser Perón en primer lugar por su compromiso a continuar con los pagos de la deuda externa. Lo que Perón utilizaba para ganar base social, Kirchner lo paga de deuda externa. El otro día hacían un chiste que decía que acá no se pelea más por "la torta" sino por "el alfajor". Es verdad, sólo se discute "el alfajor". La "torta" es lo que se paga de deuda externa. Entonces, en tanto se acepte pagar la "torta", hay un condicionante estructural que vuelve todo muy "farsesco", por decirlo de este modo. En ese sentido, creo que la estrategia de demonizar a Kirchner que hace cierta derecha tiene el fin de evitar que Kirchner ocupe el espacio de toda la clase media. Y a Kirchner también le conviene en cierto sentido para jugar con el fantasma de la reacción y ganar base "progresista". Pero volviendo a esta derecha que mencionaba Arturo, demonizando a Kirchner buscan potencialmente crear un escenario similar al de Venezuela, tratando de volver más activos contra el gobierno a una base social que todavía no es anti kirchnerista fanática, pero que apoya el reaccionario reclamo de "orden". Es decir, un sector social que todavía está evaluando dónde posicionarse, porque económicamente de última le está yendo igual que antes de la crisis. Este ataque, como decía, desde ya que el gobierno lo utiliza para que no se le vaya

nada por izquierda y para contener toda crítica diciendo “no, ustedes le hacen el juego a la derecha”.

La gran incógnita es qué ocurre si se frena “la gallina de los huevos de oro” de las condiciones internacionales favorables para la economía. Ahí creo que todos los elementos que han quedado de la crisis anterior reaparecen. La situación no está clara para nadie. Vemos que en relación al 2004, sí se dice que el crecimiento va a ser más o menos, del 6% o 7%, pero en el 2005 ya todos abren el paraguas. Incluso porque “la gallina de los huevos de oro internacional”, China, también tiene nubarrones. Todos se preguntan hasta dónde da, si se frena o no, temen un nuevo espiral de la crisis asiática. Es decir, si no hay crisis los elementos de debilidad del régimen político se pueden disimular. Si hay crisis todos esos elementos van a volver a aparecer en forma aguda. En ese sentido sostengo que este gobierno es de transición. O sea, si vuelve a aparecer un momento de crisis fuerte, no hay una estructura sólida que contenga. No, esto tiene muy poca solidez, es muy endeble.

Arturo Fernández: Quería preguntarle a Luis Tonelli si es posible desde el Estado disciplinar al sector económico y hacer cesar las pujas que creo que existen, todavía, entre los distintos sectores. ¿Es capaz o no el Estado argentino de regular la economía de acuerdo a las expectativas del capitalismo transnacionalizado? Porque, efectivamente, en nuestro país hay un deterioro del capitalismo nacional pero también del transnacionalizado, porque a diferencia de, por ejemplo, Irlanda, Portugal o Grecia, en donde el capitalismo transnacional funciona bastante bien en cuanto a que el 80 o 85% de la gente vive integrada, en la Argentina se llegó a la expropiación de 500.000 ahorristas. Y además cada diez años se acumula y se envía la plata del país al exterior. Por ejemplo, el año pasado se llevaron 6.000 o más millones de dólares. Bueno, todo eso hace que el capitalismo, en Argentina, ya no sea ni serio ni no serio sino absolutamente inviable. Y el Estado está llegando al punto de no tener capacidad de regular casi nada, como un poco lo demostró la Alianza, y lo comenta el artículo de Luis Tonelli. La Alianza trató de regular y no pudo, y al poco tiempo se fue enredando, tuvo que llamarlo a Cavallo en un

intento desesperado, que tampoco anduvo, y terminó ahogada en una pelea que, al margen de la participación popular, si hacemos un análisis marxista, es la más típica pelea interburguesa por la apropiación de una torta cada día más chica. En definitiva, quiero preguntarle a Luis si él piensa que en la Argentina un partido político o una dictadura puede resolver este problema que es de la clase alta o dirigente, por llamarla de algún modo generoso.

Luis Tonelli: Bueno, tengo muchos puntos de contacto con lo que dice Christian, pero no cuento con una teoría que me permita mirar más allá de lo más cercano y, en ese sentido, me pienso más en una veta weberiana, un poco más trágica y más escéptica. Un punto de vista epistemológico escéptico frente a esto. El punto optimista de una reconstrucción del Estado por la clase dirigente tiene como metáfora el configurar a la Argentina como una sociedad similar a la chilena ¿Qué quiero decir con esto? Una sociedad disciplinada, con marcadas diferencias estructurales y de estratos, y en donde para las clases bajas haya "ley y orden", para las clases medias una visión de estabilidad y para las clases altas acumulación. Este es el sueño dorado de lo que pueden ser las clases dominantes, sin perder de vista que sin duda tenemos el problema de que no sabemos realmente quién domina. "¿Quién manda?" es una pregunta difícil. En cambio, sí es fácil visualizar ganadores. Lo que veo es entonces que a partir de la gran crisis del 2001, lo que hubo es un reequilibrio entre ganadores. Esto no significa que, como era en el pasado, los ganadores pasaban a ser perdedores netos y los perdedores, ganadores netos. Lo que hay ahora es una especie de barajar y dar de nuevo. Pero como bien decías vos, Arturo, los bancos sufrieron la crisis porque dejaron de ser el elemento dinamizante de la economía argentina. Durante los principios de los '90 los elementos dinamizantes de la economía eran las inversiones y la deuda y, después, paso a ser la deuda sola. El esquema de Menem era inversiones-deuda, con esto obviamente había algo de desarrollo del mercado interno para la clase media y la clase alta, sumado a la burocracia estatal. El esquema de Kirchner es diferente, el esquema Kirchner es "exportadores y burocracia", que es a donde va la plata que se distribuye. Porque como decía Christian, el

superávit no va a la infraestructura. Si uno compara la economía de Krieger Vasena, que también tenía restricciones y un tipo de cambio alto, observa que el excedente total de los exportadores era capturado por retenciones e iba a la infraestructura. En el esquema de Kirchner, el superávit no va a la infraestructura, por razones del tipo de capitalismo que se ha configurado. Y en todo esto el contexto de globalización es un dato presente e innegable. ¿Por qué tiene Kirchner a la clase media? Creo que, como bien marca Christian, porque realmente la clase media paga el pato del 2001. Dentro de la clase media está la gente que no tuvo la información necesaria para poder cubrirse. Como fue una crisis de fuga de capitales, la gente que dejó el capital adentro perdió sus ahorros y, encima, siguió perdiendo con la decadencia de los salarios. Por un lado la clase media apuesta por esto, y por otro por la idea de no corrupción, de cambio, de nueva política. Esto es absolutamente efímero, como lo vemos.

Ahora quiero situarme en otro nivel, digámoslo así: en una posibilidad de volar bajito. Aquí no hay grandes cambios. Se observa que hay un proceso de acostumbramiento a la conflictividad social, que avanza un poquito más el discurso de la ley y el orden y que a los piqueteros se los toma como un dato más, no es que ganen o pierdan legitimidad. A su vez, la economía no crece tanto, pero para este sistema no se necesita tampoco que crezca tanto, porque con las retenciones a los exportadores se puede mantener la infraestructura. Y creo que esto es lo peor que puede pasar.

Ahora sí, para terminar, quería retomar puntualmente la pregunta de Arturo Fernández. Para que haya cambio tiene que reconfigurarse la política en la Argentina, en el sentido de que tiene que aparecer una fuerza política, tiene que haber disciplinamiento y reorganización. Pero uno lo que ve ahora es que el peronismo no solamente está en nuestra cabeza como el partido que es el garante de la gobernabilidad y de la ingobernabilidad, sino que también es el único que hoy se puede hacer oposición a sí mismo. Y en este sentido el sistema es casi perfecto. Por lo pronto para que haya algo de cambio necesitamos que el peronismo se reorganice. Solamente si hay un polo centralizado de alguna manera, gane quien gane, se puede hablar de

oposición. Si la alternativa de esto llega a ser la derecha liberal, el punto al que se va a querer llegar es Chile. En cambio, el otro camino está dado por los desafíos que implica la integración de la gente que quedó afuera.

Arturo Fernández: Salvando las firmes convicciones políticas de Christian, que realmente son admirables, ¿es posible una alternativa al capitalismo en países periféricos? ¿No es lo más importante que está pasando en el mundo el altermundialismo de los países desarrollados, que es el comienzo de una nueva oposición a un sistema capitalista ya antiguo, que por un lado reproduce una sociedad desigual y en general –como en este ciclo que comienza en 1980–, cruel y destructiva, pero que, por otro, al mismo tiempo, genera una gran capacidad creativa en lo científico, en lo tecnológico, y obtiene una importante atracción sobre vastos sectores? Lo que ocurrió en los años 80 es que la libertad triunfó sobre la igualdad y la justicia, sobre todo en países donde se había impuesto a través de Estados autoritarios altísimos y muy satisfactorios grados de igualdad, por ejemplo en la Unión Soviética y también en toda Europa de Este. La gente al parecer prefirió, y sigue prefiriendo –contra mi gusto– sociedades que se parecen mucho más a la Argentina que a la ex Unión Soviética. Ahora tienen la libertad que antes no tenían pero la tienen algunos, porque los jubilados de la ex Unión Soviética viven igual que los jubilados argentinos; entonces lo que tienen es libertad para morirse de hambre. Hay un 30 o 40% de gente que ha quedado muy en los márgenes. Hay un Partido Comunista ruso que no saca más del 20% de los votos y que no pareciera tener la capacidad de recordar las grandezas, que no fueron pocas, de la Unión Soviética. Esto no es un detalle e interpela al pensamiento marxista, como también al pensamiento en general del siglo XIX, el cual reivindicó la posibilidad de transformación de un modo de producción social desde los sectores subalternos por primera vez en la historia. Ello concluyó en una gran derrota. Hasta el Estado de Bienestar ha quedado destruido. Vemos, por ejemplo que en Alemania, que parecía una última fortaleza, el propio Partido Socialdemócrata, en la culminación de la humillación, tiene que recortarlo. También es sin duda cierto que no es lo

mismo la exclusión social en los países desarrollados que en la Argentina, donde las cifras rondan el 40% o más. En la propia Argentina de los años 60 había gente indigente y pobre, pero muy pocos en comparación con los valores actuales (cerca del 8% al 10%).

Christian Castillo: Quería hacer aquí una breve historización. En los '70 el orden mundial sufre un desafío por izquierda, no sólo en América Latina sino a nivel mundial –es el mayo francés, es la revolución portuguesa, y se da también en el Este, con Checoslovaquia–, que es bloqueado, es frenado, en algunos casos con dictaduras sangrientas, en otros casos dando algunas concesiones, pero el sistema es preservado, y hay luego una contraofensiva. Tenemos entonces 20 años donde cambia el mundo hacia la derecha. Si en la primera parte de los '90 había un triunfalismo capitalista absoluto y se presentaba el neoliberalismo como una ideología avasallante, ahora estamos en un momento de cambio. Hay ciertos elementos que van abonando esta modificación. Uno, efectivamente, es la aparición en los mismos centros capitalistas de movimientos sin mucho peso social (en el sentido de poder afectar la producción capitalista), pero sí con influencia ideológica, que han contribuido a deslegitimar el orden dominante. Con distintos grados, distintas formas, pero que van creando un clima ideológico un poco distinto al que había anteriormente. Además, un factor importante en este punto es que la propia potencia dominante del capitalismo mundial tiene una política que es repudiada en amplios sectores del globo. Bush ha conseguido que sean anti-norteamericanos cuatro y medio de cinco continentes y una parte también de los norteamericanos.

A su vez, que el capitalismo crea crisis económicas es hoy algo incorporado. Es decir, después del paradigma de la nueva economía, que sostenía se habían acabado los ciclos, se hizo evidente que las crisis están. El paradigma de la nueva economía sufrió un golpe importante en el 2000, cayeron las *punto com*, la bolsa se hundió, etc. Se reconoce que no hay un crecimiento económico ilimitado. Otro elemento: que el capitalismo es guerrerismo y que las potencias centrales actúan colonialmente volviendo a

formas previas al siglo XIX, lo vimos en parte en Afganistán pero sobre todo en la guerra de Irak. Que esto es un dato estructural que no hay que atribuir sólo a Bush lo empieza a decir en parte Kerry, donde en política exterior frente a los que aparecen como rivales de Estados Unidos, tiene apenas matices. Incluso frente a Cuba tiene una política que amenaza ser tan dura como la de Bush.

¿Qué pienso entonces? Que los trabajadores pueden construir una alternativa a este sistema. Mi hipótesis está también en parte avalada porque ha habido y hay movimientos de resistencia social que tienen relativa incidencia en cuanto a lo que ha pasado en los destinos políticos en cada uno de los países. Yo creo que la debilidad que ha tenido todo este proceso, incluso de resistencias importantes que ha habido, es sin embargo que un actor social fundamental, como es la clase trabajadora, no ha jugado un papel esencial. No porque haya desaparecido sino porque sufrió una serie de derrotas políticas y también cambios estructurales, como el desempleo de masas, la amenaza con la deslocalización en los países centrales, la precarización, etc. Y hay recién un aprendizaje a cómo pelear en esta nueva situación.

Tomemos un ejemplo: cuando aumentó la desocupación los sindicatos miraron para arriba. Bueno, hoy empieza a estar incorporado que el desocupado y el ocupado algún interés común tienen. El precario era dejado de lado, y hoy, en cambio, la demanda del trabajador precario es organizarse junto con sus compañeros de trabajo. Creo que hay un aprendizaje de la clase trabajadora acerca de cómo actuar frente a las nuevas condiciones, después que los dirigentes sindicales se acomodaron ellos dejando desairados a los trabajadores. Entonces, en ese sentido, creo que las propias condiciones del capitalismo recrean perspectivas para que en el nuevo siglo –es difícil saber con qué ritmo– el modo de producción dominante va a volver a ser desafiado. Si no fuera así, diría que la perspectiva civilizatoria es nefasta. Creo que para los trabajadores y la humanidad toda plantearse la superación de este tipo de organización social surge del espanto del futuro que el capitalismo depara.

Luis Tonelli: Sin duda los tres coincidimos en que el contexto internacional es muy importante, y que en todo caso si la Argentina sufre una crisis del capitalismo, va a estar eslabonada con la crisis del capitalismo global. Reconozco que en un plano tan general no me alcanzan las gafas para desarrollar más el análisis, y entonces quería señalar que el punto central está en algo que ahora constituye un dato: la situación de la Argentina en relación con la apertura y la globalización. Viéndolo así, para resumir, si la década del 90 fue "apertura con deuda", esta es el momento de "apertura con superávit". Ahora bien, si se quiere mantener este esquema, obviamente la clase media está afuera y la inestabilidad viene por ahí, sumado a qué va a pasar con los sectores populares. ¿Cuál es entonces el plan de la estabilidad? Bueno, que la clase media se conforme con "aspirar a", y que a las clases populares se les ponga "ley y orden". En el otro esquema, el de "apertura con deuda", la inestabilidad viene por los mercados financieros, pero para que sea estable se necesita reintegrar a las clases populares y reformar todo el aparato estatal, que es lo que se intentó con la Alianza pero que estaba muy por encima de capacidades, inteligencia, estructura y cultura política.

Arturo Fernández: El peligro de Kirchner es repetir el apresuramiento del Frepaso y de la Alianza. Quizás sea posible, no destruir el capitalismo, pero sí hacer un capitalismo más vivible desde el Estado, un Estado reconstruido, en el que se sitúa la corrupción como un factor no menor pero sí secundario. Incluso un Estado reconstruido podría evitar peleas interburguesas y semi-golpes institucionales. El peligro es que Kirchner vuelva a apresurarse por características personales; o que, por no manejar la cultura católico-peronista, la cual efectivamente predomina en la Argentina, se llegue a su propia destrucción política, como la que sucedió con Chacho Álvarez y el Frepaso. Este fracaso trajo tal desprestigio al no peronismo que nos condujo a esta curiosísima hegemonía del peronismo, que ninguna persona de mi edad, en el año 55, pudo siquiera haber soñado. Este es un tema que abarca al movimiento obrero.

Luis Tonelli: Y ahora que estamos en el Instituto Germani, podemos recordar que el mismo Gino Germani esperaba que el peronismo, como una suerte de fenómeno patológico, se disolviera.

Christian Castillo: A mí me parece que la hegemonía del peronismo es una foto, que no es una dinámica donde pueda sostenerse como un fuerte partido dominante. Veo muy difícil que se consolide más que como un momento episódico, o como meros acuerdos electorales de las diferentes fracciones, porque no hay unidad real. Son acuerdos transitorios para poder llegar al gobierno o mantener los puestos.

Luis Tonelli: El problema es que hace varias décadas esto ya es así. Como fenómeno cultural desde ya es una aplanadora y, en el otro plano, es una cuestión de ascensos y descensos en la Liga de los Gobernadores.

Arturo Fernández: El peronismo de pasajero no tiene nada.

Christian Castillo: Los trabajadores jóvenes en los gremios peronistas, como el de la alimentación, no son peronistas. Son más bien apolíticos. Pero cuando luchan y se organizan el prejuicio hacia la izquierda es infinitamente menor que lo que había en otro período histórico.

Luis Tonelli: Para mí la foto tiene perspectivas a largo plazo. Ojalá que no, ese es mi deseo.

Christian Castillo: La cuestión ahí es si Kirchner y Duhalde siguen juntos. Porque ahí hay dos hipótesis. Es decir, si siguen juntos significa que Kirchner no acumuló el suficiente poder y sigue siendo relativamente condicionado. Ahora, hay otra variante, que frente al 2005, lo que hoy es el bloque de gobierno se separe en dos.

Luis Tonelli: A mí esto me parece un fenómeno similar al que vivimos con la renovación peronista, si realmente Kirchner puede torcer el brazo electoral a su favor en las elecciones de 2005, el peronismo –no digo que se unifique, pero este marasmo, esta ameaba– puede jugar junto en el 2005.

Christian Castillo: Es una hipótesis

Luis Tonelli: Desde mi punto de vista la transversalidad no es algo nuevo, sino que es una “etiqueta gaseosa”, mucho más que la “etiqueta gaseosa” de la Alianza, y que funciona como tintorería de la vieja política para, ante la clase media, resultar presentable.

Christian Castillo: Sí, y también la usa Kirchner como amenaza a Duhalde para obligarlo a pactar en mejores términos.

Luis Tonelli: Cuando uno ve la foto de los gobernadores con Kirchner, tanto por el tema de la coparticipación como por el tema del avión yendo a China, uno cree que le venía ganado dos a cero a Duhalde. Pero el gran problema que tuvo Kirchner, como dice Lilita Carrió, fue meterse en la interna del conflicto social, porque el conflicto social no es manejable. Creo que la conflictividad social hoy está más “con la cabeza de los dirigentes” que “con los dirigentes a la cabeza”. En fin, para mí depende mucho Kirchner del humor colectivo, de cómo lo acompañe la clase media para poder imponerse al peronismo. De lo contrario sí vamos a que el peronismo sea la oposición al peronismo.

Christian Castillo: Lo que pasa es que aquí los pretendidos opositores tienen una debilidad estructural, porque salvo la apuesta desde la izquierda a que surja una oposición anticapitalista desde la clase trabajadora, el resto juega meramente en la disputa por las clases medias.

Una lectura crítica sobre "la clase media militante de la seguridad"

Alcira Daroqui

En el artículo que escribí hace más de un año, cuando me convocaron desde la revista *Argumentos* para reflexionar sobre la cuestión *seguridad-inseguridad*, entre otras cosas, decía:

Una sociedad delega en el Estado su resguardo y, en este sentido, "otorga el consenso" necesario para legitimar las acciones represivas para combatir a la criminalidad y con ello, claro está, a los delincuentes. Estos, a su vez, desde la ideología de la Defensa social son visualizados como "individuos peligrosos", como "el delincuente", y aún más desde la individualidad se afirma "...la criminalidad de la cual son responsables determinados individuos" (principio de legitimidad). La ideología de la Defensa Social operacionalizada a través de sus distintas personificaciones (operadores políticos, judiciales, juristas, criminólogos, periodistas, formadores de opinión etc.), se ha instalado en las sensibilidades de las "mayorías" produciendo discursos y prácticas que han posibilitado, hace ya más de dos siglos, que el sistema penal se haya constituido en operador fundamental e instrumento de la reproducción de la desigualdad social, no obstante se ampare y se legitime en el principio de igualdad. Esta contradicción no es considerada siquiera como una cuestión a resolver.

Delincuente, individuo peligroso, desviado no será aquel que cometa delitos, será solo aquel que el sistema de justicia penal encierre en la cárcel, o señale con algún gesto de ejemplaridad sancionatoria. Suele "confundirse" delincuente con detenido¹ y ello brinda, en una suerte de profecía autocumplida, el resultado previsto, ¿quienes son los encarcelados?, ¿quiénes son los que el sistema penal, en primera instancia a través de la "cacería policial" y posteriormente a través de las

¹ Pavarini Massimo, "Control y Dominación. Teorías criminológicas burguesas y proyecto hegemónico", México. Siglo XXI, 1983.

prácticas de la justicia penal, serán etiquetados² de delincuentes? ¿Quiénes en este presente como hace un siglo nutren día a día la población carcelaria? Los pobres "malvivientes". El encierro de la peligrosidad, sea individual o social, ha sido una constante (hace dos siglos, hace un siglo y por supuesto en el presente) que construye una suerte de 'estereotipo del delincuente' históricamente identificable. Mas aún, ya no sólo serán los pobres sino que además en una ajustada selectividad se "preferirá" significar al delincuente también como joven y varón. Seguramente los autores de delitos tipificados en la criminalidad tradicional reúnen estos atributos. Seguramente, los autores de hechos que implican agresiones con violencia física hacia las personas y al patrimonio y como sostiene Baratta (1997), "en la opinión pública y en los medios de comunicación de masa, estos delitos son caracterizados por una regular repartición de papeles de la víctima y del agresor, respectivamente: en los grupos sociales garantizados y 'respetables' y en aquellos marginales y 'peligrosos', extranjeros, jóvenes, toxicodependientes, pobres, sin familia, sin trabajo o sin una calificación profesional"³.

En este marco, no es difícil imaginar una sociedad dividida entre bandos, "los unos y los otros", en la cual la ideología de la Defensa Social aparece, obviamente, como hegemónica...

² Matza David, "El proceso de desviación", (Editorial TAURUS, Madrid, 1969.

³ Este colectivo se encuentra ciertamente privilegiado cuando nos referimos a "productores de inseguridad" y por ello los jóvenes y adolescentes se hacen portadores de todos los atributos negativos imaginables: "peligrosos-violentos-enfermos-drogadictos-incurables e incorregibles" (al respecto, Daroqui-Guemureman: *La droga en los jóvenes: un viaje de «ida»: desde una política social de neutralización hasta una política criminal de exclusión sin retorno*, 2001). Se dice que cómo aumentó la cantidad de delitos cometidos por jóvenes, y bajó la edad de los autores de acciones delictivas, hay que bajar la edad de imputabilidad, aumentar las penas, construir más instituciones de encierro, o formular programas que ayuden a los otros (a los buenos "vecinos") a protegerse de ellos, más que a ellos mismos. El aumento de la participación de adolescentes y jóvenes en hechos presuntamente delictuosos explica también la reactivación de la persecución policial que a su vez se traduce en una mayor cantidad de detenciones (al respecto Guemureman-Daroqui, *La niñez ajusticiada*, 2001).

En los últimos meses hemos observado una serie de acontecimientos que nos deben hacer reflexionar en el sentido de las líneas escritas en los párrafos anteriores. Es decir, no quedan dudas que es en clave de “defensa social” que se ha invocado hasta el hartazgo el tema de la “inseguridad”, se ha legitimado con ello la clara división entre bandos y estos bandos están formados por “aquellos” que se consideran, sino las únicas, las más representativas víctimas del delito y la violencia callejera y por los “otros”, los que son “delincuentes” y también por los que merecen ser sospechados.

El “bando de las víctimas” ganó la calle de la mano de una víctima irrefutable, el Sr. Blumberg, produciendo un huracán de demandas y denuncias. Que quede claro que, desde el principio, y no después –para aquellos que dicen ahora que cuando todo comenzó parecía distinto–, insisto, desde el principio, esas demandas y denuncias tuvieron como destino a los tres poderes, al judicial, al ejecutivo y al legislativo, para que se ocupen debidamente de “ejecutar” en las diferentes áreas de sus competencias las medidas mas “duras”, “represivas” y “punitivas” sobre esos otros que seguramente ya han sido o serán la “clientela cautiva” del sistema penal. Estoy hablando de un sistema penal que en su misma esencia es selectivo, arbitrario y discrecional y que en sus prácticas cotidianas, a través de los distintos operadores, no cesa de enrostrarnos obscenamente que es capaz de desconocer los mínimos principios morales y éticos sin ruborizarse (es bueno aclarar que siempre hay excepciones).

Sin embargo, se llegaron a escuchar varias opiniones, creo que algunas eran de “expertos” y otras de periodistas, en la que exhortaban a que debíamos reconocer que estas demandas y denuncias se habían planteado siempre dentro del *marco democrático*. Vaya, vaya, debíamos agradecer que la *clase media militante de la seguridad* no pidiera a gritos tanques, botas y una marcha militar o, más sutilmente, que se formen brigadas parapoliciales o paramilitares, o que se instale la pena de muerte.

Me interesa aclarar qué significa “un marco democrático” en países como el nuestro. Digo esto porque por supuesto que ello supone la dura oposición a tanques, marchas, desapariciones, muerte y terrorismo de estado. Y nadie puede dudar que por imperfecta que sea, hoy en Argentina vivimos en democracia, o

que al menos existen amplios espacios democráticos en los que se reconoce la vigencia de un estado de derecho en el que se garantiza también, y fundamentalmente, un espacio de lucha por el respeto a *todos* los derechos sin que en ello se nos vaya la vida. También, y en este caso lamentablemente, existen excepciones.

Ahora bien, hecha esta aclaración, simple, breve y necesaria, quisiera hacer mención a unas pocas consideraciones con las que pretendo caracterizar algunas cuestiones que problematizan esta concepción tan poco sustantiva de "marco democrático" en el cual ingresan todo tipo personajes y discursos cuando de inseguridad-seguridad estamos hablando.

Desde el principio, insisto, desde el principio, por detrás y por delante, estos personajes estuvieron como claros operadores visibles, como "interpretadores" de esas demandas y denuncias, hombres que alberga nuestra "democracia" en ámbitos como el poder legislativo, poder judicial, y poder ejecutivo, así desfilaron por programas de televisión acompañando a Blumberg, ayudaron a redactar el petitorio de la *Cruzada* por Axel (que casi nadie leyó pero firmó frenéticamente), presentaron los proyectos legislativos que más de 4 millones de esas firmas legitimaron, proyectos que poco resolvían el problema de la *inseguridad* pero sí garantizaba el dominio absolutamente hegemónico de la *derecha armada* en cuanto al tema/problema de la *seguridad*.

Esa *derecha armada*, a la que no es muy sensato identificarla como activa "militante" de la construcción democrática de este país en, al menos, los últimos 25 años, tiene como voceros y activistas claves al Diputado Ruckauff, al Diputado Casanovas, a la Diputada Mirta Pérez, al Diputado Adrián Menem al Intendente Patti, al ex-diputado Rico, al Director de Multimedia como el Sr. Hadad (vinculado al genocida Almirante Massera), entre otros tantos. Estos voceros y activistas no se ocultaron, no operaron en las sombras, se mostraron tal cual son y demostraron que cuando "hay que defender la sociedad" del delito y la violencias de los "otros", ellos está dispuestos a representarla.

Sin embargo, otra vez la "memoria" en este país jugó una mala pasada a los que nunca les interesa recordar, o se olvidan pronto, o se acuerdan y están "de acuerdo", o a aquellos que el miedo y la angustia por la inseguridad les

produjo una amnesia parcial y prefirieron no recordar y *apoyaron* esas demandas y denuncias que la *derecha armada* hacía propias (porque siempre había trabajado en ese sentido) y las traducía en discursos belicistas, de muerte, de encierro y de venganza.

Peor aún, interpelaba y presionaba al Poder Ejecutivo para que respondiera “ajustándose” al clima y al “espíritu” imperante y así se hizo (la presentación de la primera política pública de este gobierno como el Mega Plan de Seguridad). Pero antes y después del Mega Plan, los Diputados Casanovas y Mirta Pérez presentaban varios proyectos legislativos, agravando penas, siendo las más impactante aquella que prevé una condena de hasta 50 años (pena acumulada) que los diputados y senadores de esta *democracia* votaron (reduciendo el monto de pena a 37 años, todo un gesto). También no faltaron los proyectos para bajar la edad de imputabilidad de los jóvenes (Menem, a 12 años, Casanova-Pérez, a 14 años, y varios otros) que todavía no han sido aprobados. Y claro, cómo no pensar en limitar las excarcelaciones, sea agravando las penas, no haciendo excarcelables determinados delitos o limitando las salidas anticipadas de la cárcel (salidas transitorias) para determinados tipos de delitos. Estas modificaciones ya fueron aprobados y son ley.

En este sentido no faltaron las palabras de expertos, de académicos, de políticos (bien intencionados), de periodistas, etc., y, aún más sorprendente, de varios diputados que votaron las leyes que mencionamos, que afirmaban que nada de ello, como más penas, más encarcelados, más facultades a la policía, menos garantías constitucionales en el combate al delito, etc., no fueron, ni son, ni serán la solución al problema de la inseguridad y el delito, en la Argentina y en ningún país del mundo (solo hace falta consultar por Internet, es muy sencillo). Pero se habían propuesto y se habían transformado en ley por el simple hecho de responder “a lo que la gente demanda”, respuesta textual de un diputado disconforme con su propio voto. Toda esta gran maquinaria de “combate contra la inseguridad” había registrado antecedentes que daban cuenta, *en clave de defensa social*, que el camino estaba trazado.

Recordemos entonces –de eso se trata– que también en este “marco democrático” hemos sido espectadores de la convocatoria a otras fuerzas de

seguridad, ante nuestra policía alicaída, como la gendarmería y la prefectura, para que intervengan en “asuntos internos”, para que se transformen en fuerzas de control, *sitiando* a los habitantes de tres barrios altamente conflictivos, siendo el más paradigmático el denominado “Fuerte Apache”. Las armas de la gendarmería controlan en su periferia y en la frontera misma, ¿esa es su función no? Pero no la frontera territorial del país, sino aquella que separa el bando de “ellos” del bando de “nosotros”, y a “ellos”, además, se los asiste con ayuda social, alimentaria, planes y demás “asistencias”, una suerte preocupante de *pan y armas*, abandonando quizá para siempre, el peyorativo *pan y circo*. También, recordemos, que en tres partidos del Gran Buenos Aires, siendo el más emblemático el de Lomas de Zamora, los Consejos Deliberantes aprobaron la formación de una fuerza que podríamos denominar “policías comunitarias” que tenían la función de “colaborar” con la policía en tareas de prevención del delito. Esta “dudosa” fuerza fue cuestionada cuando se dio a conocer que varios de sus integrantes –ex policías– habían participado en la represión de los años de la dictadura. En fin, nada es perfecto.

Así las cosas, nuestro “marco democrático” ha dado sobradas muestras que puede albergar todo tipo de políticas, prácticas institucionales y discursos que por ahora no han mostrado los resultados que se proponen en cada uno de los objetivos que explícitamente e implícitamente los “justifican”, pero quizá sea todo una cuestión de tiempo. Y mientras se espera que todas y cada una de las propuestas den sus resultados en el mediano y en el largo plazo, en el corto plazo hemos registrado algunos resultados que la *derecha armada* puede esgrimir como “éxitos” parciales porque todavía, para ellos, falta mucho por conquistar y hegemonizar.

Sólo me interesa mencionar algunos de estos “logros”, insisto, solo algunos: en el ámbito penitenciario federal, se están construyendo cuatro nuevas cárceles, dos para varones adultos, una para jóvenes–adultos y otra para mujeres, todas de máxima seguridad. En el ámbito de la provincia de Buenos Aires están en proyecto seis nuevas cárceles. En el Gran Buenos Aires, el Consejo Deliberante de Quilmes aprobó la construcción de una Alcaldía para alojar a quinientos presos, en su estructura se contará con un módulo para alojar

a cincuenta menores de edad. Se prevé reproducir estas Alcaldías en varios Departamentos Judiciales del Gran Buenos Aires. El Consejo Deliberante de Berazategui donó terrenos fiscales para la construcción de un Instituto de Menores de Máxima Seguridad (cárceles de menores) que contará con ciento veinte plazas para el departamento Judicial de Quilmes y Lomas de Zamora (actualmente para *toda* la Provincia de Buenos Aires se cuenta con ciento diez plazas). Y, por último, como dejar de mencionar el convenio firmado entre el jefe de Estado Mayor del Ejército con los intendentes de La Matanza, de 3 de Febrero, de Ituzaingó, de Malvinas Argentinas, de Florencio Varela, de Lomas de Zamora y de Quilmes para “desarrollar apoyo solidario, asistencia a la comunidad, organización de los recursos disponibles, asistencia en el área de salud, la cultura y educación y canalizar informaciones útiles y realizar planes conjuntos de investigación e intercambio de expertos” (sic), es decir, un “aterrizaje” sin escalas en el conurbano de nuestras fuerzas armadas tan consustanciadas *desde siempre con la comunidad*.

Estos son algunos logros y los he citado porque he accedido al conocimiento de su existencia a través de la simple lectura de los diarios o los he escuchado en algún noticiero de la televisión o de la radio. Es decir, no manejo información confidencial, esta es información accesible y “transparente”. Simplemente hay que escucharla, leerla, vincularla, relacionarla, analizarla y, después de todo ello, comprenderla. No es difícil, como decía mi padre, es cuestión de voluntad, ¿no?

Por último, me interesa concluir estas breves e incompletas reflexiones, compartiendo la opinión de muchos en torno a que ha sido saludable que la clase media gane las calles y reclame por lo que considera, debe reclamar. Ahora bien, es mi deseo, y nada más que eso, que sería esperanzador que la gente de clase media *saliera a ganar la calle* con los “otros” para reclamar por otras seguridades perdidas y por las que el estado, este gobierno, tiene obligación de responder. Sería “maravilloso”, salir a la calle y compartir con miles, decenas de miles, el reclamo por pleno empleo, un sistema de salud digno para todos, que se recuperen los fondos robados por AFJP, estabilidad laboral para los que trabajan, créditos hipotecarios sociales, construcción de viviendas populares, educación y

capacitación para todos los niños y jóvenes, salarios que garanticen una vida digna para todos los habitantes de este país y tantas cosas más, que borren los límites entre bandos, que la clave sea la *defensa de la dignidad y con ella la defensa de todos los derechos humanos, de ellos y de nosotros*. También, que la justicia sea menos injusta, selectiva y discrecional, que *no se permita* una policía corrupta y delincuente, que no torture ni asesine, Sería maravilloso que eso sucediera, y quizá con ello, con toda esa gente en la calle, el problema de la seguridad-inseguridad, del delito y la violencia, comience a encontrar los caminos deseados para que el miedo y la angustia no nos transformen en *vengadores sociales* cómplices de la *derecha armada*.

Julio de 2004

Gatillo fácil en mano propia

Gregorio Kaminsky

Además de que se piense, digamos que *la inseguridad se siente*. Formulado ante la sensación de inseguridad, el miedo socializado a la delincuencia y el crimen es un tema no muy estudiado. Mientras que se mantiene una atención exasperada ante el delito, la delincuencia o la institución policial, poco se reflexiona ante lo que se coloca burdamente como irracionalidad. Percepción, sensación, miedo, ante las presencias posibles del sujeto delictivo, acto obnubilado de un temido encuentro con lo fuera-de-la-ley, el *crimen*.

Estas operaciones de amenaza son menos un reclamo razonado que un temor que traspone la esfera de lo racional y adopta un masivo componente de desestructuración subjetiva. Este sentimiento colectivo, más grave aún que el simple temor individual que irrumpe hasta con terror, se ha convertido en un *movilizador de manos duras en ciertos sectores sociales* que desconcierta distribuidores públicos de la fuerza punitiva. El miedo virtual, amenazante, a un delincuente *potencial* también se extiende, de modo difuso, en los que deben disipar la vulnerabilidad del orden. Por cierto, el miedo generalizado al crimen configura estados subjetivos que se instalan en la mayoría de los actos sociales presentes, los mismos que en sus desenlaces caracterizamos como de *sentimiento de pánico*. Pánico como entidad que agrupa afectos sin origen, como un mal que presume desde la incertidumbre hasta las patologías colectivas. Esta generalización de emociones propaga percepciones de las que nadie puede quedar ajeno o indiferente.

El principal problema que reside en este miedo masivo se basa en que el temor a la criminalidad es a la vez *fuentes de otra criminalidad*. Se trata de una esfera de ilegalidad de la propia ciudadanía afectada por estos sentimientos asociados a la victimización social. Un *crimen potencial fundado en el miedo al crimen* configura una no menos aterrorizante fuente de peligrosidad. El armamentismo ciudadano, los controles barriales, la organización con connotaciones autoritarias, entre otras prácticas, son una peligrosa exposición a la criminalidad. Junto a la relegación del monopolio estatal de la fuerza existe pues una creciente potencialidad de fuego de la propia ciudadanía. En estas circunstancias, las noticias policiales de los

medios muestran que la capacidad civil de fuego constituye menos un peligro que una necesaria protección.

Una modalidad de lo dicho es su desembozada entrada en la red comercial de compra-venta de una cierta y aparente salvaguarda del delito, tal como el alocado incremento de las empresas privadas de seguridad. Sin los debidos controles gubernamentales, esas actividades revisten un servicio comercializable de custodias que refuerzan la atomización y una institucionalización privatizante que asegura y defiende la fragmentación misma de las necesidades sociales de seguridad. Esa privatización y cierta propaganda necesitan inducir las psicopatías propias del miedo aterrorizado al crimen y una sensación social paranoica. Y, si no hay delito suficiente es menester, como con la más rudimentaria lógica de mercado liberal, producir la demanda del modo que sea. *Si no hay delincuencia hay que inventarla, incluso bajo la sensación del sentimiento de pánico.*

Bajo esta forma casi brutal, el orden de lo público se controla con *gatillos fáciles en manos privadas*. Representan una sesgada formalización semilegal y hasta ilegal que forja así una *cultura de la mano propia*. Poco a poco, se han convertido, por necesidad productiva o trágicas torpezas, en una fuente más de los índices de criminalidad poblacional. *Gatillo fácil en mano dura*: locuciones que inducen y estimulan la contextura de algo más que una convocatoria a la transgresión. La *infracultura del gatillo fácil* constituye el elogio de delitos que ofician de justificación moral y revancha social. El reclamo del *gatillo fácil* es como un culto al castigo justiciero, justificado, racionalizado, más allá de toda convicción legal-ciudadana, religiosa o moral. Se trata, sin más, de la exaltación de facto de esa misma *cultura de la mano propia*. Es el reemplazo y la sustitución de la potestad del poder de fuego del Estado en beneficio de la militarización o policialización de toda expresión de vida ciudadana. Los efectos de ello deben estar como amenaza a la vista pública. Mientras que los delincuentes se arman para delinquir, la ciudadanía fortalece su poder de disparo hacia la peligrosidad de la institución que dice sostener el monopolio de la violencia en la sociedad. Se dice que *si el Estado no defiende, los modos y actos de protección deben regresar a la violencia de la propia ciudadanía*. La justicia por mano propia presupone la denegación de defensa, el retorno del poder de muerte a manos de la sociedad civil sectorizada en clases. *Si la mano de la policía deviene*

fácil y recesiva, entonces una mano propia debe autorizar de facto el poder de fuego ciudadano. Se quiere a la justicia por mano propia como una restitución al ciudadano victimizado del poder de fuego estatal. Esta trágica retroacción constituye la diversificación del monopolio en gatillos sectorizados. La ciudadanía armada parece renunciar a lo que la constituye como tal; retornar del estado de derecho al estado de naturaleza. La deposición de toda acción cultural simbólica en beneficio del sentimiento de pánico configura, tal vez, el terror al más doloroso proceso de regresión histórica y social. No se trata por cierto de una alusión a cierta circularidad o pendularidad de la historia moderna, pero este registro histórico de la violencia criminal, social y policial es su germen, su destructivo antecedente. No parece una simple figuración retórica la alusión a que la deposición estatal, la privatización de la seguridad, el armamentismo ciudadano y el recrudecimiento del delito con visos de justicia, supone una vuelta al discurso de predominio de la ley del más apto en cuanto a las propias manos y un regreso de la ley de la selva.

Resonancias y silencios sobre la inseguridad

Juan S. Pegoraro

No creo que sea aventurado diagnosticar que el fenómeno de la inseguridad–seguridad ha ido ampliando su efecto en todos los espacios sociales pero afectando de manera y grado diferente a distintos sectores sociales: quienes más lo sufren son los sectores excluidos socialmente, casi el 50% de la población, y paralelamente sus niveles de inseguridad son escasamente señalados por los medios de comunicación. Por otra parte la “inseguridad” (me refiero a la personal) parece ser ya un fenómeno que forma parte del horizonte de las sociedades modernas, en particular en Latinoamérica; en todas las grandes ciudades de la región suenan voces de alarma por este fenómeno y se suceden las convocatorias y marchas públicas de ciudadanos que reclaman una solución.

Pero parece que resolver este problema está más allá de las posibilidades inmediatas de los gobiernos, cualquiera sea el signo de estos. Las propuestas tanto de la derecha como de la izquierda no son demasiado diferentes, aunque considero más reflexivas y menos ampulosas o retóricas a las de este último signo en la medida que apuntan hacia causas originadas en un orden social injusto, excluyente y desigual. Si no se remueven tales causas nos alejamos de cualquier propuesta sensata para bajar los niveles de la inseguridad física y también de la violencia interpersonal.

En este sentido se puede decir que la seguridad es un derecho cada vez más mercantilizado en tanto lo obtienen los que pueden pagarlo, aquellos que pueden contratar un *plus* de seguridad privada, que si bien no les garantiza la inmunidad total, les hace sentir más protegidos por alarmas, perros, rejas, barrios cerrados; prueba de ello es la proliferación de las agencias de seguridad formadas en su mayoría por personas que revistan en las fuerzas armadas, ya sea policía o ejército.

Por otra parte las manifestaciones masivas de ciudadanos en repudio a la violencia y por el problema de la inseguridad tuvo en Argentina, precisamente en Buenos Aires, un ejemplo fuerte cuando el padre de Axel

Blumberg, un joven asesinado por sus secuestradores, convocó a más de cien mil personas que marcharon hacia el Congreso de la Nación a reclamar leyes más duras. Dicha marcha fue, a diferencia de otras convocadas por hechos similares, mucho más masiva y claramente pluriclasista ya que el origen social de la víctima le otorgaba, para sectores sociales pobres, una especial consideración. En Sociología la teoría de los “grupos de referencia” ha sido utilizada para explicar conductas de individuos que tienden a asimilarse o parecerse a las de posiciones sociales más altas. Pero estas posiciones no son sólo imitadas en los comportamientos sino también en el deseo de compartir sus vicisitudes, lo que lleva a estar cerca de ellos y de alguna manera pertenecer a su mundo aunque sea solo por momentos. Esto explica que las marchas convocadas para reclamar justicia ante el asesinato de jóvenes de escasos recursos (algunos de ellos por parte de policías) hayan tenido una resonancia numérica escasa en comparación con el eco que tuvo Juan Carlos Blumberg en la suya. ¿Qué mejor entonces que acompañar y mezclarse con un grupo triunfador socialmente como el que frecuentaba el joven asesinado y el grupo convocante de sus amigos y conocidos?

Y como corolario, la violencia con la que han reaccionado sectores afectados por el accionar policial en el corriente mes de junio hace pensar que el fenómeno de la inseguridad está generando reacciones de una violencia inédita por parte de la sociedad. Claro que casi todos los hechos delictivos resonantes de los últimos tiempos (secuestros, robos, asesinatos de supuestos delincuentes, ajuste de cuentas) involucraron e involucran a personal policial, lo que ha potenciado el descrédito de esta institución y, por lo tanto, la idea de que la sociedad –sectores de la sociedad– puede “hacer justicia” por sí misma sin la mediación de las instituciones creadas por las leyes estatales. Creo al respecto necesario recuperar la memoria de un par de décadas atrás donde acciones semejantes, también motivadas en deseos de justicia se transformaron en una lucha que dejó muchos muertos y desaparecidos en la medida en que el Estado fue logrando delictualizar o criminalizar estas acciones transformando diversas formas de protesta en acciones “delictivas-subversivas” y descargando todo su aparato, material e ideológico, con el

resultado de naturalizar su reacción en una supuesta "defensa del orden social".

En este sentido se están escuchando numerosas voces de políticos, periodistas, y otros formadores de opinión que centran su análisis y reclamo en el ahora, negando la consideración de este fenómeno como un proceso y cancelando así la historia y la biografía de sus autores. Hacer justicia siempre es muy complejo, y diría incluso hasta relativo, pero más aún es hacerlo en un orden desigual e injusto. *Ley y Orden* son una prioridad absoluta para la derecha política y social y, por lo tanto, a este sector le preocupa más la violencia de un grupo de personas contra una comisaría o la ocupación de una cadena de venta de comida chatarra que la sumisión en la miseria de la mitad de la población, los delitos de gatillo fácil o los asesinatos de militantes sociales como los ocurridos en los últimos casos, en los que ha participado la policía o alguno de sus protegidos o sicarios.

Génesis de una catástrofe anunciada

Agustín Salvia

Si bien la situación social y ocupacional del país fue durante buena parte del siglo XX muy diferente a la de la mayoría de los países latinoamericanos, el proceso histórico de los últimos treinta años puso en escena un patrón de producción de pobreza y marginalidad que logró diluir muchas de esas diferencias. Ahora bien, cabe no confundir las consecuencias con las causas. Este proceso –no por menos violento– fue de naturaleza histórica muy distinta a la que estructuró la tradicional pobreza latinoamericana.

En términos generales, cabe reconocer dos procesos históricos estructurantes de la actual crisis económica y social argentina. Por una parte, el renovado ciclo de expansión financiera y comercial que experimentó el capitalismo bajo la fuerza de una mayor concentración económica y renovación productiva. Por otra parte, el proceso local de agotamiento, crisis y mutación que –desde mediados de los setenta– fue experimentando el régimen social de acumulación y el sistema político de dominación corporativa (Nun, 1987; 2002).

En este marco, cabe rechazar toda simplificación de la historia argentina reciente. De acuerdo con la evidencia, es al menos exagerado imputar a las políticas económicas y sociales introducidas durante la década de los noventa como la causa del extraordinario escenario de inequidad, segmentación, pobreza y descomposición que exhibe actualmente la estructura social.

La génesis histórica de esta decadencia muestra desde mucho antes las marcas de un capitalismo financiero en expansión y, junto con ello, la crisis estructural de una nativa sociedad salarial corporativa fundada en un modelo de industrialización sustitutiva. En este contexto, es posible reconocer la emergencia de dos dinámicas de estructuración del deterioro social que aunque relacionadas surgen y participan de encadenamientos independientes:

a) En primer lugar, la mayor concentración y especialización de los procesos productivos habrían generado el deterioro y posterior desplazamiento de amplios sectores que constituían el núcleo duro de la sociedad salarial del modelo industrial sustitutivo. Este proceso habría tenido como eje dominante los cambios tecnológicos y organizacionales que operaron sobre el vértice de la estructura productiva afectando los funcionamientos generales del resto de la estructura económica y social.

b) Al mismo tiempo, la imposibilidad de una renovación en los niveles intermedios de la estructura socio-productiva y socio-política, junto a un agotamiento de las capacidades de intervención del Estado en el marco de un sistema social cada vez más heterogéneo y conflictivo, habrían implicado una crisis estructural en las oportunidades de movilidad social y en las redes de inserción de viejas y nuevas generaciones de marginales estructurales y clases medias vulnerables (adheridos a la promesa de “estudia y trabaja y habrás de progresar”).

Estos procesos subyacentes durante varias décadas se hicieron más marcados y evidentes en el contexto post hiperinflacionario y ajuste estructural de los años noventa (tipo de cambio fijo, apertura económica y flexibilización laboral). Junto a la débil integración del sistema social que devino de esta situación, se hizo más que nunca evidente el carácter heterogéneo de la estructura productiva y fuertemente segmentado del mercado de trabajo. Estas condiciones produjeron a su vez un estallido de nuevas desigualdades, cristalizadas en una estructura social más empobrecida y fragmentada.

Las consecuencias más importantes de este proceso han sido la debilidad de la demanda agregada de empleo orientada al mercado interno, la baja calidad del empleo generado, la caída en los ingresos reales de las familias, el deterioro de la seguridad social y el fuerte incremento en los niveles de concentración del ingreso.

De acuerdo con esto, la clave interpretativa más importante de este proceso no es en sí el problema de la propagación de la pobreza, sino la forma en que las nuevas condiciones sociales han dado origen a conflictos y

relaciones de fuerza diseminadas territorial, social y culturalmente, siendo a su vez funcionales a una mayor concentración del ingreso y del poder político en pocos actores.

En este marco, la “naturalización” del deterioro de las relaciones laborales en las distintas esferas sociales parecería alejar del campo político ciudadano la lucha por una mayor justicia y equidad distributiva, para trasladar el conflicto al espacio social de la subsistencia y de la intervención corporativa. A la vez, buena parte de la intelectualidad progresista se ocupa de montar la utopía del *nuevo sujeto histórico*, teniendo como claro referente a la masa de desposeídos y desocupados olvidados por el capitalismo argentino. Con este mismo efecto cabe también ubicar la renovada valorización que se hace a las “economías de la pobreza” – resignificadas como *economía social* o *economía popular*– felicitando su expansión, potencial autonomía y creciente empoderamiento (Coraggio, 1994, 1998; Banco Mundial, 2001); o, al menos, su capacidad de reafirmación de una particular identidad (Vasilachis de Gialdino, 2003); o como factor “socializante” y de resignificación de lo colectivo (Schuster y Pereyra, 2001; Svampa, 2003; Bialakowsky y Hermo, 2003)

Sin desmerecer el valor sociológico de estas resignificaciones, cabe tomar distancias de las mismas para señalar que si bien no todas las demandas tienen la misma posibilidad de establecer los temas de agenda, lograr fijar un tema a partir de la movilización de los actores y de la opinión pública, no implica definir el modo de resolución del problema ni mucho menos conducir la estrategia global. Desde esta perspectiva, cabe destacar que por mucho que las “economías de la pobreza” se hayan multiplicado, se las represente revalorizadas, produzcan nuevas viejas formas de identidad y constituyan un objeto privilegiado de las actuales políticas públicas (no importa si paliando o agravando la crisis del empleo), el desempleo, el subempleo y la precariedad laboral continúan siendo las formas típicas bajo las cuales se expresa la mayor subordinación del trabajo a las estrategias de acumulación y las condiciones objetivadas de su mayor explotación presente y futura.

Deterioro del mundo del trabajo

La evidencia estudiada y conocida es clara en cuanto a mostrar que los problemas económicos y laborales en la Argentina no tienen reciente gestación (Altimir, O. y Beccaria, L., 1999; Neffa, et al, 1999; Salvia, Rubio et al, 2003; Monza, 2003; entre otros). En lo fundamental, desde hace casi tres décadas que el régimen de acumulación argentino no logra desarrollar una dinámica sustentable de crecimiento económico, generando esta dinámica una pérdida neta de empleos plenos, a la vez que un aumento exclusivo del subempleo y la precariedad laboral bajo formas socio-productivas muy heterogéneas.

La problemática ocupacional en la Argentina actual alcanza una gravedad por demás extraordinaria, sólo asimilable a una situación de catástrofe natural o bélica. Más de 10 millones de personas (70% de población económicamente activa) sufren problemas de empleo, tales como la desocupación, el trabajo indigente, el empleo precario, el subempleo o la insatisfacción laboral, si se excluye de esta situación a los que teniendo un empleo registrado y un ingreso mínimo legal no buscan trabajar más horas ni cambiar de trabajo. En este caso, la masa de trabajadores sobrantes del capitalismo argentino asciende de todos modos a casi 7 millones de personas, lo que representa el 50% de la fuerza de trabajo urbana (Salvia, 2003).

En igual sentido, la heterogeneidad y debilidad del mercado de trabajo se sigue haciendo evidente cuando se confirma que la mitad de la fuerza de trabajo ocupada se encuentra inserta en un mercado secundario o terciario dominado por la informalidad laboral. Sólo el 35% de los ocupados se encuentran insertos en el mercado primario privado, mientras que el 15% está ocupado en el sector público.

En este marco, los indicadores sociales (como por ejemplo que el 50% de los hogares urbanos están en situación de pobreza) constituyen una expresión directa de esta estructura económico-ocupacional. En variados aspectos esta fuerza de trabajo excedente, muy lejos de estar integrada al mercado laboral como ejército industrial de reserva, constituye –en términos de J. Nun (1969)– una masa marginal al menos poco funcional,

cuando no disfuncional, a la dinámica de acumulación concentrada y a la regulación institucional del régimen de dominación social.

Con el objeto de precisar mejor el problema, cabe mencionar algunos de los principales rasgos que enfrenta la actual estructura social del trabajo en la Argentina:

1) El débil crecimiento de la demanda agregada de empleo y el aumento generalizado de las formas precarias y extralegales de contratación tiene lugar en un sistema productivo con fuertes desigualdades estructurales. Esto explica el achicamiento del mercado interno, el aumento de la pobreza y el incremento de la desigualdad social.

2) El desempleo y el subempleo se han convertido en un déficit estructural, muy lejos de poder ser explicado en términos de factores tecnológicos o demográficos o por déficit en el capital humano. Se trata de un problema que afecta a la mayoría de la fuerza de trabajo, tanto a trabajadores adultos como a nuevos trabajadores jóvenes; a la vez que los trabajadores de baja calificación constituyen un grupo particularmente vulnerable en términos de precarización laboral.

3) El mercado laboral está afectado por una fuerte segmentación de las oportunidades de empleo en términos de calidad y remuneraciones; lo cual ha ampliado las brechas socio-institucionales y culturales entre el sector formal y el sector informal de la economía; a la vez que se destaca un alto deterioro de la productividad del trabajo, especialmente en los segmentos informales. El aumento de esta oferta laboral se explicaría en particular por la gravedad y extensión del desempleo y la pobreza en los hogares.

4) Estas características de crisis del mercado de trabajo se presentan en forma heterogénea según la región, sus capacidades productivas y desarrollo político-institucional. En particular se agrava con la depresión de algunas economías regionales y la falta de iniciativas de desarrollo local, tanto en el conurbano bonaerense como en diferentes zonas del interior del país.

5) Se destaca un fuerte déficit institucional por parte del Estado

para encarar un modelo de crecimiento endógeno y una política de regulaciones que atienda estos problemas. Los institutos del Estado vinculados a la atención de los déficit de empleo, desempleo y precariedad laboral se ven desbordados ante la magnitud de la pobreza, la marginalidad social y la informalidad laboral.

Las nuevas economías de la pobreza

El trabajo remunerado es todavía un valor cultural importante para la mayor parte de la sociedad argentina. Cabe recordar que en el marco de la sociedad salarial, no tener un empleo estable se constituyó en una vía de sufrimiento profundo para el que lo padece (Jahoda, 1987). Es fuente de desánimo (la gente necesita ser necesitada) y causa de desvinculación social (Nickell, 1994).

En efecto, el desempleo en este contexto no sólo implica perder un ingreso, acceso a la salud, derecho a jubilación, asignaciones familiares, indemnizaciones por despido, seguro de trabajo, etc., sino también perder los medios instituidos de vinculación y participación en un trayecto de sociabilidad común y en un orden público determinado (Castel, 1997; Fitoussi y Rosanvallon, 1998). No hay muchos flagelos parecidos en la larga lista de males que pueden afectar a las personas en el marco de la sociedad fundada en el trabajo asalariado.

Si bien la crisis económica y social que afecta al país tiene varias décadas, no cabe menos que sorprenderse que la degradación social originada por el desamparo crónico, o por un desamparo ocasional que se hace crónico, tenga un carácter tan masivo y persistente como atomizado e impasible. Ahora bien, ¿es esto efectivamente así?

A lo largo y ancho del país la fuerte necesidad de trabajo ha hecho emerger un conjunto de variadas expresiones económicas de nuevo signo: microempresas familiares, emprendimientos vecinales asociativos, nuevas cooperativas de consumo, movimientos de desocupados que administran planes sociales y asisten a la reproducción social, cooperativas de trabajo que recuperan empresas y las ponen a producir, y otras iniciativas donde prevalece el fin social sobre el lucro individual. En su conjunto, un

movimiento heterogéneo de actores, iniciativas y estrategias –fuertemente asentadas en lo territorial– que hacen a muchos suponer la emergencia de una "economía social o popular" en franca oposición a la dominante economía capitalista de mercado.

Pero lo único comprobado y comprobable es que estas iniciativas representan hoy para centenares de miles de familias la principal vía de subsistencia. Ahora bien, ¿en qué medida son además la expresión embrionaria de una nueva concepción del mundo del trabajo y de un nuevo modo de construcción de identidad política y social? Y, más importante, ¿en qué medida dichas prácticas pueden generar un punto de inflexión en el tiempo medio de la historia económica, social y política de este país en el contexto de la globalización?

Estas preguntas convocan a problematizar qué es lo realmente nuevo y significativo que producen estas formas de asociación y las acciones que despliegan y gestan estos movimientos. ¿Nuevo sujeto histórico en búsqueda de un programa propio o actores privados de identidad víctimas de un sistema social perverso? ¿Viejas nuevas formas de reclamo y de afirmación del cambio social o prácticas instrumentales desesperadas en un contexto de creciente pérdida del valor presente del futuro? ¿Economías sociales en lucha por el poder o economías de la pobreza en fase de reproducción ampliada?

Para muchos entusiastas visionarios estas preguntas resultan por lo menos innecesarias, cuando no imprudentes. Lamentablemente, prefiero ser crítico proponiendo una mirada mucho menos ideológicamente optimista. No porque no pueda reconocerse en tales iniciativas la expresión de un conflicto social; ni tampoco porque ellas no logren constituirse en verdaderos "laboratorios de vida" (Mellucci. 2002) instituyentes de nuevas articulaciones socio-culturales. Tal vez todo esto y mucho más.

Frente a lo que se dice que tales iniciativas son –o podrían ser–, cabe llamar la atención que subsumido el sistema capitalista argentino en una larga crisis estructural, tales prácticas de autogestión se plantean en espacios cada vez más locales, sin otro horizonte de integración que no sea el sector informal y los encadenamientos corporativos o clientelares tradicionales –incluida la red estatal–; y que si bien las demandas sociales

se multiplican estableciendo los temas de la agenda –aunque sin resolverse–, el eje de sentido dominante de la acción sigue siendo la descarnada lucha por la subsistencia. A lo sumo, para los propios protagonistas –y esto es lo que intenta construir– la economía social constituye la primera estación –y no la última– de una estrategia de reinserción laboral y movilidad social.

En este contexto no parece florecer la libertad y la autonomía de ser –económica y política– sino una mayor descomposición y fragmentación social que tiene incluso a estas nuevas iniciativas como espacios de reproducción de la marginalidad y de las relaciones de fuerzas sociales que las hacen posible. Es en este orden de conflicto que presenta particular relevancia evaluar con mayor capacidad crítica la crisis de la sociedad salarial nativa, sus derivaciones en términos de fragmentación social y la emergencia de nuevas formas de segregación y precariedad en el mundo del trabajo.

Significado social y político de las economías de la pobreza

Siguiendo este enfoque cabría en cambio centrar la atención en las condiciones de desamparo social en que se encuentran los segmentos sociales de la economía de la pobreza: a) la creciente debilidad de los vínculos con el mercado de trabajo formal, b) el reforzamiento de este déficit a través de mecanismos impuestos de segregación residencial y de segmentación de las condiciones de reproducción social (educación, salud y previsión social); y c) el progresivo auto-aislamiento del resto de la estructura social (mercados estructurados, circuitos regulados y cultura de masas) como mecanismo autoregulado de tipo estratégico-defensivo.

En tales condiciones, los sujetos se autodefinen sensibles para emprender una estrategia de socialización en procura de garantizar la subsistencia y procurar su reafirmación. La generalización de estas prácticas tiende a constituirse en procesos instituyentes de mutación, recreación o creación de nuevos lazos sociales, fundados internamente por lógicas defensivas en donde lo cooperativo es meramente instrumental. Por lo

mismo, estas víctimas sociales se asocian bajo estructuras atomizadas y competitivas –no importa su signo y definición de sentido–.

Dichas características surgen fundamentalmente por los escasos recursos económicos y sociales disponibles, la falta de un orden global legítimo, la ausencia de expectativas que den valor presente al futuro y la falta de mecanismos generalizados de coordinación e integración social. En este sentido, no debe sorprender que estas hayan sido también las formas conocidas que asumieron las prácticas de socialización puestas en juego por las víctimas del Holocausto (P. Levi, 1985 y Z. Bauman, 1998).

Este avance de la segmentación en distintas esferas de la vida social constituye una importante fuente de tensiones y conflictos. En particular, debido a que la mayor parte de la sociedad argentina mantiene vigente –aunque debilitado– un ideal de igualdad de oportunidades, afirmado históricamente a través de la universalización de fuentes de movilidad social y del acceso a selectivas aunque robustas instituciones de bienestar. Por lo mismo, las actuales iniciativa autónomas de sectores afectados por la expropiación de sus capitales físicos y sociales, la devaluación de sus capitales humanos y el deterioro de oportunidades de movilidad social, constituyen fundamentalmente una reacción contra la falta de oportunidades de movilidad, seguridad y bienestar de la sociedad salarial prometida.

Sin embargo, es claro que los reclamos no son los mismos ni que sus reclamadores están articulados de algún modo programático o funcional con respecto a la matriz que le da origen. Al respecto, cada sector demanda su particular cuota política y económica de resarcimiento histórico, reconocimiento institucional y garantía de derechos especiales.

De esta manera, la pobreza generalizada –a la vez que políticamente movilizadora– en una sociedad en crisis como la nuestra en efecto significa una redefinición de los lazos sociales, pero no en clave de integración sino de fragmentación de las relaciones sociales (de ninguna manera una anomia individual, ni mucho menos ausencia o vacío de vínculos sociales). Es decir, la exposición al desempleo crónico y generalizado en condiciones de desamparo absoluto significa una redefinición de los lazos sociales en dirección a la degradación de los espacios institucionales ciudadanos o

corporativos establecidos; incapaces estos a su vez de recomponer su propia legitimidad perdida. El proceso convoca a pensar en un deterioro social no del tipo de la *degradación caracterial* que describe Sennett (2000) para las sociedades post industriales; si no más bien del tipo descrito por Wacquant (2001) para las formas que asume la nueva marginalidad urbana en todo el mundo.

Por lo mismo, intentar revertir el problema de desempleo en términos de “economía de la pobreza” (o economía social) no sólo no garantiza una reparación (aunque sí un reemplazo) de los lazos de integración y de los soportes intersubjetivos perdidos por el desmantelamiento de los vínculos asociativos y corporativos fundados en el trabajo asalariado, sino que – afirmando su identidad y recluyéndose en el espacio territorial– tiende a profundizar su crisis, resultando al mismo tiempo incapaz de poder cambiar efectivamente las condiciones generales de dominación y dar solución a la profunda crisis del capitalismo argentino.

De tal manera que lo más destacable del actual proceso socio-político no sea el alto grado de reacción y autoorganización social que la crisis genera entre los pobres y desplazados, sino los efectos de alienación y mutación que tales condiciones tienden a generar en los sujetos – individuales o colectivos–, poniendo en escena respuestas que reproducen de manera recursiva y ampliada una matriz atomizada y dominada de integración social.

¿Pero nada significativo emerge de este proceso social? Sí, lo realmente nuevo y significativo parece ser el contexto de significados y, por lo tanto, el impacto simbólico en el campo de las representaciones colectivas que tienen estos degradados reclamos sociales sobre una la matriz económica y socio-cultural dominante. ¿Qué dicen sin decir las “economías de la pobreza”? Al menos cabe considerar tres efectos de sentido en cuanto a la puesta en evidencia de: 1) el profundo fracaso del capitalismo argentino; 2) los límites económicos e institucionales que presenta el Estado para atender los reclamos sociales masivos, el vacío político-institucional para regularlos y la debilidad de la sociedad civil y de la opinión pública para neutralizarlos; y 3) el poderoso potencial disponible por parte de la sociedad marginada para atender sus propia reproducción *al*

margen o en contra de la sociedad estructurada y formal.

Dicho de otra manera, lo importante y verdaderamente nuevo no es el contenido de los discursos que portan o crean para sí las “economías de la pobreza” sino el *sentido social* que se construye “fuera de ellas” a partir de los modos en que tales protagonismos afirman y defienden su existencia. Un sentido que da testimonio de un riesgo serio para la matriz social privilegiada y que va imponiendo como necesario y urgente redefinir el contrato social y político que regula la reproducción económica y el sistema de dominación.

Una cuestión con fuerte vigencia en estos días y que tiene como protagonistas visibles a la actual clase política, a la dirigencia social y a la opinión pública. Por ahora, nada más.

Bibliografía

Altimir, O. y Beccaria, L. (1999). El Mercado de Trabajo bajo el Nuevo Régimen Económico en Argentina. En *Serie Reformas Económicas N° 28*. Santiago de Chile: Naciones Unidas/CEALS.

World Bank (2001). *World development report 2000/2001*. Washington:WB.

Bauman, Zygmunt (1998). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequitur.

Bialakowsky, A. y H. Javier, (2003). Dilución y mutación del trabajo en la dominación social local. En A. Bialakowsky (comp.), *Dilución o Mutación del Trabajo en América Latina*. Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003, Revista Herramientas, Buenos Aires.

Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

Coraggio, José Luis (1994). *Economía popular y políticas sociales. El papel de las ONG*. Quito: Instituto Fronesis.

----- (1998). Las redes del Trueque como Institución de la Economía Popular En *Economía Popular Urbana: Una Perspectiva para el Desarrollo Local*.

Fitoussi, Jean-Paul y Rosanvallon, Pierre (1998). *La nueva era de las desigualdades*. Barcelona: Manantial.

Jahoda, M. (1987). *Empleo y Desempleo: Un Análisis Socio-Psicológico*. Madrid: Morata.

Levi, Primo (1985). *¿Si ahora no, cuando?*. Madrid: Alianza.

Neffa, J., Battistini, O., Panigo, D. y Pérez, P. (1999). *Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina* En Serie Exclusión Social –

- Mercosur, No. 109. Santiago de Chile: Equipo Técnico Multidisciplinario, OIT-Fundación Ford.
- Nickell, S. (1994). *The unemployment crisis*. Oxford: Oxford University Press.
- Nun, J. (1987). Vaivenes de un régimen social de acumulación en decadencia. En Nun, J. y Portantiero, C. (comp.), *Ensayos sobre la Transición Democrática en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- (1969). Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal. *Revista Mexicana de Sociología*, vol 5, N° 2.
- (1999). Nueva visita a la teoría de la masa marginal. *Revista Desarrollo Económico*, vol 39, N° 154.
- (2002). *El proceso democrático en la Argentina. Ponencia preparada para el Seminario Brasil - Argentina A Visao do Outro*. Brasilia: Fundación Centro de Estudios Brasileños.
- Melucci, Alberto. (1996). *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Salvia, A., Rubio, et al (2003): *Deuda Social Argentina / 1 Trabajo y Desempleo*, Buenos Aires: Departamento de Investigación Institucional, Universidad Católica Argentina.
- Salvia, A. (2003). *Mercados segmentados en la Argentina 1991-2002*. Laboratorio. Informe de Coyuntura Laboral Año 4, N° 11-12. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.
- Schuster, F. y Pereyra, S. (2001). La protesta social en la Argentina democrática. En Giarraca, Norma (comp.), *La protesta social en la argentina*. Buenos Aires: Alianza.
- Sennett, Richard (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Svampa, M. (2003). *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Universidad de General Sarmiento, Biblos.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2003). Trabajo, situaciones de pobreza e identidad. En A. Bialakowsky (comp.). *Dilución o Mutación del Trabajo en América Latina* Trabajos para el XXIV Congreso ALAS 2003. Revista Herramientas, Buenos Aires.
- Wacquant, Loïc (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.

Hábitat, cooperativismo autogestionario y redefinición de las políticas públicas: buscando la “nueva fábrica” en los barrios de Buenos Aires

María Carla Rodríguez

Como consecuencia de más de tres décadas de implementación de la fase de reestructuración del capitalismo conocida como globalización, en Argentina, se han producido:

a) profundas transformaciones económicas –una concentración inédita de la riqueza con una polarización igualmente inédita de los ingresos–, tendencias estructurales que la crisis de 2001 no ha revertido, sino más bien acentuado.

b) transformaciones políticas –reestructuración del Estado y sus funciones, a través de la implementación de reformas neoliberales (privatización, apertura y desregulación). Un proceso de reestructuración funcional a lo que, una de las voces organizadas del mundo del trabajo que hoy cuenta con mayor legitimidad –la CTA- caracteriza como la implementación cotidiana del “genocidio por planificación social de la desigualdad”–, un proceso que no hubiera sido posible sin la fase de implantación ejecutada por la dictadura, que supuso la eliminación física de los referentes sociales y políticos, que constituían la oposición conciente y militante contra el modelo .

c) transformaciones sociales (la profunda reconfiguración de la estructura social, la caída “sin red” de amplios sectores de las capas medias y la tantas veces declarada extinción del movimiento obrero como sujeto sociopolítico, sustentada en los cambios en la composición de la estructura socioproductiva: el incremento del desempleo, subempleo, la expansión también inédita en Argentina del denominado sector informal, la proliferación de las formas precarias y temporarias de acceso al empleo, etc...

d) transformaciones culturales (la pérdida de referencias, redes y soportes de identidades colectivas de períodos precedentes, su fragmentación, resignificación y fagocitación en el nuevo “modelo”, la promoción de un

individualismo exacerbado por particulares modalidades de valores competitivos –el “sálvese quien pueda” combinado con “vale todo”–, la intensificación de ciertos efectos culturales asociados a dispositivos de políticas asistenciales, focalizadas e individuales, etc.).

Sin embargo, junto con estas tendencias estructurales, también a lo largo de estas mismas décadas se despliegan prácticas de resistencia, puntuales, aisladas, heterogéneas, anónimas, contradictorias, que, en el complejo mundo del campo popular, y aún contra el pesimismo de la razón y la carencia de una masa crítica suficiente de intelectuales que acompañen este parto difícil, sientan mojoneros a tener en cuenta, en la búsqueda de una vida cotidiana más digna de ser vivida para todos.

Un ejemplo de este “trabajo de las hormigas”: El cooperativismo autogestionario de vivienda en la propuesta del Movimiento de Ocupantes e Inquilinos.

Desde nuestra experiencia en ciudad de Buenos Aires, la ciudad central del Área Metropolitana -AMBA-, planteamos que las formas de expansión de la pobreza urbana en las últimas décadas han desplegado una dinámica que involucra un doble movimiento: por un lado, la expansión de las periferias (los “márgenes”) y, por otro, la reapropiación de la centralidad, ocupando sus intersticios (el fenómeno de las ocupaciones de edificios y el repoblamiento de “villas”, dan cuenta de la relevancia que adquiere la “centralidad urbana” para las condiciones de reproducción de los sectores populares).

El contexto político “tolerante”, desde la recuperación democrática a comienzos de los ´80, juega un papel clave como posibilitante de este movimiento hacia el “centro”, de la ciudad, aunque el mismo se sostuvo sin una definición explícita de recursos e inversiones de escala que acompañen y estructuren políticas significativas sobre el conjunto de las situaciones del

hábitat popular, una limitación, signada por el desarrollo de las políticas neoliberales.

Por ello, entre otros factores, numerosos barrios ubicados en áreas centrales de la ciudad –desde el punto de vista de su accesibilidad, existencia de infraestructura, transporte, etc.– han sufrido, en términos generales, y a pesar de este retorno al centro, una tendencia sostenida de pérdida de población, a la espera de condiciones para la redefinición de sus roles urbanos. En particular el fenómeno de las ocupaciones de edificios, junto con esta “espera”, instalan la pregunta “¿la ciudad para quienes?” como central en relación con las políticas públicas.

Al mismo tiempo, desde esos intersticios urbanos, a partir del fenómeno de la ocupación de edificios y de la reflexión sobre los procesos suburbanos de toma de tierras y su capacidad de producción de barrios enteros (entre otros factores concluyentes, porque la historia no tiene “un” origen, se menciona también la posibilidad de reapropiación a través de intercambios de cooperación sostenidos y concretos a lo largo de 15 años, de la experiencia del movimiento cooperativo uruguayo, el retorno a la UBA de profesionales vinculados con la perspectiva de la “arquitectura ciudad” que se desarrollara en la Universidad de la Plata en la década del ´60, y su orientación proclive a generar encuentros con los gérmenes de organización que se desarrollaron en algunas ocupaciones, como el Ex Padelai, la Mesa de Delegados Ex AU3, el Movimiento de Inquilinos de Almagro, durante los ´80, entre otros) se ha ido gestando, como consecuencia de la acción colectiva y organizada para la producción social del hábitat, la experiencia de progresivo desarrollo del cooperativismo autogestionario como incipiente movimiento social y como expresión de lineamientos de políticas orientadas hacia la concreción –colectiva y organizada– del derecho a la ciudad.

El eje socio organizativo juega un papel central en esta experiencia, porque posibilita la conformación de unas prácticas que dan contenido a las

cooperativas: participación, ahorro, ayuda mutua, énfasis en una intencionalidad pedagógica y de aprendizaje en la conformación del proceso cooperativo, propiedad colectiva como expresión jurídica que se corresponde con el proceso colectivamente desarrollado para ganar la vivienda y el derecho pleno a la ciudad, y en lo cotidiano— dado que la vida cotidiana juega un papel central como anclaje de referencia en este tipo de construcciones organizativas— el desarrollo de un proceso que involucra decisiones permanentes y sostenidas que dan la ocasión de resignificar la propia experiencia y de repreguntarse por el papel activo o pasivo sobre las decisiones que afectan la propia vida cotidiana, comenzando por el lugar donde vivir.

En este marco, a su vez, la rehabilitación edilicia resulta una modalidad de intervención apropiada a las características del parque habitacional desocupado existente en la ciudad (como por ejemplo, viejas fábricas, casonas y edificios en desuso por la reestructuración económica, social y urbana de las últimas décadas neoliberales).

Este proceso de desarrollo de organización social se ha gestado con el apoyo en experiencias piloto, o “mojones” —como cooperativas La Unión y Perú en el barrio San Telmo—, regularizaciones dominiales que implicaron esfuerzos anónimos y bastante “heroicos” por ganar la radicación en la ciudad y jugar un papel de sujetos en su historia, y que han permitido posteriormente, el impulso de normativas y políticas habitacionales de la ciudad (leyes 341 y 964), que hoy se encuentran en proceso de desarrollo.

También se vieron amenazados por la tensión instalada en el proceso de estructuración de una política, por la posibilidad de que su potencial autogestionario sea desdibujado desde los organismos públicos encargados de su aplicación, dado que el aparato estatal es un campo de lucha y conflicto permanente de intereses contrapuestos y la política habitacional tradicional sólo ha tenido por destinatario privilegiado, en tanto actor económico, a las empresas constructoras, privilegiando como contenido estructurador, la finalidad de la ganancia mercantil.

Este proceso de gestación de políticas públicas de fomento a los procesos autogestionarios, ha sido impulsado activamente desde una organización social de vivienda y hábitat, el Movimiento de Ocupantes e Inquilinos y hoy involucra una trama compleja (y complicada) de organizaciones y actores sociales, políticos y gubernamentales.

Las cooperativas autogestionarias se han formado en ocupaciones de edificios, con población residente en hoteles pensión subsidiados por el GCBA, en particular al calor de la crisis de 2001 y, en la experiencia del MOI, también con población intencionalmente mezclada entre estos grupos e inquilinos de clases medias en descenso, jóvenes profesionales universitarios, trabajadores sindicalizados y grupos con necesidades especiales (externados de hospitales neuropsiquiátricos desarrollando programas con otras organizaciones integradas al Movimiento Social Antimanicomial y profesionales de la salud, para poder cumplir este fin). Un desafío que el MOI, desde 1994, lleva hacia el ámbito de la CTA, como propuesta específica de organización ante el problema habitacional en el marco de esa organización que, por mandato fundacional, se ha propuesto el desafío de articular una instancia común de organización donde confluyen ocupados y desocupados, trabajadores no calificados y profesionales, buscando el desafío de la articulación en la resignificación de la diversidad del mundo del trabajo actual.

La autogestión –que no es autoconstrucción–, y tiene su eje nodal en la “toma de decisiones” tanto en el control del proceso productivo como en la participación en la definición de las políticas– *implica la participación activa de la población colectivamente organizada en todas las etapas del proceso de producción habitacional*, proceso que es sostenido por un *hilo conductor central que es el desarrollo organizacional de base*. Constituye un tipo de producción habitacional que, en relación a la vivienda, apunta a privilegiar la concepción de la misma como bien de uso (no especulativo); y que, en relación al significado urbano de la localización de sus edificios (vivienda más

equipamiento comunitario), se direcciona hacia la consolidación de la concepción de radicación –histórica reivindicación del movimiento villero, también constitucionalmente expresada en el artículo 31– en la perspectiva de Construcción de una Ciudad Democrática.

La pelea por el derecho a la ciudad, a través de las políticas de fomento a la autogestión cooperativa del hábitat –propuesta constitucionalmente explicitada en el mencionado artículo 31 de la estatuyente de la ciudad de Buenos Aires–, significa la construcción de un camino alternativo al tradicional de ejecución empresarial, *la vivienda como mercancía objeto de ganancia* (“modelo tradicional FONAVI”), y de entrega de viviendas “llave en mano” –sustentada en una *concepción no participativa*– a las familias que carecen de ella .

Implica un redireccionamiento de los recursos públicos otorgando un protagonismo a las cooperativas como actores económicos, promoviendo la estructuración de un circuito diferenciado (que requiere del sustento al desarrollo de esas capacidades). De este modo, implican, también, una práctica concreta de redistribución de la riqueza, al instalar a los cooperativistas en el manejo del recurso público en un lugar bien diferenciado, sino antagónico, del propuesto por la orientación hegemónica de la política social focalizada, individual y de orientación asistencial (orientada a los subsidios individuales como instrumento para paliar la situación de emergencia).

Por sus características, las propuestas de políticas de fomento al cooperativismo autogestionario instalan también un debate dentro de las organizaciones del mundo del trabajo, que hoy se plantean el dilema del tránsito entre el asistencialismo y la autogestión y, en particular, el papel del Estado y las políticas públicas en este camino, a sabiendas de que las grandes mayorías de la población no son parte de procesos organizativos desde donde repensar su subjetividad, su lugar y su acción y que sería necesaria la

estructuración de un menú diverso de programas y opciones de políticas para superar las orientaciones actuales.

Como otro componente asociado al desarrollo del impulso de políticas de fomento al cooperativismo autogestionario puede señalarse que las leyes 341 y su modificatoria 964, (normativas vigentes que enmarcan parcialmente este proceso) han sido expresión de una práctica de participación social sustentada desde una concepción de los derechos concebidos como productos históricamente contruidos, "ganados" y sostenidos desde la acción propositiva del movimiento popular organizado. La concepción autogestionaria es una concepción antagónica al asistencialismo y a la cultura individualista; consecuentemente cuestiona la noción ahistórica y sociopolíticamente descontextuada del derecho como un existente "dado" y "garantido" .

En síntesis, la especificidad de los procesos cooperativos autogestionarios en áreas centrales se caracterizan por:

- *Privilegiar la noción de la vivienda como bien de uso*, característica centralmente sostenida por la propiedad colectiva cooperativa, que implica la estructuración de un submercado con otras configuraciones institucionales que regulen el acceso al suelo urbano y la vivienda construida a través del sistema autogestionario;
- *la concepción participativa* en todo el proceso de producción habitacional;
- *el enfoque de proceso* de dicho recorrido y tránsito por diferentes etapas, las que van constituyendo una cultura autogestionaria que se corresponde con el modelo productivo que se intenta plasmar con las cooperativas, no como mano de obra autoconstructora, sino como sujetos económicos, empresas sociales capaces de conducir su proceso productivo;
- *el eje organizativo*, como columna vertebral factibilizadora de la existencia autogestionaria que involucra no sólo el plano de ejecución de obras físicas, sino, centralmente, la comprensión de la conformación de cooperativas como un proceso, que recorre diversas fases o etapas en la cuales los

grupos cooperativos, adquieren y desarrollan en forma progresiva las distintas capacidades que viabilizan su práctica (organizativas, económicas, de planificación, gestión, etc.).

- la *construcción de una cultura colectiva, solidaria y propositiva*, opuesta al asistencialismo individualista y subsidiario;
- *el rescate y la apropiación de una noción histórica del derecho o de los derechos sociales* como base de la valoración del derecho construido y ganado, no del derecho dado, escrito, regalado;
- *la conciencia de participación e intervención en la dinámica socioespacial urbana , orientada hacia la construcción de una ciudad democrática; el desarrollo de propuestas y de prácticas transformadoras de las políticas de Estado*, en el marco de lo que en el MOI se denomina *autogestión bidireccional*, reconociendo en esa bidireccionalidad a las organizaciones sociales y al Estado como ejes centrales de su existencia.

Estos son algunos de los ejes de estructuración de las prácticas y de la producción de conocimientos fundantes de la concepción autogestionaria.

¿Búsquedas originales?

La reflexión personal a partir de esta experiencia me conduce a confluir con aquellas vertientes teóricas que descreen del "origen" como fuente de legitimación y constitución identitaria y fundamento de la acción sociopolítica. Considero que no existen búsquedas originales, en el sentido de la búsqueda de un origen perdido o esencia que habría que recuperar (de hecho, el capitalismo como construcción social e histórica que reproduce bajo formas complejas la explotación y la dominación, es eso, una creación humana); también descreo del término "original" comprendido como novedad que irrumpa de la nada, tiendo a considerar que, más bien, lo que se juega en este tipo de iniciativas de resistencia es un arduo proceso de recuperación de la identidad a través de una relectura de la historia de los sujetos

protagonistas del mundo del trabajo, buscando superar derrotas y obstáculos en todas las dimensiones (económica, social, política y cultural).

Hay una resignificación y una reapropiación de experiencias, prácticas, saberes y activos que se ponen en juego a través de intentos que aportan a un reprocesamiento de la experiencia histórica de luchas. Un proceso vinculado a una resignificación de la noción del derecho que, desde la perspectiva de los sectores que componemos el mundo del trabajo, sólo puede sostenerse en procesos sociales de reivindicación y lucha activa y, particularmente, propositiva.

Esto plantea, multidimensional y complejamente, que esa búsqueda de resignificación identitaria implica la apuesta a la recuperación de la iniciativa política, en tanto matriz que posibilita vislumbrar unas ciertas prácticas socio productivas que serían el necesario correlato del tipo de sociedad, de economía y de política posibilitantes de un lugar distinto, una sociedad otra cuya imagen se va configurando borrosa entre los pequeños avances y los grandes obstáculos en el vasto y fragmentado mundo del campo popular: ¿es un capitalismo redistributivo? ¿es la configuración de un nuevo tipo de sociedad socialista?

Sin este trasfondo, que hasta el día de hoy obstaculiza un procesamiento y un análisis consistente y útil del problema del poder para la clase trabajadora como sujeto sociopolítico (que, considerando el mundo del trabajo actual, debiera repensarse en una reconfiguración que incluya, si tomamos en cuenta a todos aquellos que viven de su trabajo, a ese complejo espectro que involucra desde el vasto mundo de los desocupados hasta amplias capas de profesionales)– es difícil poder visualizar el alcance y las posibles proyecciones de estas múltiples expresiones de búsquedas de autonomía, desde donde, según mi perspectiva, sí se pueden identificar las resistencias intersticiales que podrán dar cauce a la “novedad”, históricamente gestada, de una sociedad distinta.

Bibliografía de referencia:

- Herzer, Hilda y otros. (1995). *Hábitat popular, organizaciones territoriales y gobierno local en el Área Metropolitana de Buenos Aires*. Documento de Trabajo. Área de Estudios Urbanos. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

- Jeifetz, Nestor. (2002). Ejes autogestionarios en la producción social del hábitat. En Ortiz Flores, Enrique y Zarate, Maria Lorena, (comp.) *Vivitos y coleando, 40 años trabajando por el hábitat popular en América Latina*. México: HIC-AL, UAM.

- Jeifetz, Nestor. y Rodríguez, Carla. (2002). Construcción autogestionaria de políticas de hábitat popular en la ciudad de Buenos Aires. *Revista Vivienda Popular*. Nro12. Publicación semestral iniciada por el proyecto PROF1, financiado por el CSIC - Facultad de Arquitectura Universidad de la República Oriental del Uruguay

- Lozano, Claudio (2002). *Análisis de la crisis argentina*. Buenos Aires: IDEF/CTA.

- Rodríguez, Maria Carla (2002). Producción social del hábitat, cooperativismo autogestionario y derecho a la ciudad. *Mundo Urbano* (On Line), Nro17. Septiembre-octubre. Disponible en:
<http://www.argiropolis.com.ar/mundourbano/anteriores/17/articulos.htm>

- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros*. Buenos Aires: Biblos.

- Torres, Horacio (2001). Cambios socioterritoriales en Buenos Aires durante la década de 1990. *EURE*, vol.27, n°80.

- Winograd, M. (1988). *Intercambios*. Buenos Aires: Espacio Editora.

- White, Hyden. (1992), *Identity and Control: A Structural Theory of Social Action*. Princeton: Princeton University Press.

La conciencia sacralizada de los trabajadores

Edna Analía Muleras

Colaboraron: Leila Abduca, Juan Miguel Ainora, Gustavo Antón, Rosario Godoy, Soledad González Ferrín y Martín Santellán

Parece haber cierto mínimo acuerdo en el mundo intelectual de las ciencias sociales, respecto a los devastadores efectos de las políticas económicas implementadas desde la última dictadura militar, y acentuadas durante el gobierno de Carlos Saúl Menem en la década del noventa, sobre el mundo de la producción y la clase trabajadora en Argentina. La crisis social y política de diciembre de 2001 lo puso de manifiesto. Como muestra, basta con tomar tres indicadores: 1) la constitución de un enorme *ejército de reserva* [Karl Marx, *El Capital*, T1, Vol. 3, cap. 23] que alcanza los dos dígitos entre desocupados y subocupados en el Área Metropolitana a partir del año 1994 y trepa al 30% de la población económicamente activa en 1995 ; 2) la mitad de la población del país bajo la denominada “línea de pobreza” a inicios del siglo XXI; 3) la mayor concentración del ingreso en los estratos sociales más acomodados en los últimos treinta años, según recientes datos de INDEC (2004).

¿Cómo han enfrentado los trabajadores del principal mercado laboral del país la situación de creciente exclusión y pauperización ? ¿Cómo enfrentan en el nuevo milenio las situaciones que amenazan la chance de reproducción de su identidad social y subjetiva?

Una parte significativa de los trabajadores del Área Metropolitana de Buenos Aires lo hacen con las armas provistas por su concepción sacralizada del mundo. Se trata de los devotos de San Cayetano, el santo “patrono del trabajo”, quienes desde hace más de tres décadas [Registro diario Clarín/ fuentes parroquiales San Cayetano] participan en forma masiva y recurrente – aproximadamente 70.000 personas según nuestro conteo del año 1993– cada 7 de agosto de la celebración de su día, en el santuario homónimo del barrio de Liniers de la Capital Federal . Además, varios miles también concurren los día 7 de cada mes.

Creemos que la magnitud y recurrencia del proceso, con sus ritmos anual y mensual, lo tornan relevante a la hora de identificar modos sustantivos de expresión de la cultura de la clase obrera en Argentina.

En la concepción mágica/ religiosa de la realidad, los procesos sociales que afectan la vida cotidiana dependen de la intervención de una instancia supraterrrenal, divina, trascendente a la acción humana. Lo social no es vivido ni pensado como producto de la interacción humana. La conciencia *heterónoma* de los creyentes [Jean Piaget, *El juicio moral en el niño*, 1932] requiere de la intercesión de San Cayetano, bien para lograr una mejora en sus condiciones de vida –en particular, aunque no exclusivamente, las referentes al trabajo–, bien para preservar las existentes. Originariamente, toda acción religiosa está orientada a la obtención de bienaventuranza en esta vida, en la tierra. El instrumento que asegura lo que Max Weber ha denominado la *súplica* a la divinidad [*Economía y Sociedad*, cap. V, Sociología de la Religión, 1922], a los fines de garantizar la satisfacción de las necesidades terrenales, es *el círculo de la promesa*. Consiste en dos acciones principales. La primera: la formulación de un pedido. Sea este “favor” concedido o no, pero con la esperanza de que más tarde o más temprano será otorgado, a cambio el creyente se obliga a una segunda acción, virtuosa desde el punto de vista ético: la de retribución diferida y permanente a San Cayetano mediante la concurrencia reiterada al santuario, como prueba de su fe en él. Así es como entre el 80% y 90% de los participantes del proceso, son asistentes reiterados, es decir *asistentes-dependientes*. Esta promesa –en su expresión de pedido de favores o como agradecimiento por favores concedidos– se renueva con alta frecuencia. Por otra parte, la participación en el proceso es de larga data: entre el 45% y 60% de los devotos la iniciaron hace 10 años o más. [Fuentes primarias 1992/ 2001]

A pesar de que la amplia mayoría de los participantes afirman que San Cayetano nunca los castigaría por dejar de venir, han asistido ininterrumpidamente desde hace varios años. San Cayetano se presenta –a nivel verbalizado consciente– como el Padre Generoso que comprende y perdona. Esta aparente contradicción entre lo que dicen, y lo que en realidad

hacen, nos permite observar el retraso de la conciencia de los creyentes respecto a su práctica efectiva.

Sin embargo, la identidad religiosa de los devotos del santo, que por amplia mayoría se reconocen como católicos, no se expresa de modo uniforme. Tras la aparente homogeneidad de una concepción sacralizada de la realidad, se abre una riqueza de manifestaciones que denotan intensidades diferentes en el proceso de *desencantamiento del mundo*.

En primer lugar, ejecutan ciertas acciones para asegurar en su vínculo con San Cayetano lo que Jean Piaget, a nivel psicogenético, denomina *relaciones de participación mágica*; esto es, establecer nexos de causalidad entre hechos objetivamente inconexos. Estas relaciones pertenecen a las primeras etapas de la representación y explicación de la realidad : *el estadio de realismo intelectual*. [*La Representación del mundo en el niño*, 1926].

Sin embargo, el instrumento de participación entre el devoto y el Santo es heterogéneo en ambos sexos. Dos tercios forjan un contacto abstracto, simbólico con él, a través de la acción de ver la imagen ingresando al templo por la denominada "fila rápida". En cambio, un tercio se vincula al santo a través de tocarlo: son los que ingresan por la "fila lenta", la fila de los *promeseros*. Entre el 70% y 80% de estos fieles reconocen en la acción física y concreta de tocar el vehículo de *súplica* a la divinidad –con su residuo de *coerción mágica*– necesario para efectivizar su promesa. Desde su perspectiva, tanto las horas de espera en la fila –la *expiación, el sacrificio*– como el contacto físico aseguran mayor eficacia en la acción: la recíproca retribución es directamente proporcional al grado de acercamiento y sacrificio realizados. A diferencia de los devotos de la fila rápida, para quienes es indistinto el tipo de contacto establecido a la hora de recibir ayuda de San Cayetano. El carácter de la participación mágica es diferente: en los que ven, se instrumentaliza la voluntad divina a través del pensamiento; en los que tocan, a través del gesto.

En la primera mitad de la década del noventa, encontramos diferentes intensidades en la concepción sacralizada del mundo de los creyentes, según sea la acción vinculante al santo. Las formas sacralizadas de la conciencia se manifiesta en el grado de observancia de ciertas prácticas rituales/

sacramentales propias del catolicismo; en las capacidades antropomórficas que prestan a San Cayetano; en última instancia, en la atribución de mayor o menor poder de determinación de su vida cotidiana.

Ahora bien, nos preguntamos de qué modo las transformaciones estructurales de la década habrán afectado el carácter de este proceso religioso. ¿Habrán modificado en algún sentido el modo en que los trabajadores devotos del santo piensan los procesos socioeconómicos que los afectan directamente, y en articulación con esto, el modo de actuar para hacerles frente?

CUADRO 1:

Transformación de indicadores de la conciencia mágico-religiosa de los trabajadores devotos de San Cayetano entre 1992/4 y 2001

Sexo y acción vinculante // indicadores conciencia mágico/religiosa	Hombres Que ven (%)	Mujeres Que ven (%)	Hombres que tocan (%)	Mujeres que tocan (%)	Total participantes (%)
Asiste a ceremonias religiosas	1992 61.7	67.2	62.2	85.9	69.0
	2001 66.6	69.2	64.0	65.4	67.3
Bendice objetos durante el proceso	1992 53.3	58.6	54.0	79.8	60.9
	2001 83.3	76.9	64.0	76.9	77.2
Trae ofrendas	1992 28.3	27.6	27.6	48.5	31.8
	2001 50.0	48.0	50.0	57.7	51.4
Alguna vez se confesó	1992 75.0	89.7	78.6	79.8	83.0
	2001 83.3	73.1	80.0	86.6	78.7
Afirma que San Cayetano lo ayuda	1992 75.0	86.2	82.5	90.9	84.0
	2001 87.0	85.0	84.0	91.0	91.7

2001					
Afirma que San Cayetano sabe que está en el proceso	73.3	89.7	92.9	96.8	87.4
1994	95.8	92.0	79.2	92.3	91.7
2001					
Afirma que San Cayetano lo ve	53.3	78.1	85.7	90.0	75.1
1994	79.2	84.0	92.2	84.6	83.8
2001					
Afirma que San Cayetano lo oye	73.3	89.8	92.8	93.3	86.7
1994	95.8	96.0	88.0	96.2	95.1
2001					
Afirma que San Cayetano sabe en qué fila está	40.0	52.4	89.3	73.3	57.3
1994	58.3	48.0	72.0	57.7	55.2
2001					
Afirma que San Cayetano siente su mano cuando lo toca	53.3	71.4	89.3	90.0	72.4
1994	87.5	80.0	80.0	96.0	85.1
2001					
TOTAL	100 (14539)	100 (25647)	100 (6177)	100 (11831)	100 (58194)

Fuente: Relevamiento en la parroquia de San Cayetano, 1992/1994/2001.

Base: 364/120/102 casos.

Respecto al ejercicio de prácticas rituales/ sacramentales propias del catolicismo – como la asistencia a ceremonias religiosas, bendición de objetos, confesiones y ofrendas– en 1992 se observa, que son mayoritarias en el total de participantes (excepto en el caso de traer ofrendas). Sin embargo, la magnitud que alcanzan varía según el sexo y la relación de participación con San Cayetano: crecen considerablemente las mujeres que tocan respecto al resto de los participantes. La única excepción es la confesión, que tiene un peso homogéneo, con una tendencia leve a incrementarse entre las mujeres

que ven. Lo que varía es la antigüedad de su ejercicio: se confesaron hace más de dos años los hombres que ven, en tanto las mujeres que ven y que tocan lo hicieron más recientemente.

En 2001 se modifica el perfil practicante de los presentes. En primer lugar, si bien continúa siendo mayoritaria la observancia de preceptos religiosos entre los participantes, registramos en líneas generales una tendencia a homogeneizarse su intensidad: ya no son las mujeres que tocan las más practicantes, ahora son leves las diferencias entre los creyentes, hombres y mujeres de una u otra fila.

En segundo lugar, si bien se mantiene similar al '92 la magnitud de la asistencia habitual a ceremonias religiosas (con excepción de las mujeres que tocan en las que decrece) y el ejercicio de la confesión, se registra un significativo incremento en el número de participantes que bendice objetos, y realiza ofrendas en el proceso, en particular entre los asistentes que ven la imagen del santo.

En cuanto al grado de atribución de capacidades humanas al santo, se mantiene a lo largo de la década la creencia en que San Cayetano los ayuda y tiene poder de modificar su situación de vida en el plano laboral, familiar, de salud, o en general. En 1994, la mayoría de los participantes interrogados afirman que San Cayetano sabe que están en el santuario, los ve y los oye. Incluso que sabe en cuál fila se ubican y que siente sus manos cuando lo tocan, aunque en estas capacidades la intensidad decrece entre los que ven, dado que se proyecta en el santo lo recíproco de lo que el participante experimenta en su propia acción.

Ahora bien, si en 1994 registramos diferencias según el sexo y la relación de participación mágica con San Cayetano, localizando la menor intensidad de atribución entre los hombres que sólo ven su imagen, en 2001 se observa: 1) conservación o incremento del peso de algunos de estos indicadores, 2) una tendencia a la homogeneidad entre los participantes, registrándose en los hombres que ven –los que en 1994 atribuían capacidades humanas al santo en menor proporción– un incremento considerable. Incluso afirman que San Cayetano siente su mano cuando lo tocan, aún cuando no van

a tocarlo, con una intensidad similar a los devotos de la fila lenta. Encontramos como excepción a lo dicho, la mayor atribución a San Cayetano de saber en qué fila está el devoto, entre los hombres que tocan.

Por lo tanto nos preguntamos: ¿Qué procesos han producido esta modificación en la expresión del pensamiento realista de los devotos del santo en el transcurso de la década del noventa? ¿Cómo explicar la tendencia al incremento de los grados de sacralización de los procesos humanos, en particular en quienes se observaba un menor grado de manifestación de ese tipo de pensamiento? ¿Habrá variado de algún modo la composición social de los participantes entre 1992 y 2001?

CUADRO 2:

Evolución de la condición de actividad 1992/1994/2001 por universo, sexo y acción vinculante al santo.

Sexo y acción vinculante al santo/ Tasas de actividad y desocupación	Hombres que sólo ven (%)	Hombres que ven y tocan (%)	Total Hombres GBA (%)	Mujeres Que sólo ven (%)	Mujeres Que ven y tocan (%)	Total Mujeres GBA (%)
Tasa de actividad						
92	88,8	96,9	76,6	81,0	62,6	39,3
94	96,7	92,9	75,9	82,8	64,5	41,2
01	83,3	92,0	74,9	80,7	84,6	44,4
Tasa de desocupación						
92	5,4	12,6	6,8	17,0	17,7	6,3
94	3,4	15,4	11,5	16,7	5,0	15,5
01	5,0	4,3	19,7	14,3	9,1	18,5
Tasa de subocupación horaria						
92	3,6	4,2	4,9	17,0	19,3	11,4
94	6,9	19,2	6,8	8,3	24,9	15,5
01	---	4,3	12,8	9,5	13,6	22,5
TOTAL	24,2 (14.539)	10,3 (6.177)	100,0	42,7 (25.647)	19,7 (11.832)	100,0

Fuente: Relevamiento en la parroquia de San Cayetano años 1992/1994/2001.
Base: 364/120/102 casos.

Los devotos del santo, hombres y mujeres, son mayoritariamente personas económicamente activas, que han logrado o no, insertarse efectivamente en el mercado de trabajo del Área Metropolitana, donde residen. Superan ampliamente las tasas de actividad respectivas de hombres y mujeres de GBA tanto en 1992, 1994 como en 2001. Este hecho se enfatiza especialmente en el 2001.

Sin embargo, se produce un cambio sustancial en la relación con el mercado de trabajo de los participantes del proceso al final de la década del '90. En 1992 y 1994, cuando las tasas de desocupación y subocupación no habían todavía pegado el brutal salto que luego dieron entre 1994 y 1995, San Cayetano convocaba –no mayoritariamente pero sí en forma sustantiva– al

ejército de reserva . En 2001, cuando en GBA la reserva supera el 30% de la PEA, los participantes del proceso son centralmente activos ocupados, siendo las tasas de desocupación y subocupación horaria muy menores a las del Área Metropolitana.

En 1992, los “hombres que tocan” y las “mujeres en general” alimentan la presencia de la reserva en San Cayetano, en especial la desocupación. En 1994, nuevamente los “hombres que tocan” enfatizan la desocupación y subocupación, y las “mujeres que tocan” la subocupación. Las “mujeres que ven” registran porcentajes similares o algo menores a los del GBA en dichas tasas. Quienes se diferencian en la primera mitad de los noventa, son los “hombres que ven”, con una mayor proporción relativa de ocupados, y una menor proporción de desocupados, subocupados horarios e inactivos que el resto de los participantes. *Los “hombres que ven” muestran a principios de la década del noventa un perfil de inserción laboral diferencial respecto a “los hombres que tocan” y “ las mujeres en general”, en los que es significativa la situación laboral de expulsión y riesgo reproductivo.*

En el 2001, el incremento de la PEA en el proceso, desde siempre mayoritaria, lo aportan fundamentalmente las “mujeres que tocan”. Pero el hecho sustantivo es que *la reserva ahora menor en San Cayetano que en el Área Metropolitana, no presenta diferencias significativas entre “hombres y mujeres que ven y que tocan”*. A principios del nuevo milenio, son los trabajadores ocupados y ocupadas, los que se convocan en Liniers, enfatizando los modos de expresión del pensamiento realista mágico.

Los medios de comunicación reiteran cada 7 de agosto la presencia de 1.000.000 de personas en Liniers. El equipo de investigación ha desbaratado la ilusión del millón con el conteo permanente de asistentes durante más de 24 horas en ambas filas, obteniendo un total aproximado de 70.000 participantes, sin desmedro de la magnitud de la convocatoria. A pesar de haber sido advertidos por nosotros [ver *La Nación*, 14 de agosto de 1993, pág. 6; *Ámbito Financiero*, 1993, Página/12, 8 de agosto de 2000] año tras año, reiteran la “cifra mágica” contribuyendo a la mistificación del proceso. Del mismo modo han insistido, durante la década del noventa, en tomar al proceso como el

barómetro de la situación laboral en Argentina. Debemos reconocer que en algún modo, es cierto, pero no en el sentido que los medios han querido asignarle. La ecuación simplista propuesta "*A mayor desocupación en la Argentina: más desocupados en San Cayetano pidiendo trabajo*" habría que sustituirla por "*A mayor desocupación en la Argentina: más ocupados en San Cayetano pidiendo trabajo*".

Pareciera ser que la amenaza creciente de expulsión laboral, el riesgo concreto de reproducción de la identidad social y subjetiva, acentúa en los trabajadores las formas sacralizadas más primarias de su reflexión y el comportamiento. Desde el punto de vista sincrónico, localizamos en 1992 y 1994 relaciones de correspondencia entre los menores grados de pensamiento mágico y los menores niveles de riesgo reproductivo. Ahora, la mirada diacrónica nos reconfirma esta asociación. A principios del nuevo milenio, la amenaza extendida sobre la preservación social de miles de trabajadores parece realimentar la expresión mágico-religiosa de su conciencia.

La transformación de la identidad social y epistémica de los participantes en una década, también nos habla del carácter dinámico y no reificado de un proceso, que permanentemente renueva su convocatoria para alimentar las formas primarias del conocimiento de buena parte de la clase obrera en Argentina.

Bibliografía citada:

- Marx, Karl (1985). *El Capital*. México: Siglo XXI Editores.
- Piaget, Jean (1984). *El juicio moral en el niño*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- -----, (1984). *La representación del mundo en el niño*. Madrid: Ediciones Morata.
- Weber, Max (1984). *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

¿Empresas de trabajadores?

Julían Rebón

Introducción

El “autoempleo” ha sido una de las estrategias laborales instrumentalizadas por los trabajadores ante la inédita magnitud y extensión del desempleo que conformó la reestructuración capitalista de los ‘90. Al interior y en los márgenes del reservorio de fuerza de trabajo, distintas fracciones de trabajadores intentaron avanzar en la obtención de condiciones de vida por sus propios medios.

La recuperación de empresas es una de las estrategias emergentes. Con esta conceptualización se ha denominado a un conjunto heterogéneo de procesos, en los cuales empresas en crisis son puestas a producir por sus trabajadores. Desde fines de la década pasada, y con particular intensidad a partir de 2001, miles de asalariados en todo el país se han hecho cargo de empresas con procesos de quiebra, cierre y/o importantes incumplimientos del contrato salarial con sus trabajadores. Si bien este proceso no es plenamente original en la historia de la clase obrera, nunca antes en el país había alcanzado tal desarrollo.

En estas páginas pretendemos presentar algunas reflexiones con base en los primeros avances de un proyecto de investigación sobre empresas recuperadas en el ámbito de la Ciudad de Buenos Aires. Nos referimos al proyecto UBACYT “Sociogénesis y desarrollo del proceso de recuperación de empresas por los trabajadores” que se realiza en el marco del Programa de Investigación sobre Cambio Social (PICASO) del Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires. Además del autor de este artículo, participan en el mismo: Caruso, Leandro; Abduca, Leila, Antón, Gustavo; Saavedra, Ignacio; Cresto, Jorge, Ithurburu, Julio; Bernasconi, Laura; y Salgado, Rodrigo.

Génesis y desarrollo

La crisis económica registrada desde fines de los ‘90, y profundizada a partir de 2001, constituyó un proceso de abandono parcial de la dirección capitalista de la producción, expresado en quiebras, cierres y otras

modalidades. Este proceso potenció la subutilización de la fuerza de trabajo preexistente y su pauperización. En paralelo, se expresó una crisis de legitimidad del comando capitalista de la sociedad en su conjunto.

En este marco se abrió un nuevo ciclo de luchas sociales, grupos de diferente identidad y localización en la estructura social pusieron en crisis los disciplinamientos sociales y sus obediencias anticipadas; en su punto más alto, se desencadenó un embrionario proceso de autonomización. En el territorio estudiado, la autonomización se expresa en un heterogéneo proceso de avance sobre la dirección de la producción por parte de algunos trabajadores. Precisamente, el punto de partida estructurante de las recuperaciones lo encontramos en la crisis del comando capitalista en el ámbito de la producción, resultante del incumplimiento de las relaciones salariales y su retiro de la producción.

Estos trabajadores poseen una serie de atributos que potencian su participación en la recuperación: ser asalariados en "blanco" y con antigüedad en la empresa, insertos en su mayoría en puestos de baja calificación y con niveles relativamente elevados de experiencia previa en organizaciones sociales y reclamos colectivos. Con respecto a la experiencia organizativa, debemos señalar que el proceso instrumentaliza una cultura anclada en la rica historia de la clase obrera, tanto en función de la lucha por la recuperación como en la gestión de la producción. No obstante, este conjunto de atributos no tiene por sí mismo capacidad de explicar el proceso.

La "recuperación" como determinación no nace espontáneamente de los trabajadores de cada empresa, sino de la articulación de estos con "otros". En nuestra hipótesis, el rol de los promotores es central, ya que de ellos proviene buena parte de los recursos intelectuales, morales y materiales que viabilizan la "recuperación". El proceso no tuvo un carácter espontáneo, ni se redujo a una inducción centralizada; emergió de forma "semi-espontánea". La pérdida del puesto de trabajo, en un contexto de virtual desaparición de la indemnización e imposibilidad de conseguir otro empleo, era vivida como una realidad injusta y catastrófica por el colectivo laboral. Pero esta percepción colectiva requería de la demostración de que era posible constituir una

alternativa ante el destino que se presentaba como ineluctable. Esta será la tarea central de los diversos destacamentos de "promotores". Este rol lo cumplen los movimientos de empresas recuperadas, y en ocasiones sindicatos o partidos de izquierda.

En este contexto de crisis, fracciones de diversas orientaciones de la clase política y del ámbito estatal local van a mostrarse tolerantes ante las recuperaciones y propensas a su apoyo. Además, la protesta social y el proceso de autonomización van a proveer a los trabajadores de otros aliados, como las asambleas vecinales, grupos universitarios y piqueteros, entre otros.

De este modo, se conforma una incipiente y original fuerza social que logra la obtención de cobertura legal provisoria. Así, la mayoría de las empresas en el ámbito de la Ciudad, conformadas como cooperativas de trabajo, obtienen una tenencia colectiva privada de la unidad productiva, ya sea bajo un arreglo judicial o bajo la forma de salida política con las denominadas expropiaciones temporales. Esta tenencia opera como una forma social de transición que permite soslayar la discusión acerca de la propiedad privada.

Por otra parte, esta fuerza social constituye condiciones para el inicio de la producción, las cuales van a ser potenciadas por el contexto en el cual toman lugar: el fin de la Convertibilidad y la posterior recuperación de la producción industrial tienden a convertir en rentable la producción. Además, la recuperación potencia su viabilidad al disminuir o desaparecer una serie de costos (financiero, empresarial, impositivo, laboral indirecto, etc.) y al tener como fin ya no la maximización de la ganancia, sino la obtención de condiciones de vida para sus asociados.

De esta manera, se avanza sobre los espacios abandonados por la dirección capitalista de la producción, iniciando su reemplazo parcial e incipiente.

¿Nueva forma socioproductiva?

Más allá de las particularidades que asume el proceso en cada caso, podemos registrar una diferencia central entre las "recuperadas" y las

empresas a las que estas suceden: su carácter social es no capitalista. El consumo productivo de fuerza de trabajo asalariado al interior de la unidad productiva no es lo dominante. Por otra parte, la función de dirección pasa de estar en manos del capital a ser personificada por los trabajadores. Se registra un heterogéneo proceso de igualación tanto en la toma de decisiones como en el reparto de los ingresos de la empresa. Menores son los cambios en cuanto a otras condiciones de trabajo, tales como la división de tareas o las formas de asegurar el cumplimiento laboral. Asimismo, el objetivo de estas unidades productivas sigue siendo vender mercancías, no cuestionándose el carácter capitalista a nivel social.

En sus formas de ampliación encontramos ejemplificaciones de las tensiones que enfrentan estas unidades. Con relación a la incorporación de nuevos trabajadores, se encuentra en tensión la idea de su integración como socios de las cooperativas en condiciones de igualdad, con la idea de incorporarlos como asalariados o socios con menores derechos o retribuciones. Además, en el criterio de selección de los nuevos trabajadores predominan formas corporativas: los familiares de los socios y los ex trabajadores de las empresas son los sujetos preferidos. No obstante, en ocasiones se intenta trascender su carácter de emprendimiento privado articulándose con la comunidad en diversos proyectos como centros culturales y educativos, donaciones, entre otros.

Por otra parte, la embrionaria autonomía obtenida por los trabajadores, la ampliación de sus grados de libertad, requiere del desarrollo en correspondencia de relaciones de cooperación capaces de articularlos, conformando una nueva heteronomía más democrática. En este camino se enfrentan, por una parte, con el riesgo de la anomia si no logran constituir relaciones de cooperación y, por la otra, con la posibilidad de que la débil autonomía constituida sea expropiada, dando lugar a nuevas sumisiones si se recurre a las viejas formas de regulación.

Perspectivas

La recuperación representa para este conjunto de asalariados estables "inestabilizados" una salida laboral relativamente sostenible, que les permite

defender su identidad laboral, aunque para ello alteren su condición asalariada. A diferencia de otras modalidades de autoempleo, la “recuperación” posee la ventaja de la mejor capacitación de sus trabajadores en las tareas requeridas y la mayor facilidad para funcionar al preexistir, al menos parcialmente, el obrero social, las redes de comercialización y los activos productivos de la empresa fallida. En este sentido, la mortandad de estas empresas pareciera ser menor a la de otros emprendimientos de autoempleo (Sancha: 2001). No obstante, tienen no pocos problemas para su funcionamiento, algunos propios de las Pymes, en general, y otros de las recuperadas, en particular. Entre las principales restricciones externas podemos señalar los problemas de abastecimiento y financiamiento. Entre las internas, las condiciones tecnológicas heredadas de la empresa fallida y el desafío de la gestión por los trabajadores (Secretaría de desarrollo Económico GCBA: 2003). Entre estos últimos se destacan los problemas de disciplina laboral y la falta de personal capacitado en áreas de administración y ventas.

A pesar del bajo impacto en la producción total del país, el proceso ha constituido y difundido una estrategia que potencialmente puede ser utilizada, como realidad o amenaza, por distintas fracciones de trabajadores en el presente y en el futuro. En la actualidad, el cierre, al menos provisoriamente, del marco de depresión económica y crisis política nos plantea interrogantes acerca de su desarrollo futuro. Esta nueva etapa es también la de la recuperación de la rentabilidad capitalista de la producción, lo que antes se abandonaba ahora empieza a ser deseado ¿Hemos alcanzado entonces la saturación del proceso? Nuevas recuperaciones, aunque sin el mismo ritmo, avanzan en diferentes unidades productivas. No obstante, enfrentan obstáculos como la mayor facilidad para obtener otro trabajo por parte de los asalariados, la pérdida de peso o “cambios” en antiguos aliados ante el nuevo contexto, así como la aparición de nuevos capitalistas dispuestos a “recuperar la empresa”. En este último sentido, se incrementa el riesgo de que distintos capitalistas intenten “recuperar” empresas recuperadas.

En suma, la crisis capitalista ha generado una respuesta no capitalista, al menos en lo inmediato, personificada por los trabajadores. En este proceso

constituyen nuevos grados de unidad al interior de los trabajadores y embrionariamente conforman una fuerza social que permite el avance sobre la producción. Sin embargo, esta fuerza no logra articularse y reproducirse con la misma capacidad en el tiempo. Enfrenta el riesgo de la disgregación una vez que cada empresa resuelve sus necesidades más urgentes y, en paralelo, la construcción de nuevas diferenciaciones en el seno de la clase. Si bien logra construir precondiciones para la producción, ésta prácticamente asume un carácter particular limitado a cada empresa, y no el de una fuerza social articulada productivamente. Así las empresas aisladas, esta vez de la mano de los trabajadores, vuelven a la competencia en el mercado, el cual una vez ya las puso en jaque. Cada cual empieza a seguir su camino ¿Qué condiciones hay para que sobrevivan? ¿En qué medida no lo harán a costa de sacrificar lo mejor de sus innovaciones? En esta última perspectiva, la autoexplotación, la burocratización, la explotación a otros trabajadores o el sometimiento a un capitalista en el ámbito de la circulación; son algunos de los riesgos latentes y en ocasiones manifiestos con los cuales se encuentra el proceso.

Bibliografía citada:

Marx, Karl. (1998). *El Capital*. México: Siglo XXI Editores.

Piaget, Jean. (1988). *La explicación en sociología*. España: Planeta-Agostini.

Rebón, J., Antón, G., Salgado, R., y Cresto, J. (2003, diciembre 10-12). *De nuevo en casa. Los trabajadores avanzando sobre la producción*. En III Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata.

Sancha, José F. (2001). Recuperación de fuentes de trabajo a partir de la autogestión de los trabajadores. *Revista Desarrollo Económico*, 183.

Secretaría de Desarrollo Económico. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (2003). *Empresas recuperadas. Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

En la vereda

María Vega Martínez, Carla Bertotti y Verónica Mundt

El huevo de la serpiente

La complejidad de la crisis y los nuevos modos y formas que van tomando los movimientos sociales, luego del desmoronamiento del gobierno de la Alianza, el 20 de Diciembre del 2001, va pautando una realidad que emerge con particularidades propias.

Entre la multiplicidad de nuevas configuraciones sociales que se fueron produciendo en la Argentina a partir de esta crisis, nos propusimos avanzar en el análisis relativo al proceso de conformación y desarrollo de una configuración social particular, de magnitudes cuantitativas y cualitativas de importancia como lo son esos trabajadores –que transitan las calles de Buenos Aires, cuando declina el día– llamados comúnmente *cartoneros*.

Estos trabajadores se constituyen transformando las viejas modalidades –de selección y de recolección deshechos de vidrios, latas y cartones– en una nueva estrategia laboral que requiere de organizaciones múltiples y la construcción de una red de relaciones sociales sólidas, que permita la formación de un espacio social nuevo. Dicho espacio se abre en el ámbito social, reorganizando el sistema de representaciones y el campo simbólico. Pero al mismo tiempo, se materializa como territorio geográfico *en el recorrido y apropiación que hacen de la vereda*. La vereda, aparece entonces, como el lugar tangible de su territorio social y laboral. La propuesta de trabajo que iniciamos, basa sus puntos de partida en este conjunto de presupuestos, que presentamos.

A lo largo de la década de los noventa la precariedad del trabajo y la desocupación creciente sumada a las cambiantes reglas de juego del mercado laboral, implicaron el deterioro de las condiciones sociales y un marcado proceso de descomposición de las relaciones desarrolladas en función del trabajo asalariado estable.

La evolución acelerada de los procesos de desigualdad produjo un incremento en los esfuerzos económicos/ productivos de los trabajadores –

incremento de la tasa de plusvalía absoluta y de la relativa– pertenecientes a los sectores más vulnerables (fracciones sociales de medios y bajos ingresos), que pese al mayor esfuerzo económico, presentan hacia el año 2000 una correlación negativa respecto al crecimiento sobre el consumo *per capita* que registró el INDEC al inicio de la década anterior.

Este desequilibrio generado en los sectores urbanos más desposeídos, basado en: mayor esfuerzo económico individual tanto para el ámbito del mercado como para el ámbito doméstico, y a la vez, menor capacidad para articular funciones solidarias de reproducción, protección y formación, debido a los ingresos insuficientes al interior de los hogares, se plantea como necesario el desarrollo de una amplia gama de nuevas estrategias individuales y/o familiares de supervivencia. Necesidad que se intensifica en el caso de los estratos más desfavorecidos. [Ver al respecto, las publicaciones periódicas del INDEC/EPH, como así también "*Laboratorio*. Informe de coyuntura laboral", que publica el equipo de investigaciones laborales del Instituto Gino Germani.]

La huella mnémica

En la complejidad de los procesos desarrollados en diciembre, *los cartoneros*, que ya transitaban las calles por las tardes de Bs. As., desde los finales de los noventa y que poco a poco se habían constituido en parte del paisaje urbano para los porteños, se hacen presente en la vida social de la ciudad con sus necesidades y demandas económicas: frente a la falta de dinero circulante, debido a las disposiciones de bancarización obligatoria y la implementación del corralito; ellos, –los que en su selección/recolección diaria se constituían en los artífices de la economía del "chiquitaje" magra e informal–, encontraban un límite a sus negocios... no había monedas... no había billetes. No había intercambio posible. Había que abrir cuentas bancarias... manejarse con cheques... hacer depósitos, acreditar y debitar dineros... monedas. No solo había que aprender los códigos, los modos de hacer de un mundo, que en la gran mayoría de los casos les era ajeno, sino que también había que aprender a escribir, a leer bien, a entender lo que está

escrito. Había que vestirse con el decoro propio de los que entran a los bancos, había que disponerse libre en los horarios acostumbrados de la *city* para darle existencia a los dineros diarios, producidos en la recolección y venta a los acopiadores.

En diciembre del 2001, la conformación de esta organización de trabajadores, que se había instalado silenciosa al borde de los andenes y que a fuerza de aparecer, crecer y crecer, había logrado (no sin confrontaciones con los "otros usuarios" y la gerencia de TBA) la programación de un tren –solo– para ellos: "*el tren blanco*" que corría entre las siete de la tarde y las doce de noche –ida y vuelta– de las terminales de Retiro a José León Suárez.

El cambio en el diagrama diario de los trenes de la zona norte y la programación del tren especial no solo fue una "conquista" de esta nueva configuración de trabajadores. La disposición de la existencia de dicho tren se debe también a las protestas crecientes de los usuarios de una de las zonas más ricas de la ciudad, que paulatinamente se vieron obligados a compartir con el "pobrerío" sus medios de transporte. [Posteriormente (2001-2002), las otras líneas de trenes suburbanos, fueron programando trenes especiales destinados al transporte de cartoneros.]

Esta nueva forma de *actividad laboral* supone modalidades articuladas de trabajo familiar, donde los mayores, como portadores de las tradiciones del trabajo disciplinado y preparado para la producción, se complementan con las diversas modalidades de trabajo infantil en la constitución de estas nuevas formas que pueblan y saturan el desarrollo de los sectores informales.

La espina dorsal

En esta aproximación a sus procesos de constitución, intentamos dilucidar cómo sus modos de organización y desarrollo a partir de los finales del año 2001 conforman un espacio urbano propio, que como una nueva realidad, contiene a todos *los procesos de constitución de un nuevo ámbito laboral y la construcción de un nuevo territorio social*.

En este sentido, la decisión de tomar como punto de partida los complejos procesos políticos y sociales de diciembre, no es una elección

arbitraria. Nuestro recorte temporal se basa sustancialmente en la metamorfosis palpable que fue sufriendo la fisonomía urbana a partir de las primeras medidas económicas enunciadas por el gobierno de la Alianza a inicios del último mes del año del 2001.

Para focalizar nuestro trabajo, hemos avanzado en una construcción analítica que se constituye en tres dimensiones de la realidad: la primera nos remite a la *institución de lo histórico-social* (nivel macro de articulación entre los modos relacionales del "Estado" en plena reforma y redefinición de sus funciones y las "organizaciones de la sociedad" que –depositarias de la crisis– necesitan redefinir sus interacciones).

La segunda dimensión, nos aproxima a las *modalidades relacionales* que deben reconfigurarse en el seno de las organizaciones sociales existentes, implicando también sus capacidades de adaptación, transformación y hasta la invención de comportamientos nuevos, tanto en la aceptación como en el rechazo de las composiciones sociales resultantes.

Por último, la tercera dimensión nos remite a la conformación y desarrollo de *los cartoneros* en sí, en tanto proceso social y "cosa", no ya como entidad separada, distinta, determinada y dominante –como fetichismo de la realidad–, sino como síntesis, como "cosa" co-originaria de la institución de esa forma de hacer-representar/decir que desarrollan en su existencia. Cartoneros, se presenta así, como este magma particular, cuya materialidad son sus múltiples acciones individuales y sociales y el flujo de sus representaciones –en el sentido de la perspectiva socio/genética–.

En la articulación de estas tres dimensiones, buscamos concentrarnos en hacer inteligibles la especificidad creciente de esta nueva constitución, sus estrategias relacionales y su composición de resistencia para la ocupación y desarrollo de territorios sociales, intercambiando y organizando en los acuerdos como en la confrontación, una recomposición laboral/social de configuraciones originales.

Desde estos lineamientos argumentativos, encaramos la problemática planteada desde dos niveles de análisis que se superponen y se implican: el primer nivel de análisis está relacionado con la *génesis* de este surgimiento en

sí, como resultante de múltiples procesos económicos, políticos y sociales que convergen en un basamento estructural que viabiliza las condiciones de su existencia. En este sentido, "basamento estructural" no debe remitirnos a la noción de algo rígido, estático e inmóvil. El concepto será considerado aquí, como una combinatoria de *límites* de posibilidades y *transformaciones* posibles al mismo tiempo, que de acuerdo al curso de un determinado período de tiempo social, habilita para el cambio. El segundo nivel de análisis, está relacionado con el *desarrollo* de los modos relacionales y la organización que les son propios.

En la experiencia cotidiana de esta forma de *hacer* –en tanto *dar existencia como... a partir de... de manera adecuada a... con vistas a...* también incluimos en la acepción, significaciones tales como reunir-adaptar-fabricar-construir que nos remiten al término griego *teukhein*, del cual deriva "techné": técnica y todas sus derivaciones– se constituyen y se instituyen formas sociales, que por su modo de articulación e interacción, revelan una complejidad de dispositivos singulares, tanto para la configuración objetiva de la realidad, como para las configuraciones subjetivas que la componen.

Los instrumentos de disección

Desde nuestra perspectiva teórico-metodológica, la delimitación del campo de trabajo, estuvo dado por las formas que adopta el desplazamiento de los cartoneros en la Ciudad de Bs. As. La modalidad del traslado de lo recolectado durante el día de trabajo por el grupo familiar, nos permitió hacer una primera gran división de la ciudad en dos zonas bien diferenciadas. La zona norte, a lo largo del tendido de las vías de los diferentes ramales metropolitanos, cuyo límite está demarcado por la Avenida Rivadavia y la zona sur a la que llegan los grupos recolectores realizando sus traslados en camiones por la Avenida 9 de Julio, desde el centro hacia Constitución.

Las decisiones metodológicas y las herramientas utilizadas –tanto para las indagaciones cuantitativas, como para las de tipo cualitativas– en la selección y construcción de observables para el abordaje de investigación,

fueron resultado de consideraciones colectivas y de acuerdos previos, durante el transcurso de la investigación.

Nuestro trabajo –exploratorio y descriptivo– buscó acercarse a las principales características de este fenómeno absolutamente novedoso y masivo que es el cartoneo. La descripción se apoya en un análisis socio-demográfico de los encuestados, todos ellos comprometidos con esta nueva forma de *hacer*, y en su historia laboral previa, que permite visualizar rasgos de suma importancia a la hora de establecer algunas tendencias dentro del mercado laboral para estos sectores de trabajadores precarios.

En la primera etapa del trabajo de campo se realizó una encuesta en las dos zonas antes mencionadas, estableciendo cuotas en función del sexo y la edad de estos trabajadores. Posteriormente, complementando en trabajo anterior, se realizaron visitas de observación y entrevistas a diferentes acopiadores, vecinos y comerciantes, las cuales permitieron una aproximación cualitativa al ámbito relacional del proceso de constitución.

Conclusiones

En este primer acercamiento a la novedosa y, sin embargo, ya naturalizada actividad del cartoneo, emerge con una visibilidad material cómo, en los procesos de exclusión de determinadas fracciones sociales, se producen *rupturas* fundamentales que hacen a los lazos del amparo social. La primera ruptura se produce en relación al trabajo formal, la segunda ruptura está en relación a la pérdida de la inserción relacional y, la tercera, en relación a la fractura y debilitamiento de los eslabones que contienen lo social. Estas rupturas se hacen presentes en las trayectorias individuales, producto de prolongados procesos de descalificación y des-socialización, con lógicas ausencias en el desarrollo de capacidades y aptitudes requeridas para los ámbitos del trabajo formal (el 24,7% de los encuestados no tuvo ninguna inserción laboral previa, mientras que una gran proporción de los restantes tuvo trabajos precarios).

Sin embargo, y a pesar de todos estos quiebres, lo aprehendido en las inserciones laborales previas, ya sea propias o de los mayores del grupo, está

presente y moldea ciertos modos que asume el cartoneo. En este sentido por ejemplo, el disciplinamiento es férreo tanto en el recorrido como en el horario (todos los encuestados sin excepción afirmaron que sus zonas de recolección y horarios son siempre los mismos).

En esta nueva actividad se construyen *nuevas formas relacionales* orientadas a reconstituir los lazos perdidos. En la medida que esta actividad desarrolla estrategias diferentes, los lazos a la vez que se reconstituyen, se construyen institucionalizando modos relacionales nuevos y propios del cartoneo.

Las modificaciones en el mundo del trabajo, no sólo producen una reconfiguración a nivel macro de los actores sociales que intervienen en el mercado laboral y su forma de representación, reconfigurando los sistemas de representaciones sobre los que se asientan, sino que a nivel micro se desdibujan las *identidades* construidas a partir de sus inserciones laborales previas.

Todos los entrevistados manifiestan una imposibilidad para definir la actividad que desarrollan como un trabajo y la característica constante que emerge en sus discursos es la de la "transitoriedad". No pueden autorreferenciarse como "cartoneros".

Es interesante remarcar que aun cuando los sujetos de la actividad no han logrado hacerla sustantiva en el lenguaje ("cartoneros" es una designación construida desde el discurso del gobierno de la ciudad) con el que se enuncian, ellos dicen: "...soy albañil, ... ahora cartoneo", el proceso del trabajo que realizan va creándoles la necesidad de darse un lugar sustantivo tanto laboral como socialmente. Ahora bien, ¿qué son socialmente estos trabajadores, que han constituido territorio de desplazamiento y que desarrollan su actividad con una disciplina rigurosa, pero que no pueden considerarla como un trabajo y no pueden incluso designarse a sí mismos con una palabra que vuelva sustantivo el trabajo que realizan?

Este trabajo, como avance de una investigación de mayor envergadura desarrollada en el Taller del área de Conflicto y Cambio Social de la carrera de

Sociología, es sólo una aproximación a la problemática que se nos presenta. Los interrogantes están abiertos.

Bibliografía

Anguita, Eduardo (2003). *Cartoneros. Recuperadores de desechos y causas perdidas*. Buenos Aires: Editorial Norma.

Aulagnier, Piera. (1998) *Los destinos del placer. Alienación, Amor, Pasión*. Buenos Aires: Paidós

Bauman, Zygmunt. (2000). *La globalización. Consecuencias humanas*, Cáp. III, *Después del Estado nacional... ¿Qué?*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Zygmunt (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Cáp. 1, *El significado del trabajo: presentación de la ética del trabajo*; Cáp. 2, *De la ética del trabajo a la estética del consumo*. Barcelona: Gedisa.

Bresser Pereira, Luiz Carlos (1992). *Ciclos de intervención estatal, trabajo* escrito para el proyecto "Liberalización económica y democratización política", auspiciado por el Social Science Research Council.

Basualdo, Eduardo (2001). *Modelo de acumulación y sistema político en la Argentina. Notas sobre el transformismo argentino durante la valorización financiera (1976 – 2001)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, FLACSO, IDEP.

Castel, Robert. *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*. Buenos Aires: Paidós.

Castel, Robert (1986). *De la peligrosidad al riesgo*. Materiales de Sociología. Madrid: Editorial Piqueta.

Castel, Robert (1995). De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso *Revista Archipiélago* / 21.

Castoriadis, Cornelius (1999). *La institución Imaginaria de la sociedad Vol. II*. Buenos Aires: Tusquets.

De Marinis, Pablo (1999) Gobierno, Gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (O: un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo). En García Selgas, F. y Ramos Torres, R. (comp.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Gorz, André (2000). *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Buenos Aires: Paidós.

Hobsbawn, Eric: "Historia del siglo XX", Cáp. XIV, *Las décadas de crisis*; Cáp. XV, *El tercer mundo y la revolución*; Cáp. XVI, *El final del socialismo*; Cáp. XIX, *El fin del milenio*. Editorial Crítica, Buenos Aires, 1995.

Iñigo Carreras, Nicolás (2002). *La rebelión: de la revuelta del hambre a la insurrección espontánea*, inédito.

Laplanche, Jean y Pontalis, Jean Bertrand (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Minujin, Alberto: *En la rodada*, en "Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina", UNICEF / LOSADA, s / f.

Murmis, Miguel y Feldman, Silvio: *La heterogeneidad social de las pobrezas*, en "Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina", UNICEF / LOSADA, s / f.

Orlansky, Dora (1994). Crisis y transformación del Estado en la Argentina (1960 – 1993). *Revista Ciclos*, Año IV, N° 7.

Rosanvallon, Pierre. (1995). *La nueva cuestión social. Repensar el Estado Providencia*. Buenos Aires: Manantial

Rose, Nicolás. (1997). El gobierno de las democracias liberales «avanzadas»: del liberalismo al neoliberalismo. *Revista Archipiélago*, 29.

Rose, Nikolas y Miller, Peter. (1992) Political power beyond the State: problematics of government. *British Journal of Sociology*, (43), 2.

Sennett, Richard. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Villarreal, Juan. (1997). *La Exclusión Social*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.

Wacquant, Loïc. (2001). Los parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio. Buenos Aires: Manantial.

Wieviorka, Michel (1992). *El espacio del racismo*. Buenos Aires: Paidós.

Nuevos emprendimientos socioproductivos ante la crisis. Una mirada desde el agro

Pablo Barbeta*

Las reformas económicas aplicadas durante la década de 1990 (apertura económica, privatizaciones, convertibilidad) significaron el paso final para la desarticulación de un régimen de acumulación que, en lo económico, se sustentaba en el modelo de “industrialización por sustitución de importaciones” (ISI) y que en términos relativos era “social y sectorialmente articulado” (Teubal; 1994). Los altos índices de pobreza e indigencia, las elevadas tasas de desocupación, la desaparición de pequeños y medianos productores agropecuarios, entre otros factores marcan el advenimiento de un régimen de acumulación social y sectorialmente desarticulado. Preguntarnos acerca de las iniciativas socio-productivas que desarrollan los actores en el ámbito rural para enfrentar esos procesos supone, por un lado, situarnos dentro de una postura epistemológica en la cual los actores sociales no son meros receptores pasivos de los cambios estructurales arriba presentados y que –si bien existen restricciones para la acción– pueden ser pensados como participantes activos que procesan la información y desarrollan estrategias tendientes a producir y transformar sus propias circunstancias (Giddens; 1997).

Por otro lado, preguntarnos si las estrategias desarrolladas actualmente tienen un carácter “novedoso”, supone remitirnos a experiencias pasadas con el objetivo de evaluar continuidades o rupturas con éstas. Por este motivo, el primer apartado se basará sobre aquellas estrategias desarrolladas por los actores durante el modelo de acumulación social y sectorialmente articulado para luego remitirnos a las desarrollos pos-ajuste.

Experiencias organizativas durante el ISI

Durante el ISI, el Estado fue el encargado de consolidar el desarrollo de la economía en su conjunto a través de medidas proteccionistas y políticas promocionales de la actividad productiva (Azpiazu D.; Basualdo, E.M., Khavisse M.;1989). Durante esta etapa, los procesos del mercado y del

Estado, lejos de ser antitéticos, eran complementarios, configurando lo que Teubal (1994) denomina un “modelo articulado”.

El Estado cumplía un importante papel en la expansión de la sociedad civil, que variaba desde la emergencia y fortalecimiento de las organizaciones de trabajadores hasta la influencia sobre ciertos dominios “privados” como la escuela, la familia y el lugar de trabajo. Si bien la participación popular era balanceada y compensada por la imposición del control estatal, la política era considerada como el canal de expresión de las demandas sociales.

En este escenario, rescatamos la importancia que suponía el proceso de institucionalización social desde la política, a través de canales cuasi-corporativos entrelazados con organizaciones públicas, asociaciones profesionales y sindicatos. En este sentido, el Estado cumplió un importante papel en la creación de dos importantes asociaciones gremiales a fines de la década de 1940: la Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE) y la Federación de Obreros de Industria Azucarera Tucumana (FOTIA). Del mismo modo, con motivo del cierre de once ingenios azucareros entre los años 1964-1967, se crea, en este último año, la Cooperativa Trabajadores Unidos de Trabajo Agropecuario Ltda. (CTU) de Campo de Herrera en la provincia de Tucumán. Esta experiencia fue el producto de una acción colectiva intersectorial, cuyos principales actores fueron: el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), la Secretaría de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad –Gobierno Provincial–, Sacerdotes de Famaillá y los principales protagonistas: 118 trabajadores despedidos del ingenio azucarero Bella Vista, quienes con la indemnización y un crédito bancario adquirieron 2.000 ha y conforman la CTU.

En 1947 se había creado la Federación Argentina de Cooperativas Agrarias (FACA), movimiento cooperativo dependiente de la Federación Agraria Argentina (FAA), representante de pequeños y medianos productores agropecuarios. El objetivo principal de FACA suponía el desarrollo de acciones tendientes al mejoramiento de las condiciones para la comercialización de las cosechas y la integración agroindustrial por medio de la creación de agroindustrias, sobre todo de oleaginosas. FACA se convirtió así en una

herramienta para superar los problemas de escasez de recursos y de aislamiento y pudo lograr un mejor posicionamiento de los productores en el sistema agroindustrial.

En el contexto de estas experiencias organizativas, el mercado laboral se configuraba como el escenario activo en donde se posicionaban los grupos sociales, permitiéndoles el acceso a las políticas sociales estatales. Así en el caso de los sindicatos, la articulación del mercado laboral y de la política, a través de la satisfacción de demandas y la instrumentación de políticas sociales universalistas, implicó la referencia al Estado como garante, no sólo del modelo en su conjunto sino también como la expresión política a favor de la protección social.

Crisis y transformaciones. Las respuestas de los actores

El fin de este modelo de crecimiento sustitutivo en lo económico y distribucionista e integrador en lo social y político, sufre un quiebre a partir de mediados de la década del setenta, en primer lugar, con las medidas económicas impuestas en 1975 desde el Ministerio de Economía comandado por Celestino Rodrigo. Posteriormente, las bases para la redefinición del modelo de acumulación fueron implantadas por la dictadura militar a partir de 1976, imponiendo un nuevo comportamiento económico y social basado en la valorización financiera (Basualdo; 2001). Para ello fue necesario la implementación de un vasto proceso de reformas que introdujo profundos cambios económicos y sociales, impactando tanto sobre la estructura económica, el orden social como sobre el rol y las funciones del Estado. En el plano político, estas reformas pusieron en jaque la función integradora del Estado y de la política, perdiendo ésta última su centralidad como instancia unificadora de la vida social (Lechner, 1996).

Luego de la apertura democrática, el modelo de acumulación basado en la valorización financiera se sustentó en lo político en un modelo de dominación basado en el transformismo argentino (Basualdo; 2001). De aquí que haya sido posible en la década del 90 la instauración del Plan de Convertibilidad y la implementación de medidas de desregulación del sector

(disolución de mercados de concentración, de organismos de fiscalización y regulación de productos regionales, se eliminó el sistema de precios sostén, entre otras medidas), la apertura al exterior de la economía y las privatizaciones.

En el sector agropecuario estas medidas favorecieron a las grandes empresas de semillas y agroquímicos, profundizando la agroindustrialización, es decir, el incremento de los procesos de transformación, procesamiento, almacenamiento y comercialización de la producción agraria y la industrialización de la agricultura o, en otras palabras, el uso creciente de bienes de origen industrial, de insumos industriales y de servicios técnicos (Piñeiro; 1995). Además, "influyeron significativamente sobre las tendencias y la variabilidad de la actividad agropecuaria, sobre los precios de su producción y de sus insumos, el acceso al crédito, la rentabilidad general de la actividad agropecuaria y fundamentalmente, sobre las condiciones de vida de estos grupos [pequeños y medianos productores] mayoritarios del sector agropecuario" (Teubal y Rodríguez; 2000: 73).

Como consecuencia de la aplicación de medidas de apertura externa y desregulación durante la década del noventa se evidenciaron las siguientes transformaciones: a) una disminución en el número de explotaciones y un aumento en su tamaño medio, ya que los datos provisionales del último Censo Nacional Agropecuario de 2002 muestran una disminución del 24,5% en el total de explotaciones en relación con 1988. Además, si se tiene en cuenta que la superficie total de las explotaciones registra una variación de apenas 3,4% en el mismo período intercensal, puede observarse el proceso de concentración operado y el incremento del tamaño medio promedio de las explotaciones agropecuarias; b) la pérdida de rentabilidad en las unidades de menor escala y la constitución de nuevos umbrales de sostenibilidad (Teubal y Rodríguez, 2001); c) una intensificación de la capitalización en los procesos productivos. También merecen destacarse el incremento de los niveles de endeudamiento (Teubal y Rodríguez, op. cit.) y el aumento del empleo no agrario entre los productores y sus familias y d) una disminución del empleo rural. La respuesta del Estado para atemperar los costos del ajuste fue la

implementación de programas estatales –Cambio Rural y el Programa Social Agropecuario–, los cuales incluyen entre sus objetivos lograr una mayor escala a través de la promoción de formas asociativas.

Por otra parte, aumentaron los márgenes entre precios mayoristas y minoristas reflejando la creciente incidencia del supermercadismo en el país (Teubal y Rodríguez, 2002). La persistencia de precios más altos que aquellos que corresponderían en función de los aumentos de productividad registrados, contribuyó a que vastos sectores sociales redujeran sus consumos alimentarios, cuya expresión más visible son los altos índices de pobreza e indigencia. Situación, por cierto, que alcanzó a poblaciones tanto rurales como urbanas.

Durante la década de los noventa, las acciones colectivas de protesta llevadas a cabo por desocupados, trabajadores estatales, docentes y maestros, campesinos y medianos productores, indígenas, entre muchos otros, se fueron intensificando a medida que las consecuencias del modelo económico se pusieron de manifiesto. Reclamaban mayormente la acción del Estado como algo exterior al modelo económico vigente y *a posteriori*, cuando algo había “fallado”. Denunciaban, en términos generales, un orden social percibido como opresivo, excluyente e injusto. Si bien, estas protestas buscaban transformar e instituir nuevas configuraciones en el orden de lo social, el Estado, una y otra vez, tuvo la capacidad de regular el conflicto dentro del espacio institucional dado, y por lo tanto, de restituir el orden. Sin embargo, la intensificación de la desigualdad social, unida a un incremento de la pobreza y de la polarización social, y la degradación de la educación y de los servicios de salud, diluyeron, paulatinamente, la capacidad del Estado para articular los intereses y demandas de los distintos grupos sociales. Esta situación, sumada a una fuerte crisis de representación, se plasmaron en el acontecimiento del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Ante el fracaso de las intervenciones de un Estado sobre exigido, muchas organizaciones que ganaron el espacio público reclamando por sus derechos no fueron meros espectadores pasivos ante las transformaciones económicas. Muchas de ellas articularon sus estrategias políticas con

emprendimientos productivos. En el ámbito rural, se destacan el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) y el Movimiento Agrario Misionero (MAM), entre otros. Estas organizaciones se sitúan por fuera del sistema institucional formal –el del Estado, los partidos políticos, sindicatos–, ya que buscan romper y superar ciertas reglas de juego de este sistema haciendo hincapié en una nueva lógica de acción institucional que fomenta formas de auto-organización; la identidad se constituye en incentivo para la acción reemplazando al viejo concepto de participación. Es dable destacar que esta independencia relativa con el Estado, lo es también en relación con la organización representativa de los pequeños y medianos productores, la Federación Agraria Argentina.

En estos movimientos no sólo encontramos una resignificación de la política sino también de los proyectos productivos. La conformación de cooperativas, ya no tienen el objetivo de lograr una mejor articulación con el sistema agroindustrial sino que se tratan de emprendimientos con el fin de impulsar el “comercio justo”, es decir, un intercambio social donde lo determinante es el valor del trabajo incorporado al producto y no su precio de mercado. También difieren en la relación con los recursos naturales. Se trata de proyectos productivos sustentables que buscan garantizar la soberanía alimentaria de las comunidades (en base a prácticas agrícolas, ganaderas y forestales que se desarrollan respetando un equilibrio ecológico y social).

En este sentido, la Cooperativa Río Paraná Limitada de Oberá, correspondiente al MAM, produce la yerba Titrayju (nombre que surge de la combinación de las primeras letras de las palabras tierra, trabajo y justicia). Se trata de una yerba orgánica (sin la utilización de agroquímicos) producida por pequeños productores adheridos a la organización y por la cual se les paga veinte centavos por encima del precio fijado por el Instituto Nacional de la Yerba Mate. Se comercializa a través de métodos alternativos a los supermercados, como son las ferias francas de la provincia de Misiones, las delegaciones de la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y la central de Trabajadores Argentinos (CTA).

Al igual que el MAM, las cooperativas nucleadas al MOCASE sostienen el comercio justo como bandera de sus intercambios. Hacia el año 2002, la organización ha logrado construir una articulación con algunos Movimiento de Trabajadores Desempleados pertenecientes a la Coordinadora de Trabajadores Desocupados (CTD) Aníbal Verón bajo el eje "Soberanía Alimentaria, Reforma Agraria, Trabajo, Dignidad y Cambio Social". Uno de los resultados de esta articulación son los intercambios de productos, servicios y saberes entre ambas organizaciones que contradicen a la "lógica del mercado".

Otra experiencia interesante y que surge luego del 19 y 20 de diciembre de 2001 es la articulación entre organizaciones del campo y las asambleas barriales. Un ejemplo es la Cooperativa de Vivienda, Crédito y Consumo "La Asamblearia" que se propone distribuir y comercializar productos y servicios autogestionados en base a los principios arriba descriptos.

Reflexiones finales

Estos emprendimientos pueden ser consideradas como "campos de experimentación" (Boaventura de Santos; 2000). Se trata de producir para vivir, en base a valores y prácticas que contradicen la lógica de un sistema económico y social altamente excluyente. En este contexto, estas experiencias abren un debate que supone preguntarnos cómo y en qué medida las prácticas sociales que despliegan estas organizaciones logran excavar las profundas estructuras de dominación de la sociedad capitalista, posibilitando la institución de espacios más igualitarios, tanto en lo económico como en lo político. Al mismo tiempo, nos interrogan acerca del papel y de la importancia de estos emprendimientos en la subversión de un orden que se percibe como excluyente e injusto.

Bibliografía

Azpiazu D., Basualdo, E. M., Khavisse M. (1989) *El nuevo poder económico*; Buenos Aires: Legasa.

Basualdo, Eduardo (2002) *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

De Sousa Santos, Boaventura. (2000) *A crítica da razão indolente. Contra o desperdício da experiência*, Brasil: Cortez Editora.

Giarracca, Norma (comp.) (2001) *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza.

Teubal, Miguel. (1994) "Cambios en el modelo socioeconómico: problemas de incluidos y excluidos". En Giarracca, N. (comp.) *Acciones colectivas y organización cooperativa: Reflexiones y estudios de caso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Teubal, Miguel y Rodríguez, Javier. (2002) *Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica*. Buenos Aires: La Colmena.

Teubal, Miguel y Rodríguez, Javier (2001) "Neoliberalismo y crisis agraria". En Giarracca, Norma y colab.. *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza.
